Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN VII — MAYO DE 1923 — NÚMERO 1

INTER-AMÉRICA

EL propósito de INTER-AMÉRICA es contribuir a la comunidad de ideas entre los pueblos de América, concurriendo a vencer la barrera del lenguaje, que tiende a separarlos. Se edita alternativamente, un mes en español, comprendiendo artículos traducidos de la literatura periodística de los Estados Unidos y el Canadá, y otro en inglés, traduciendo igualmente artículos publicados por la prensa de las naciones americanas de habla española o portuguesa.

INTER-AMÉRICA sirve así de vehículo para la difusión internacional de artículos que ya hayan circulado en los diferentes países. No publica artículos originales ni editoriales propios. Traduce simplemente lo que se haya publicado, sin hacerse responsable por las ideas en ellos expresadas, de manera que el lector de las diversas naciones americanas tenga fácil acceso al pensamiento corriente en cada una de ellas.

INTER-AMÉRICA se ha fundado a instancias de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos objetos es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de países diversos y fomentar la buena inteligencia y la comprensión mutua entre las diferentes naciones.

INTER-AMÉRICA se redacta en 407 West 117th Street, Nueva York, quedando la impresión y reparto a cargo de la casa editora de Doúbleday, Page y Compañía, de la ciudad de Nueva York.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

INTER-AMÉRICA inglesa (6 números)	$ .80 anuales
INTER-AMÉRICA española (6 números)	.80 anuales
INTER-AMÉRICA inglesa y española (12 números) .	1.50 anuales
Número suelto de cualquiera edición	.15 cada uno

Diríjase toda la comunicación a

INTER-AMÉRICA

407 WEST 117TH STREET NEW YORK, E. U. DE A.

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN VII MAYO DE 1923 NÚMERO 1

DATOS BIOGRÁFICOS

SOBRE LOS AUTORES DE LOS ARTÍCULOS QUE APARECEN EN ESTE NÚMERO

AGNES RÉPPLIER nació en Filadelfia, Pensilvania, primero de agosto de 1859; recibió su educación en el Convent of the Sacred Heart, Tórresdale, Pensilvania; durante los años recientes ha pasado largas temporadas en Europa; es autora de *Books and Men; Points of View; Essays in Miniature; Essays in Idleness; In the Dozy Hours; Varia; The Fireside Sphinx; Compromises; In Our Convent Days; Americans and Others;* etcétera. Para otros artículos de esta autora, véanse los titulados "El dinero" y "La educación," en los números de INTER-AMÉRICA correspondientes a enero de 1918, página 313, y a julio de 1922, página 109.

SAMUEL McCHORD CROTHERS: para datos biográficos véase el número correspondiente a noviembre de 1919, página 196; y para otros artículos suyos, véanse los titulados: "El deseo natural de todo hombre de ser alguien diferente" y "En la escuela de la experiencia," en los números correspondientes a enero de 1918, página 290, y a noviembre de 1919, página 237.

GEORGE W[ÓODWARD] WÍCKERSHAM nació en Píttsburgh, Pensilvania, en 1858; recibió su educación académica en la Léhigh University, Béthlehem, Pensilvania; ha obtenido grados honorarios de muchas instituciones educativas; es jurisconsulto, y sirvió como fiscal general de los Estados Unidos en el gabinete del ex presidente Taft; es al presente miembro de una compañía de abogados en la ciudad de Nueva York.

G[RÁNVILLE] STÁNLEY HALL nació en Áshfield, Massachusetts, primero de febrero de 1846; se educó en Williams College, Wílliamstown, Massachusetts, Union Theological Seminary, Nueva York, y en las universidades de Berlín, Bonn y Héidelberg; ha sido profesor de psicología y de inglés en varias universidades; es actualmente rector de la Clark University, Wórcester, Massachusetts; es autor de *Aspects of German Culture; Hints toward a Select and Descriptive Bibliography of Education* (en colaboración con John M. Mánsfield); *Adolescence* (dos volúmenes); *Youth: Its Education, Regimen and Hygiene; Educational Problems* (dos volúmenes); *Founders of Modern Psychology; Jesus the Christ, in the Light of Psychology; Morale; the Supreme Standard of Life and Conduct;* and *Recreations of a Psychologist.*

FRÉDERIC SÍEDENBURG nació en Cincinnati, Ohío, 28 de enero de 1872; ingresó a la Compañía de Jesús en 1898; fué educado en Saint Louis University, Saint Louis, Missouri, y en Ínnsbruck y Viena, Austria; fué profesor de Saint Ignatius College, Chicago, Illinóis, y de la Saint Louis University; tomó las órdenes sagradas en 1907; ha sido decano de la escuela de sociología en la Loyola University, Chicago, desde 1914; es autor de *Sociology and the Church;* y ha colaborado en numerosas revistas.

JULIÁN [LÉONARD] STREET nació en Chicago, Illinóis, 12 de abril de 1879; estudió en las escuelas públicas de Chicago, en la escuela preparatoria del Rídley College y en Saint Catherine's College, Ontario, Canadá; ha consagrado su vida al periodismo y la literatura, y es autor de *My Enemy the Motor; The Need of Change; Paris à la Carte; Ship-Bored; The Goldfish* (cuento para niños); *Welcome to Our City; Abroad at Home; The Most Interesting American; American Adventures; After Thirty; Sunbeams; Mysterious Japan;* y también una comedia, *The Country Cousin,* en colaboración con Booth Tárkington.

CHARLES HANSON TOWNE nació en Loúisville, Kentucky, 2 de febrero de 1877; se educó en las escuelas de Nueva York; es autor de *The Quiet Singer, and Other Poems; Autumn Loiterers; Shaking Hands with England; A World of Windows; The Bad Man; Loafing down Long Island;* etcétera.

Inter-América

MAYO DE 1923

ESPAÑOL: VOLUMEN VII



NÚMERO 1

LOS ALIADOS EN LA PAZ

POR

AGNES RÉPPLIER

Después de todo, la actitud general de los aliados no es tan extraordinaria ni tan sorprendente como el trágico tono de algunos escritores nos llevaría a juzgarlo. No es de ahora que se hacen y deshacen alianzas ni que las naciones sean o dejen de ser amigas según lo requieran sus intereses del momento. El estudio de la historia es consolador por cuanto nos hace pensar con menos desesperanza de nuestra época. "Nada es tan caro a la criatura como su propio interés," decía Epicteto; y nadie ha podido contradecirle hasta el presente. La actitud de Francia, tan acerbamente criticada por algunos de sus anteriores aliados, no se aparta mucho de la regla establecida. Todas y cada una de las naciones actúan y han actuado y actuarán primordialmente en consonancia con sus propios intereses. El caso es que las naciones aliadas que triunfaron en la guerra están algo cansadas la una de la otra y de sus recíprocas reclamaciones. Como resultado, Alemania ha salido favorecida con un despertamiento de simpatía de parte de algunos de sus anteriores enemigos, mientras es detestada por sus anteriores aliados. Pero, si bien a raíz de una guerra leal puede formarse una verdadera amistad, la guerra de Alemania ha sido desleal de principio a fin, y aunque muchos sientan conmiseración por su suerte, no hay nadie que la estime. Tales son los principales lineamientos del artículo que a continuación presentamos.—LA REDACCIÓN.

"LA AMISTAD entre príncipes," hacía observar el discreto Philippe de Comines, "no es de larga duración." Probablemente habría dicho lo mismo de la amistad entre repúblicas, si hubiera soñado alguna vez que existiría el gobierno representativo. Lo que sabía era que la amistad de los hombres, basada en mutua afección y estima, sobrevive al tiempo; y que la amistad de las naciones, basada en intereses comunes, no puede sobrevivir a la mutabilidad de aquellos intereses, sujetos siempre a declinación. Tenía la prueba, si prueba fuera necesaria, en la invasión de Francia por Édward IV bajo la presión de su alianza con Charles de Borgoña. Fué una invasión cortés, de aquellas comunes a esa edad caballeresca. "Antes de hacerse a bordo en Dóver, el rey de Inglaterra envió a uno de sus heraldos llamado Gárter, natural de Normandía, con una carta de desafío para el rey de Francia, redactada en lenguaje tan elegante y cortesano que apenas puedo concebir fuera escrita por un inglés."

Esto fué un comienzo feliz, y el final no fué menos afortunado. Cuando Édward desembarcó en Francia encontró que Louis IX, que detestaba conflictos, estaba decidido por la paz; y que el duque de Borgoña, que atacaba generalmente al adversario a quien no debiera y en el momento menos oportuno, no estaba preparado para la guerra. Por consiguiente, negociando una ventajosa tregua, regresó a Inglaterra con renovado capital de cordura y de riquezas y en mejores términos con su enemigo que con su aliado. "Porque donde está nuestra ventaja está también nuestro corazón."

Cuando en mi primera juventud leía las cartas de un oficial inglés que combatía

contra los achantis, percibí vivamente la peculiar irritation engendrada por aquello que en los Estados Unidos se califica discretamente de "alianzas comprometedoras." La guerra, si así puede llamarse, habíase empeñado en 1873, y las cartas se publicaron en el *Blackwood's Magazine*. Los achantis habían invadido el territorio de los fantis, entonces bajo el protectorado inglés, y las tropas al mando de Sir Gárnet Wólseley defendían probablemente a sus amigos. El oficial aludido expresaba sus sentimientos acerca de la situación en la férvida esperanza de que cuando los achantis fueran derrotados, como lo merecían, los ingleses entrarían en negociaciones inmediatas con ellos "y eliminarían del mapa a esos brutos de fantis."

Este mismo sentimiento se repite en términos más moderados en cada página de la historia. Las diversas "coaliciones" formadas contra Napoleón abundaron en elementos tanto de intensa comicidad como de intensa tragedia; y fué una ventaja que aquellos estadistas, tan dueños de sí mismos y de su razón, percibieran el chiste de este gigantesco juego de las cuatro esquinas. El mutuo temor de Francia reunió a los aliados; la desconfianza recíproca los separó. Sir Gílbert Élliot, más tarde Lord Minto, procuró desde el principio hacer comprender a Inglaterra que Austria prefería sus propios intereses a los de la coalición, y que no era de admirarse que así lo hiciera. La situación, en su concepto, era algo por este estilo:

AUSTRIA: "Si he de bailar al son que me tocas, tú debes pagar la música."

INGLATERRA: "Con tal de que sea yo quien ponga la figura, y tú renuncies al *pas seul*."

Infortunadamente, las seducciones de un *pas seul* eran demasiado poderosas para que alguien pudiera resistirlas. El costo subió más y más, los ejércitos se disolvieron cuando se acercaba el momento de acción. La Gran Bretaña, siempre victoriosa en el mar, pagó fuertes sumas por pequeñas ventajas en tierra. Sir Hugh Élliot, más brillante y menos astuto que su hermano, sintetizó en breves palabras esta situación en la hostil corte de Prusia. Federico el Grande, sorprendiendo la piadosa exclamación con que saludaba el inglés la llegada de un despacho satisfactorio de Sir Eyre Coote, observó con acritud: "Ignoraba que Dios fuera también uno de vuestros aliados." "Es el único, Señor, a quien no habilitamos," fué la instantánea respuesta.

Otra circunstancia merece notarse, tanto por lo que tiene de familiar como de consoladora. El propósito más formidable de Napoleón era vaciar las arcas de Inglaterra entablando una guerra comercial. Cuando prohibió a los países que creía dominar que recibieran importaciones de Inglaterra, se le prometió obediencia implícita. En marzo de 1801, Lord Minto escribía serenamente a Lord Grénville: "El comercio de Inglaterra y las demandas del continente se encontrarán a despecho de prohibiciones. Ni uno solo de los confederados será fiel a sus promesas; y apenas si me cabe duda de que nuestro comercio penetrará en la misma Francia y prosperará en París." Así sucedió.

La parte más alentadora del estudio de la historia es que nos inclina a pensar esperanzadamente respecto de nuestra época. El trágico tono de ciertos escritores contemporáneos parecería indicar que las naciones aliadas que lidiaron y vencieron en la gran guerra han caído desde algún alto pináculo a que nunca llegaron hasta profundidades abismales que jamás han sondeado. Cuando el decano Inge hizo constar en *The Contemporary Review* su convicción personal de que la guerra había sido "un error funesto e innecesario que no tenía por qué ni debía haberse producido," esta declaración incidental fué acogida y repetida en ambos lados del Atlántico en la forma exasperante con que los coros griegos acogen y repiten en estrofas y antistrofas el sentimiento más desgarrador de la pieza. Y ¿con qué objeto? ¿Ha puesto acaso en duda por un momento cualquier persona cuerda que el brutal ultimátum de Austria a Serbia fuera un error funesto e innecesario? ¿Ha puesto acaso en duda por un momento cualquier persona cuerda que la invasión alemana de Bélgica fuera un error funesto e innecesario? Pero si el decano Inge o sus admiradores supieron de algún argumento, salvo el de las armas, capaz de convencer a las potencias centrales de que estaban erradas o de incitarlas a enmendar su error, de manera que

no hubiera sucedido aquello que no tenía necesidad de suceder, es lástima que no se brindara esta luz al mundo ante la inminencia del peligro.

Es posible que dos muchachos se hagan amigos a raíz de una pelea leal. Es posible que dos naciones lleguen a una buena inteligencia mutua a raíz de una guerra leal. Las relaciones entre la Gran Bretaña y el África meridional constituyen un ejemplo de este caso. La guerra iniciada por Alemania fué desleal desde el principio hasta el fin. Por lo tanto, aunque hay muchos que sienten conmiseración por su suerte, no hay nadie que la estime. La duración de la guerra influye poco en este vivo sentimiento de desestimación. Aunque sólo hubiera durado cuatro meses en lugar de cuatro años, los agravios cometidos en Francia y Bélgica habrían esterilizado las semillas de amistad en la mente de quienes los recordaran. A un sentimiento anormal de superioridad agregaba Alemania una falta anormal de agudeza, que la hacía considerar toda resistencia como una ofensa injustificable e imperdonable. Su resentimiento porque los belgas hubieran pretendido defender su territorio era comparable al resentimiento de aquel famoso merodeador, el conde de Cassillis, cuando Allan Stéwart desafiaba la tortura rehusando dejarse arrancar la firma que debía despojarle de su patrimonio. "Sois el hombre más obstinado que conozco, obligándome a abusar de vos de este modo," decía el justamente indignado conde. "Nunca creí tratar a nadie de la manera que vuestra pertinacia me ha forzado a trataros."

La reacción emocional que siguió a la firma del armisticio era demasiado natural para que haya de deplorarse, salvo en cuanto dió a los obstruccionistas y sentimentalistas oportunidad de apocar los incomparables heroísmos de la guerra. Ningún pueblo puede atenerse a la heroicidad cuando se trata del problema de pagar sus deudas con las arcas del tesoro exhaustas. La necesidad arrastra a los hombres al rencor, así como la plenitud los arrastra al egoísmo. Comerciar es esencial para la vida del mundo; pero nadie ha pretendido jamás que sea un proceso ennoblecedor. Si fuera dado a los deudores el amar a sus acreedores, nunca se habría perseguido a los judíos. Si fuera dado a los acreedores el amar a sus deudores, no existiría pobreza en la tierra. Que todas las naciones, que ahora presumen de hallarse en términos amistosos, actúen de acuerdo con sus respectivos intereses parecería a la generalidad de nosotros la actitud normal que es en realidad, si no hubieran afectado con tal insistencia sentirse recíprocamente asombradas y pesarosas ante su conducta, y si los creadores de disturbios de todas partes no estuvieran activamente empeñados en convertir grietas en abismos.

Es inevitable y lógico que las personas que fueron pacifistas cuando la palabra tenía un significado siniestro (ahora todos lo somos) detesten cordialmente a las naciones aliadas que les ayudaron a triunfar en la guerra. La publicación inglesa *Nation and Athenæum* escribe acerca de Francia en 1922 como podía haber escrito —pero no lo hizo—de Alemania en 1914. Compara a Poincaré con Shýlock, a Francia con un carnicero ansioso de encontrarse en el matadero. "El militarismo francés, activo en el territorio del Rhin, aguijonea todas las pasiones bastardas." "Europa continúa sumida en el caos político y social debido puramente al egoísmo de Francia." "Si los franceses insisten en precipitarse a morder a Alemania, el resto de Europa tendrá, pronto o tarde, que ponerlos en cuarentena." "*Había* una Francia intelectual. La victoria la ha matado, y una prolongada y lenta renovación del alma habrá de preceder a su resurrección."

Como el ingenuo Mr. Pepys, *The Nation* "tiene un odio natural a los franceses," y se le hace duro que Mr. Lloyd George haya tratado alguna vez de aplacarlos, y que el mundo los considere tan persistentemente un valioso elemento en la civilización. El intenso nacionalismo que conservó a Verdún se manifiesta ahora en la resolución inquebrantable de conservar a Francia y recobrar de entre los despojos del naufragio de Europa la ayuda material de que el país se halla tan necesitado. La cooperación es palabra buena y cosa buena. Para el francés significa en primer lugar el interés de la propia nación. ¿Tiene acaso otro significado para alguno de nosotros? La política inglesa de conciliación, nuestra política de alejamiento, los regateos de

Alemania, y la fanfarronada colosal de Rusia, todo tiene la misma significación. "¡No os alucinéis! Nada es tan caro a la criatura como su propio interés," decía Epicteto, quien, habiendo desnudado a su alma de deseos, estaba dispuesto en consonancia a perdonar los instintos adquisitivos de los demás.

Mr. Édward Martin, escribiendo muy lúcida y comprensivamente de los franceses, admite que el concepto que tienen de su deber para con el mundo "es defender a Francia, mantener su vitalidad y hacerla próspera y poderosa." Suena esto a mezquino y práctico y arrogante. Tiene también cierto eco familiar. Francia se considera intelectual y artísticamente un elemento de valor. El mejor servicio que puede prestar al mundo es su propia preservación. ¿Cómo se juzgan a sí mismos los Estados Unidos? La misma semana en que Mr. Martin daba al público su interpretación del nacionalismo galo, un escritor de la *Review of Reviews* de Nueva York, después de asegurar con indescriptible pulcritud que los norteamericanos "han sido educados en una actitud de filantropía apenas concebida en otras naciones," procede a simplificar esta actitud defendiendo la ley de tarifas, la limitación de la inmigración, y otros alentadores fragmentos de legislación. "El mejor servicio que podemos hacer al mundo," explica, "consiste en mantener nuestra vida y carácter nacionales."

Esto es precisamente lo que piensa Francia, solamente que sus celosos hijos omiten definir la prudencia como filantropía. Opinan que el mundo es mejor por lo que ellos le ofrecen; pero saben que no es en obsequio del mundo por lo que ellos desean tan vivamente hallarse en situación de ofrecerlo. Son profundamente sentimentales, pero su sentimiento es completamente por *la patrie*. No experimentan la necesidad premiosa de asumir que aman a su prójimo como a sí mismos.

Es diferente tratándose de los norteamericanos en quienes el idealismo y el materialismo se disputan cada centímetro de terreno. Cierto profesor de Tejas, enviado por la American Peace Commission a investigar las condiciones en Alemania, publicó en el número de mayo de *The North American Review* un artículo sobre los "Ideales y tradiciones norteamericanos," que se ha citado muy frecuentemente por encarnar el sano y ferviente espíritu de optimismo de que tanto necesitamos en estos desilusionados días. El autor toma la alta posición de que el pueblo de los Estados Unidos ha sido el primero en el mundo "en hacer del espirítu desinteresado de servicio a la humanidad la medida tanto de una nación como de un individuo. Lo que ahora se llama el humanitarismo norteamericano no es sino el individual espíritu de filantropía de los Estados Unidos aplicado a las relaciones internacionales." Este "sencillo hecho histórico" es la clave de todos nuestros actos. "La participación de los Estados Unidos en la gran guerra no constituyó una especie de interrupción del curso normal de su idealismo: fué el impulso irresistible de la poderosa corriente de nuestra decisión por el servicio de la humanidad."

Uno se pregunta si este idealista recuerda lo que sucedió en Europa, en los Estados Unidos y en los altos mares durante el período comprendido entre julio de 1914 y abril de 1917. ¿Recuerda, por ventura, aquellos treinta y dos meses preñados de incidentes de tal naturaleza que su peso acumulativo destruyó nuestra vigorosa resistencia al "servicio," arrastrándonos lenta pero bizarramente a la acción? Los grandes hechos se basan en grandes emociones; pero las emociones antagónicas de aquel período mal pueden calificarse de "irresistibles." Las mejores de ellas fueron resistidas demasiado tiempo y con demasiado éxito. No se adquiere una impresión clara de los acontecimientos comentándolos en frases retorícas. Encabezamientos de artículos son una cosa, y la historia es otra. "Tratando de juzgar a los demás," dice Tomás de Aquino "el hombre a menudo se esfuerza en vano. Por lo general, está equivocado y peca con facilidad. Pero de juzgarse y estudiarse a sí mismo siempre obtiene ventajas."

El autor de *The Mirrors of Washington* [Los espejos de Wáshington], que ha sacrificado autoridad por el anónimo, da crédito a Mr. Hughes por haber sido el primer norteamericano que haya usado franca y eficazmente la palabra "intereses." Apenas

en posesión de su puesto, declaró que los Estados Unidos estaban en vías de mirar por sus propios intereses y que continuarían haciéndolo así; que habían adquirido ciertos derechos a fuer de beligerantes y estaban decididos a hacerlos efectivos; que jugarían una mano en la partida internacional o rehusarían tomar parte según dictaran sus intereses. Posteriormente reconoció Mr. Hughes comunidad de intereses en algunos puntos importantes, y convocó a la conferencia de Wáshington. Algunos ardientes partidarios de la liga de naciones declararon, como forzados por su conciencia, que la conferencia no había alcanzado resultados. Partidarios menos ardientes opinaron que, a pesar de asemejarse en cierto modo a un tribunal de divorcio, la conferencia había sido fructuosa. Parece muy verosímil que sea el primer eslabón de una cadena interminable. Si el "hábito de las conferencias" es bueno de adquirir, según se nos afirma, el mejoramiento del mundo está asegurado. Rusia se ha manifestado en favor de una serie de conferencias, quizá porque tiene mucho que decir, y está dotada de tan admirable facundia para decirlo. Al escucharla, uno se pregunta de dónde sacó Carlyle su noción de los "vigorosos, taciturnos rusos." Probablemente de aquellas indecisas regiones de lo inexplorado, de donde derivó Homero su frase, "los irreprensibles etíopes."

Es de lamentarse la continuada aplicación de la frase "alianzas comprometedoras." Despierta inquietud excesiva en los espíritus cautelosos. Toda alianza, desde el matrimonio arriba—o abajo—entraña necesariamente algún compromiso. Los anacoretas de Tebas y el molinero de Dee[1] son los únicos ejemplos que tenemos de emancipación completa de vínculos humanos. Aquella sencilla y hermosa máxima de atender a nuestros propios asuntos, dejando a los demás el cuidado de los suyos, no es posible, desgraciadamente, para los aliados. Ni tampoco el deseo vivo y general por la paz constituye base suficiente para un arreglo. La paz necesita ciertas condiciones, y estas condiciones requieren una base propia: justicia, razón, y ganancias limitadas que se basen en concesiones mutuas. "Si hemos de ser pacíficos o no, depende de que los demás sean o dejen de ser agresivos." Mr. W. H. Mállock nos refiere una jocosa anécdota sobre cierta vieja del Dévonshire a quien amonestaba el párroco para que fuera "conciliadora" con su marido. "Yo me esfuerzo por tener paz, señor," fué la fogosa respuesta; "pero en cuanto le hablo de eso a mi marido, ya está él disponiéndose a pelear."

Algunos de los que se dedican al estudio de la historia querrían convencernos de que ciertas naciones son aliados naturales, destinados por carácter y temperamento a marchar de acuerdo y aumentar sus mutuas satisfacciones y ventajas. Alemania y Rusia han sido mencionadas más de una vez como naciones instintivamente bien dispuestas la una hacia la otra, porque cada cual suplementa los talentos de la otra. Bísmarck clasificaba a los alemanes y a los eslavos respectivamente como del sexo masculino y sexo femenino entre las naciones del globo. Asignaba por derecho a Alemania la autoridad de gobernar. "La suave naturaleza eslava," dice recientemente un escritor en *The New Republic*, "sensitiva, emocional, pero indisciplinada, ha derivado de fuentes alemanas casi todo el progreso que ha realizado en cuanto a civilización material."

Ambos países han demostrado ser aliados instables, y Rusia tiene la cualidad femenina de la variabilidad. "Peligrosa para sus enemigos, desastrosa para sus amigos." El frenesí de entusiasmo por la alianza con Rusia, que sacudió a Francia hasta la locura en 1901, y que hizo desaparecer su sólido oro francés en valores fiduciarios rusos, constituye ahora un obstáculo para la paz europea. Es una de las ironías de la historia que la actitud de Inglaterra hacia los temidos y odiados rusos ("esos moscovitas son unos demonios") sea de blanda tolerancia, en tanto que Francia está trinando contra sus antiguos amigos. De todas las alianzas nacionales puede decirse con verdad: "En el momento de la unión se siembra la semilla de separación."

[1]Alusión a una antigua canción inglesa, *The Miller of Dee* (El molinero de Dee), con letra del poeta Charles Mackay (1814–1889). Al final de cada estrofa se repite el refrán del molinero: "No se me da nada de nadie, no señor, ni a nadie se le da nada de mí."—La Redacción.

Hay personas que sostienen que las posesiones de petróleo de Rusia representan mayor valor que los dones de Francia en arte, letras y cultura intelectual. Pero Francia no escatima nada. Nos ha enriquecido durante años enteros, y la gloria de sus dádivas se equipara solamente con nuestra capacidad receptiva. Los yacimientos rusos de petróleo están bien escondidos tras montañas de papel moneda. En cierto modo, Rusia y Alemania son demasiado semejantes para la unión perfecta. Ambas fabrican la misma clase de moneda, y ambas están en la misma dolorosa necesidad de amigos que fabriquen otra diferente. El seis de julio del año pasado el marco se cotizaba a veintiún centésimos de centavo. En las seis semanas subsiguientes a dicha fecha, Alemania puso en circulación 25,700,000,000 más de marcos, aparentemente bajo la ilusión de que es posible obtener algún guarismo mediante la persistente multiplicación de ceros. Pareció un tiempo que la carestía de trapos, y consecuentemente de papel, y consecuentemente de libros, y consecuentemente de ideas, debería originarse en Alemania y Rusia, que estaban agotando la provisión de papel del mundo convirtiéndolo en moneda. Este grandioso espíritu de emisiones extraordinarias las impulsó a regatear en Génova a semejanza de los mercachifles de curiosidades en Oriente, que empiezan por pedir veinte libras por un artículo que esperan vender por dieciocho peniques. En expectación de la rebaja, dejaban ancho campo para el regateo.

En 1914 los Estados Unidos debían a Europa tres mil millones de dólares. En 1922 Europa debía a los Estados Unidos aproximadamente once mil millones de dólares. Nuestra "decisión por el servicio de la humanidad" no ha dado resultados del todo malos. Esta circunstancia explica suficientemente nuestra circunspecta evasión de la conferencia de Génova. Es verdad que el papel de Shýlock se adapta tan mal con nuestros gustos e ideas como con los de Francia. Nos avergonzaríamos de oprimir hasta la ruina a nuestros deudores. Pero el convertir sus débitos en obligaciones a largos plazos no es una medida filantrópica. Ha sido proyectada principalmente en atención a nuestra propia conveniencia. La Gran Bretaña, en su altiva detestación de falta de cumplimiento, propone, mediante la imposición de impuestos que ningún otro pueblo en el mundo podría resistir, pagarnos el interés, aunque no tiene la menor esperanza de cobrar un centavo de los millones que le deben a ella sus aliados con excepción del Japón. Francia, menos orgullosa pero más lógica, rehusa pagar a nadie mientras Alemania se resista a pagarle. Si ha de perdonar sus deudas, las suyas deben también serle perdonadas. No siempre es posible conciliar la justicia y la misericordia, y justicia es lo que reclama ^nte el tribunal de las naciones.

La prensa francesa ha comentado amarga y dolorosamente el sentimiento de aislamiento de Francia. Su halagadora creencia en "la inquebrantable amistad de los Estados Unidos" se ha visto cruelmente destruída, y Francia pregunta a cielos y tierra dónde se encuentra la (proverbialmente ausente) gratitud de las repúblicas. Que no existe cosa semejante a inquebrantable amistad nacional es algo tan bien sabido por los franceses de claro criterio y conocimiento como lo es por todo el resto de nosotros. Fueron buenos amigos nuestros en 1777, y nuestro amor por ellos rayó muy alto. Fueron malos amigos nuestros en 1797, y por el tiempo en que habían capturado o hundido trescientos cuarenta buques de los Estados Unidos, nuestro afecto estaba muy disminuído. Revivió en 1914 a impulsos de la agresión sufrida y de su gran valor. Algo subsiste de este amistoso sentimiento, y promete subsistir, siempre que la prensa y los políticos de ambos países tengan por conveniente dejarlo en paz; pero el entusiasmo popular, un fuego de pajas, ardió rápidamente hasta la extinción. Después de todo, tampoco somos ya nosotros el ídolo de los en otro tiempo nuestros decididos amigos. La madrina hada es popular solamente cuando transforma calabazas en carruajes y ratones en briosos alazanes. Cuando no ofrece sino buenos consejos, sus palabras son tan de oro como las de cualquier vecino. En el terreno de la práctica, una amistad que no ayuda y una enemistad que no daña, jamás pueden ser factores dominantes.

La Gran Bretaña cuenta muy poco con ninguno de sus aliados, salvo el mar. Ha avanzado muy lejos, cambiando de amigos en su camino como cambiaba de caballos el viajero de la posta. Ha luchado por abrirse paso, y está singularmente desprovista de rencor hacia sus enemigos. Ha pasado, en verdad, el tiempo en que, después de la batalla, los caballeros ingleses y franceses—o lo que restaba de ellos—se daban las gracias mutuamente por el bizarro encuentro. Aquéllos eran días de lamentable obscuridad, días en que lo último que ansiara un gentilhombre fuera el privilegio de morir en su cama por el lento y angustioso proceso, don de la naturaleza, y graciosamente designado como "natural." El hacha para el noble, la horca para el plebeyo y los azares de la guerra para todos, hacían la muerte tan fácil de producirse y tan barata que sobraba un montón de dinero para los placeres de la vida. Aquel cabeza dura de conde de Northúmberland, que daba gracias a Dios de que durante doscientos años ningún heredero del nombre hubiera muerto en su lecho, sabía lo que sus progenitores se habían ahorrado. Aun en el moderadamente civilizado siglo dieciocho persistían algunas dudas respecto del valor relativo del campo de batalla, el patíbulo y el aposento de un enfermo.

El hombre puede escapar a la cuerda y a las armas,
Algunos han sobrevivido a las píldoras del médico,

cantaba el capitán Macheath a la elegante y numerosa concurrencia que acudía a oír las verdades de *The Beggar's Opera* [La ópera del mendigo].

Guerreando y haciendo la paz, alternativamente amigas y enemigas, las naciones de Europa han aprendido en mil años a conocerse mutuamente bastante bien. Hubo un breve período en que la amenaza de la invasión napoleónica despertó en el pecho de Inglaterra un odio cordial y vigoroso hacia Francia. Hubo un largo período en que la frase, "virgen de ingleses," aplicada a unos cuantos puertos franceses peligrosamente situados (Saint Malo, por ejemplo), reveló, como sólo tales orgullosas e hirientes palabras pueden revelarlo, el odio nacional hacia Inglaterra. Una y otra vez ha enseñado la historia la misma lección: que la voluntad de un pueblo rechaza firmemente al invasor y que una alianza extranjera no ofrece base estable a la política. Pero mucho se aprende por el contacto, ya sea amistoso o antagónico; y la intimidad de la gran guerra ha dejado tras sí un legado de percepción. Fué un inglés quien descubrió en esos años que los oficiales franceses roncaban "con cierta cortesía." Fué un gran norteamericano quien dijo que Francia había "salvado el alma del mundo." Fué un francés quien escribió comprensivamente: "Despreciar el peligro, mantenerse impávido ante el fuego, no es para un inglés un acto de valor; es parte de buena educación." Cuando se olvida la gratitud, como se olvidan todas las cosas que deberían recordarse, y el sentimentalismo se ha disuelto bajo los despiadados rayos de la realidad, queda, y quedará siempre, una buena inteligencia que es la base de la buena voluntad.

Al presente, las naciones que se vieron reunidas por el peligro común están un poco cansadas recíprocamente de su compañía y más que un poco irritadas por las quejas recíprocas. Hay algo que les advierte que es preferible para ellas conservar todavía por cierto tiempo un frente unido. Este algo es la evidente determinación de los turcos de no cumplir sus promesas. El resultado natural de aquella fatiga e irritación es el acrecentamiento de simpatía por Alemania, quien se encuentra ahora detestada por sus antiguos aliados, y recibiendo sonrisas de algunos por lo menos de sus antiguos enemigos. Cuanto dice, y tiene mucho que decir, se escucha con exquisita urbanidad. El general Lúdendorff ha asegurado al público de los Estados Unidos que Prusia ha sido inocente del deseo siquiera de dañar a Inglaterra. Lo que buscaba era paz "en condiciones aceptables e inofensivas para ambas partes." Las memorias del príncipe heredero, que se han leído con apreciación, exponen en lenguaje elocuente la inocencia arturiana de los Hohenzollern. "Los resultados de las excesivas demandas vienesas a Serbia nos arrastraron a la guerra en contra de nuestra voluntad."

La intensa competencia por las memorias del desterrado Káiser ha constituído un evento notable en el mundo de la prensa. La historia de la literatura no puede presentar ejemplo semejante. Hace pocos años discutíamos gravemente la conveniencia de someter a juicio de vida o muerte a dicho caballero. Hace pocos meses luchábamos con mucho mayor ardor por el privilegio de ofrecer a un deleitado público sus imperiales opiniones sobre su propia política imperial. Los norteamericanos se extasiaban ante la adquisición de tales derechos literarios como se extasiaron ante la adquisición del *Blue Boy*.[2] Es una gran cosa poder exceder la oferta del vecino y pagar por cualquier artículo un precio sin paralelo hasta entonces en el mercado. Ciertas almas inflexibles y faltas de agudeza se han sentido ofendidas por esta aquiescencia a un principio que profesábamos rechazar, a la elevación de Wílhelm II a la categoría de autor el más favorecido en el mundo. Opinan que esto implica la negación de todo aquello que hemos reverenciado, de todo aquello por que hemos combatido, de todo aquello que considerábamos genuino. Realmente no implica otra cosa que curiosidad, y la curiosidad no debe confundirse con el homenaje. San Miguel es honrado por los hombres y por los ángeles; pero si él y Lucifer dieran sus memorias al mundo, ¿cuál de ellos sería el mejor pagado o el más leído?

[2]Famoso retrato del niño Búttall, pintado por Gáinsborough y adquirido recientemente en los Estados Unidos por un precio exorbitante.—La Redacción.



SATANÁS ENTRE LOS BIÓGRAFOS

POR

SAMUEL McCHORD CROTHERS

El espíritu demoníaco a que alude, explica el autor, no es el viejo Satanás de métodos rudos y primitivos que, sin requilorios ni disquisiciones, echaba de un horquillazo a sus parroquianos a las hirvientes calderas. No; es el Mefistófeles refinado, sutil e irónico, que discute y analiza y desmenuza, invadiendo la "torre de marfil" del sujeto para investigar sus impulsos más recónditos y establecer la coordinación ineludible entre la causa y el efecto. Dábase por sentado en otro tiempo que toda biografía debía ser encomiástica. El biógrafo hacía un carácter de su personaje en vez de atenerse al carácter del personaje. Trazaba los grandes lineamientos y moldeaba en seguida los detalles asimilándolos a las curvas determinadas de la figura. Todo debía armonizar; o por lo menos, se disponía en forma de que armonizara. El moderno biógrafo ha invadido en su análisis del sujeto el campo de la ciencia: acude a la patología, a la psiquiatría, a la psicología, para motivar y dar colorido a sus observaciones. A menudo aparece el carácter con fuerte relieve humano a través de las inconsecuencias y flaquezas humanas; pero ello no quiere decir que el escritor sea infalible en sus juicios ni que la ironía sea aplicable en todos los casos. Todo tiene sus límites. Y si la biografía no puede expresarse por entero en términos de ciencia, bien puede aspirar a convertirse en el bello arte de reproducir, junto con los incidentes de la vida de un gran hombre, la impresión que sus rasgos característicos dejaron en sus contemporáneos.—LA REDACCIÓN.

AL MENCIONAR a Satanás, no me refiero al espíritu del mal que anda por allí dando vueltas como un león rugiente. Me refiero al Satanás que aparece en el prólogo del libro de *Job*. Es el adversario, el individuo que presenta el lado opuesto de la cuestión. Cuando los hijos de Dios se reunieron, el adversario se encontraba en medio de ellos. Formaba parte de la asamblea, pero ocupaba el banco de la oposición. Proponía preguntas que le habían ocurrido en sus correrías de arriba abajo de la tierra. Sus funciones consistían en rebatir opiniones generalmente aceptadas. Job, es un ejemplo. Todos le consideraban hombre tan recto como próspero. Mas, ¿lo era, en verdad? Satanás sugirió un análisis de su carácter. Arrebatemos a Job su prosperidad y veamos en qué queda su rectitud.

Pues bien; ese espíritu de crítica se ha infiltrado en los biógrafos, determinando su actitud hacia lo que calificaban de sujeto para un esbozo. Solía darse por sentado que el tono de una biografía debía ser encomiástico. "Elogiemos a los hombres famosos y a los padres que nos engendraron." Esto indica cuán estrechamente se relaciona la biografía con la genealogía. El texto se transforma a menudo en: "Elogiemos a los padres que nos engendraron, y si tenemos habilidad literaria suficiente podremos hacerlos famosos."

Las vidas de los santos se asemejan mucho unas a otras, porque es necesario que sean santas. Aunque las aventuras del personaje aludido sean de la índole más asombrosa, el cronista debe poner una palabrita de cuando en cuando para demostrar que no están fuera de carácter. Así, aquel atronado santo irlandés, Saint Brendan, que se lanzó a recorrer los mares occidentales como otro Simbad el Marino, debe haber emprendido este viaje por algún motivo religioso. "Navegó siete años en el dorso de una ballena, lo cual era una difícil hazaña de piedad," declara el cronista. Si Brendan hubiera sido un seglar, le habríamos admirado por sus dotes acrobáticas. Tratándose de un santo, debemos contemplarle balanceándose en el lomo de la ballena a fuer de ejercicio piadoso.

Los biógrafos han sido, por lo general, individuos modestos y han gozado de escasa apreciación en círculos académicos. De suerte que hay innumerables profesores de historia, antigua y moderna; pero cuando cierta universidad de Minnesota estableció un curso de biografía, el título parecía tener cierto dejo extraño. El mundo educativo ha seguido el ejemplo de la naturaleza, tan cuidadosa de la especie, tan descuidada de la vida aislada.

Ha surgido, empero, una nueva escuela de biografía, y es interesante compararla con la antigua. La gran diferencia reside en la actitud del biógrafo con respecto al sujeto. La actitud del antiguo biógrafo era la del pintor a quien se ha encargado

hacer el retrato de algún hombre eminente. Desea pintar un retrato parecido y tan vívido como sea posible, pero tiene que guardar las convenciones. El pintor está limitado francamente al exterior y sólo puede descubrir del carácter aquello que revela el aspecto. De igual manera el biógrafo veíase francamente limitado al exterior. Podían relatarse las acciones y palabras del gran hombre, pero sus pensamientos podían sólo adivinarse. La mente de cada invididuo era su fortaleza y tenía aposentos privados en los cuales se negaba al público el derecho de intrusión. Una persona inquisitiva podía asomarse a las ventanas del alma, dada la oportunidad; pero esto era lo más que lograba avanzar. Era necesariamente un observador superficial.

Recientemente, sin embargo, el biógrafo se ha hecho más osado y, en vez de asomarse, fuerza las barreras y escudriña el interior. Este método se califica de "penetración." No solamente le vemos analizar los impulsos conscientes, sino penetrar hasta las regiones más remotas de la inconsciencia. Le vemos arrojar los rayos de su reflector sobre motivos ocultos aun a los amigos más íntimos. Es la edad de los rayos X, y los matices del carácter humano no pueden escapar a los métodos de investigación. El biógrafo trata de mostrarnos la mente de un hombre conforme aparece contemplada desde el interior. Cómo logra él introducirse es asunto suyo y no nuestro.

Comparemos el *Gladstone* de John Mórley con la *Queen Victoria* de Mr. Strâchey. Mórley trata a su sujeto con toda seriedad. Gládstone era un gran hombre, y lo sabía, como también lo sabían todos los demás. Vivió en un período trascendental, y fué parte importante de aquel período. Mórley era un amigo suyo que siguió su carrera con interés respetuoso aunque discernidor. Estaba en situación de conocer gran número de hechos. Pero no penetró al interior. Nos da muchos detalles; mas el resultado final es que nos sentimos mirando *a* Gládstone, pero no *dentro* de Gládstone. Sabemos lo que dijo y lo que hizo y sabemos de qué manera interpretaba su amigo Mórley sus palabras y acciones; pero solamente podemos adivinar sus motivos ulteriores. Vemos las conclusiones a que arribaba, pero no el proceso mental completo mediante el cual se desarrollaban. Mr. Gládstone nos aparece siempre revestido de toda su indumentaria y en perfecta lucidez de espíritu. Si tenía intervalos obscuros, no figuran éstos en la narración. En cuanto a explorar los rincones inconscientes de la mente de Gládstone, habría significado tanto para su amigo como escudriñar la despensa de su huésped sin solicitar permiso. ¿Qué pensaba Gládstone cuando no arengaba al público o preparaba algún discurso? El biógrafo contestaría: "Eso no le importa a usted ni a mi tampoco."

La misma impresión deja el *John Bright* de Trevelyan. Sentimos que conocemos a John Bright tanto como le conocían sus electores. Jamás nos ocurre que le conocemos más íntimamente.

Estudiemos, en cambio, la deliciosa biografía de la reina Victoria, escrita por Mr. Strâchey. Nos sorprende. Tenemos la conciencia de una nueva sensación. Decir que el libro es interesante sería elogio muy débil. Es fascinador. He allí una biografía en que todas las imperfecciones e inconsecuencias están quintaesenciadas. Cogemos el verdadero espíritu.

No es que penetremos detrás de bastidores a fuer de concurrente ordinario al teatro a quien se brindara esta novel experiencia para que vea cómo se desarrollan las cosas al otro lado del telón. Nos sentimos entre bastidores con la misma sensación que puede experimentar el dramaturgo que es al mismo tiempo director de su escenario. Nos sentimos poseídos hasta cierto punto del íntimo conocimiento de la manera en que deberían disponerse las luces para obtener los mejores efectos. No tenemos ilusiones; pero esto mismo nos permite observar con interés intelectual más intenso el desarrollo de la pieza.

Vemos a la reina Victoria, no como la contemplaban sus súbditos, llenos de admiración y de ideas supersticiosas acerca de la realeza, sino como se hubiera visto ella misma, de ser tan sagaz como nosotros. La revelación tiene todo el encanto que pudiera tener una autobiografía, si alguien fuera capaz de hablar sin vanidad y libremente de sí propio.

Leyendo las *Confesiones* de San Agustín

y de Rousseau, comprendemos que tratan de decir la verdad entera acerca de sí mismos, pero no estamos muy convencidos de que lo hayan logrado. Confiesan ciertos pecados que se imponen a su atención; pero, ¿aquellas flaquezas que San Pablo describe como "el pecado que tan cómodamente nos cerca?" Algunas de estas flaquezas se identifican tan estrechamente con una persona que apenas se da ésta cuenta de que las tiene. Hay ciertas faltas triviales que rara vez confiesa aun el más concienzudo. Nunca he leído autobiografía alguna en que el escritor hiciera mención de que sus amigos le encontraban a menudo algo tedioso.

Mr. Stráchey nos da una autobiografía de Victoria, escrita por alguien que la penetró íntimamente. Revélase allí la conciencia de sus deficiencias y un frío análisis de sus virtudes burguesas. Simpatizamos con sus esfuerzos para vivir de acuerdo con su elevada posición. Observamos sus triunfos y admiramos su intrepidez. Cuando comete errores reconocemos que se da plena cuenta de ello. Sus decisiones son sagaces por lo general. Los nuevos problemas del día la dejan algo perpleja, pero no más de lo que desconciertan a sus consejeros constitucionales. Es un tipo de la vida real, y la conocemos de la misma manera que conocemos a Becky Sharp[1] y a Mrs. Proudie.[2] Sentimos que no solamente sabemos lo que hizo, sino el móvil a que obedeció al hacerlo. Sabemos también por qué no hizo más. Es porque no estaba en su temperamento el hacer más. Y su medio se adaptaba exactamente a su personalidad. Comprendemos que no fué mera coincidencia que floreciera en la época victoriana.

En *Eminent Victorians,* Mr. Stráchey invirtió los métodos usados por escritores como Wálter Scott. Aquellos autores tomaban algún famoso personaje histórico, dejando libre vuelo a su fantasía en torno del héroe elegido. El resultado fué la novela histórica o novela fundaba en hechos.

Mr. Stráchey toma personajes históricos bien conocidos de la última generación, tales como Árnold de Rubgy,[3] el cardenal Mánning,[4] general Gordon[5] y Flórence Níghtingale,[6] y nos muestra que en poco tiempo han llegado a ser algo más que famosas figuras históricas de novela. Todo individuo tiene su propio romance, y sus amigos y enemigos contribuyen a producir algo enteramente distinto de la realidad. La biografía ordinaria es, por consiguiente, poco más que una serie de hechos fundados en una ficción. El problema, por lo tanto, no reside simplemente en examinar de nuevo los hechos, sino en disponerlos de manera que digan la historia verdadera y no den una idea falsa de la realidad. El biógrafo es como el cajista. Necesita primero distribuir el tipo y armarlo en seguida otra vez para formar nuevas palabras y frases.

Ningún santo del calendario tiene leyenda más firmemente establecida y autorizada que Flórence Níghtingale. No solamente

[1]Rebecca Sharp, uno de los principales personajes, vívidamente descritos de la novela *Vanity Fair,* de Tháckeray.—La Redacción.

[2]Personaje famoso que figura en muchas novelas de Ánthony Tróllope, escritor inglés.—La Redacción.

[3]Thomas Árnold (1795–1842): célebre institutor e historiador inglés, que se hizo famoso como director de la escuela pública de Rugby, una de las más importantes de Inglaterra.—La Redacción.

[4]Henry Édward Mánning (1808–1892): cardenal inglés, autor de varias obras teológicas. En 1848, a raíz de una visita a Roma, se encontró en oposición con las creencias de la iglesia a que pertenecía con el título de arcediano. Renunció su puesto y en 1851 se ordenó de sacerdote de la iglesia católica. En 1865 sucedió al cardenal Wíseman como arzobispo de Wéstminster, y fué nombrado cardenal romano en 1875.—La Redacción.

[5]Charles George Gordon, llamado "Chinese Gordon" y "Gordon Pasha" (1833–1885): brillante militar inglés. En el curso de su carrera asumió en 1863 el mando de una fuerza china, derrotando a los rebeldes contra la dinastía manchú. En recompensa le otorgó el emperador la blusa amarilla y la pluma de pavo real, distintivo de los mandarines de primera clase. Más tarde estuvo al servicio del jedive de Egipto como gobernador de las provincias ecuatoriales del África central, siendo creado bajá en 1877. De allí provienen sus apodos. En 1884 el general Gordon fué enviado por el gobierno británico al Sudán para auxiliar al jedive en su retirada ante las tropas del Mahdi. Fué sitiado en Khartum y muerto en la toma de la ciudad por las fuerzas invasoras.—La Redacción.

[6](1820–1906). Famosa por sus obras filantrópicas. Consagróse a inspeccionar las escuelas y hospitales de Inglaterra y más tarde de toda Europa, decidiendo al cabo hacerse enfermera de hospital. Es especialmente célebre por sus nobles servicios en Scutari, durante la guerra de Crimea. Fué autora de muchos libros sobre higiene y salubridao, pública y fundadora de la Nightingale Home, establecimiento para la instrucción de enfermeras en Saint Thomas's Hospital. —La Redacción.

conocía el público sus acciones, sino que estaba convencido de saber qué clase de persona era. Era la dama con la antorcha, el dulce ángel de consuelo que recorrió uno a uno los hospitales de Crimea. Era la mujer que había dado un toque de piedad femenina a la guerra.

Mr. Stráchey no cambia los lineamientos de la historia. Esto es asunto de testimonio histórico. Flórence Níghtingale hizo todo aquello y más de lo que se nos ha enseñado a creer. Pero el autor la presenta bajo un aspecto totalmente diferente.

El matiz femenino cede el puesto a una vigorosa personalidad. Flórence Níghtingale era de la madera de que se hacen los políticos eminentes y los grandes jefes de industrias. Aparece como una persona formidable, de modales bruscos, de verbo irritable a menudo, terror de los malvados y, más todavía, terror de los bien intencionados incapaces. Era una persona obstinada, neurasténica, de antipatías intensas, y con quien no era agradable vivir; pero lograba que las cosas se hicieran.

Había nacido en una familia opulenta. Quería vivir a su modo, pero jamás estaba completamente segura del género de vida que habría de satisfacerla. Aquello produjo innumerables molestias a su familia, que nunca supo qué hacer con Flórence o, mejor dicho, lo que Flórence les permitiría hacer por ella.

Cuando le propusieron matrimonio, escribe: "Las ideas y sentimientos que tengo ahora son los mismos que recuerdo desde que contaba seis años. Siempre he sentido que me era esencial alguna profesión, alguna industria, alguna ocupación forzosa que absorba y emplee todas mis facultades. Lo he ensayado todo: viajes por el extranjero, amigos afectuosos, todo. ¡Dios mío! ¿qué vendrá a ser de mí?"

Por entonces sobrevino la guerra de Crimea con el trastorno consiguiente del servicio de hospitales. Flórence Níghtingale había descubierto al cabo su carrera, que demostró ser una carrera gloriosa. Conquistóse allí fama inmortal.

Terminada la guerra, Flórence tuvo cincuenta años de salud delicada, a través de los cuales conservó su personalidad enérgica y pugnaz. Casi hasta sus últimos días rehusó adornarse del aura de heroísmo en que el público la contemplaba y continuó prestando fiel y ásperamente sus servicios humanitarios. La biografía nos hace comprender que Flórence Níghtingale amaba a sus semejantes, pero no con los sentimientos afectuosos que una persona dispensa a los amigos que le son simpáticos. Flórence amaba a la humanidad como una persona de conciencia puede amar a sus enemigos. "A veces tenía accesos terribles de ira," dice Mr. Stráchey. "La intolerable trivialidad de la gente la desesperaba, haciéndola rechinar los dientes."

Éste es un triunfo de reconstrucción biográfica. Flórence Níghtingale nos aparece tan noble y magnánima como la conocíamos, pero con virtudes de estilo muy diferente.

Al estudiar las biografías de Árnold de Rugby y del general Gordon, me acometen algunas dudas. Los caracteres de Mr. Stráchey son admirablemente claros, pero algo les falta. A través de las apreciaciones de Thomas Hughes y del decano Stánley, descubrimos en el doctor Árnold una personalidad eminente. No es posible esperar que Mr. Stráchey comparta su reverencia, porque el doctor Árnold no fué maestro suyo; pero observamos que no explica la viva impresión que el doctor Árnold producía en quienes le conocieron.

En cuanto al general Gordon, le vemos, no a través de los ojos de un admirador de héroes, sino como aparecía ante alguien que no participaba de sus entusiasmos. La deliciosa ironía de que hace uso el escritor al referirse a la reina Victoria parece fuera de lugar cuando se dirige al héroe de Kartum. Gordon despertaba una especie de fanatismo, semejante a la admiración consagrada a Crómwell. Pero el Crómwell de Carlyle se destaca con justicia sobre el fondo de la eternidad. El Gordon de Stráchey aparece sindicado contra el árido fondo del sentido común. Aun la tragedia final se relata sin conceder nada a la admiración. La ironía es allí algo del todo innecesario. Al terminar se nos dice del grupo de árabes que vió Slatin Pasha, uno de los cuales llevaba un objeto envuelto en un lienzo. "Retirado el lienzo, apareció ante sus ojos la cabeza de Gordon. El trofeo fué presentado al Mahdi: al cabo los dos fanáticos se encontraban frente a frente."

Trece años después Kítchener vengaba terriblemente su muerte en Ómdurman," a raíz de lo cual se juzgó oportuno celebrar una ceremonia religiosa en honor de Gordon en el palacio de Kartum. El ritual estuvo a cargo de cuatro capellanes castrenses, y terminó entonándose *Abide with Me* [Quedaos conmigo], himno favorito del general Gordon. Quizá si éste, volviendo las páginas de alguna *Biblia* fantasmagórica en cualquier remoto nirvana, aventuró alguna observación satírica. Pero el general Gordon había sido siempre una persona contradictoria, quizá hasta algo desequilibrada . . . a pesar de ser un héroe; y, por otra parte, nada había allí que pudiera contradecir. En todo caso, ello concluyó afortunadamente en una gloriosa carnicería de veinte mil árabes, una vasta adición al imperio británico y un paso de Sir Evelyn Báring hacia la cámara de los pares."

¿Qué es lo que ofende en estas líneas? No se hace injusticia a Gordon, sino a sus contemporáneos. Gordon representaba un ideal que pertenecía a su generación: el ideal del imperialismo británico, con cierto matiz de un sentimiento de responsabilidad por el gobierno del mundo. Hemos protestado contra el imperialismo, pero el heroísmo debería conmovernos. Al prescindir desdeñosamente del criterio de sus contemporáneos, sentimos aquella especie de injusticia de que se quejaba Catón cuando, pasado de los ochenta años, se vió precisado a comparecer ante el senado en defensa propia. "Es duro," decía, "haber vivido con una generación y ser juzgado por otra."

Cada generación se toma a sí misma a lo serio. Tiene sus ideales propios y sus propias normas de criterio. La persona que se ha conquistado un lugar prominente en el corazón de sus contemporáneos no puede ser descartada ligeramente porque no se conforme al patrón de otro período. Los que viven en Colorado llevan a su huésped a dar un paseo por las mesetas desde donde se divisan las montañas. Señalando una pequeña eminencia apenas mayor que un otero, dice uno de Colorado: "Llamamos a esa colina Mount Wáshington, porque es exactamente de la misma altura que el famoso cerro del mismo nombre en New Hámpshire." El habitante de Nueva Inglaterra recuerda, avergonzándose de su provincialismo, el tiempo en que juzgaba sublime el Mount Wáshington. Cuando recobra la estimación por sí mismo, considera que una montaña es tan elevada como aparece. Debe medirse no con respecto al nivel del mar, sino respecto del nivel de la comarca circundante. Mount Wáshington visto desde la cañada parece más alto que el Pike's Peak contemplado desde la ventanilla de un coche de ferrocarril.

De igual modo es gran hombre aquel que se eleva sobre el nivel de su época. Domina la situación humana como domina la gran montaña el paisaje de que forma parte.

II

SE OFRECE una oportunidad tentadora para el estudio científico de los personajes que se han conquistado un puesto en la historia. Todos ellos han sufrido más o menos de alguna dolencia, y han tenido "síntomas" de una y otra clase. Un médico norteamericano nos ha dado una serie de volúmenes titulada *Biographic Clinics.*

Mr. Fréderick Chámberlin ha escrito un extenso libro sobre *The Private Character of Queen Elizabeth.* Defiende allí a Elízabeth de los cargos hechos por sus enemigos, pero la defensa resulta en detrimento del romance que circula en torno de su nombre. Se la discute como si fuera una paciente externa del hospital general. Como primera providencia se estudia, naturalmente, la historia de su familia. En seguida vienen sesenta páginas sobre la historia médica de Elízabeth Túdor.

El escritor es sumamente concienzudo, y dice: "Los casos se han enumerado por orden cronológico, acompañando la edad de Elízabeth con la fecha en que se presentaron. Hemos tratado de confinar en grupos cada enfermedad o dolencia." Durante su larga vida tuvo la reina un número considerable de indisposiciones. No se nos ahorra un solo detalle. A continuación del minucioso boletín de salud siguen veinticinco páginas de "Opiniones de médicos expertos." Mr. Chámberlin, que no es médico de profesión, presentó a los consultores más eminentes los datos que

había coleccionado, con el objeto de indagar las enfermedades que, en su opinión, habría sufrido la reina Elízabeth.

Sir Wílliam Ósler se manifestó inclinado a la brevedad en sus respuestas a dichas preguntas. Aunque admitiendo que, a juzgar por los datos, apenas podría decirse que la paciente había gozado de buena salud, declara: "Aparte de la hidropesía, que podía provenir de nefritis, y de las viruelas, las descripciones son demasiado vagas para justificar opinión alguna de valor." A la pregunta cuarta: "¿Cuál era su salud probable durante los años en que no ha sido posible suministrar datos?" contesta el doctor Ósler: "Imposible decirlo."

Sir Clífford Állbutt tampoco da respuestas muy satisfactorias. "¿Sería demasiado asegurar que después de cumplidos los quince años fué prácticamente una enferma, con excepción de los años en que no hay datos suministrados directa ni indirectamente?" Respuesta: "Sería demasiado."

El doctor Keith, del Royal College of Surgeons, da, sin embargo, su opinión muy por extenso, acompañada de un diagrama clínico. Sabemos que Elízabeth padecía de anemia, de trastornos del estómago y del hígado, de condiciones sépticas de la dentadura, y que el dolor en el brazo izquierdo podía provenir de reumatismo.

Las aprensiones del lector se amelioran, empero, considerando que todas estas dolencias no se presentaron al mismo tiempo, sino que estuvieron repartidas en un período de sesenta y nueve años. El doctor Keith añade con mucha justicia que la diagnosis sería más completa si el médico hubiera tenido oportunidad de examinar personalmente a la paciente. "En el caso de la reina Elízabeth, el médico moderno está separado de su paciente por un intervalo de más de trescientos años; tiene que intentar la diagnosis ateniéndose a los datos históricos."

A este propósito es interesante observar cómo se modifica la opinión científica en el curso de la historia. Cuando Elízabeth contaba alrededor de dieciocho años, tuvo cierta enfermedad que el doctor Hóward diagnosticó al principio como una forma aguda de inflamación del hígado. "Pero," añade, "apenas parece posible que un sujeto atacado de nefritis de forma tan aguda pudiera vivir hasta cerca de los setenta." Por consiguiente, se inclina a la teoría de que el caso fué "endocarditis aguda y regurgitación mitral;" y agrega, con la ingenuidad característica del hombre de ciencia: "La misma objeción de la longevidad podría también aplicarse a esta diagnosis."

La patología moderna puede arrojar alguna luz sobre ciertos personajes históricos, pero uno comprende que hay sus limitaciones. No solamente encuentran difícil los médicos modernos hacer una diagnosis completa cuando el paciente ha estado muerto por trescientos años, sino que encuentran difícil guardar la elevada norma de la ética profesional cuando hablan de los galenos de otras épocas.

Así Sir Clífford, refiriéndose a los doctores que atendieron a la reina Elízabeth, dice: "Mi impresión es que en el siglo décimosexto la medicina estaba por debajo de todo vilipendio. En el tiempo de la reina Elízabeth, Clowes hizo algo, y tal vez Lowe; pero realmente toda la ciencia médica de algún valor se hallaba en Italia, y sólo estudiando en Italia podían saber algo nuestros doctores. Unos cuantos lo hicieron así, por supuesto. El resto no era sino un montón de galenistas y charlatanes obtusos."

Esto es duro hasta cierto punto, viniendo de un consultor del siglo veinte a quien se pedía opinión sobre un caso que perteneció a los médicos del siglo dieciséis. El hecho de que aquellos médicos mantuvieran viva por cerca de setenta años a una paciente a quien los modernos Hipócrates hubieran desahuciado a los veinte, merece alguna consideración.

Estoy dispuesto a admitir que las investigaciones patológicas pueden servir al biógrafo; pero todo tiene su límite. En esta esfera la patología puede ser buena criada, pero es mala patrona. Lo mismo cabe decir de la psicología. El psicólogo es en su esfera una persona modesta y laboriosa. El progreso de toda ciencia dentro de su propio terreno se efectúa siempre con lentitud. Si alguien ha de obtener resultados, necesita trabajar en tal sentido y compartir sus descubrimientos con los demás,

III

HAY, empero, una línea divisoria entre las ciencias, que ofrece campo abierto a la aventura. El osado habitante de la frontera puede hacer una incursión, en compañía de algunos compañeros alegres, y regresar con botín. Los psiquiatros y los psicoanalistas han invadido por fuerza el campo de la biografía y están ahora empeñados en consolidar sus conquistas. La biografía es un campo particularmente seductor. El análisis psicológico demanda mucho tiempo y paciencia cuando se trata de un viviente; pero analizar psicológicamente a los personajes históricos y estudiar sus complejos impulsos y represiones y conflictos constituye un agradable pasatiempo. Nadie puede contradecir las deducciones.

Los teólogos de antaño, al discutir la predestinación, se aventuraban a escudriñar los rincones de la mente divina. Asumiendo que Dios previó y preordinó la caída del hombre, preguntaban cuál tuvo la prioridad, si la previsión o la preordinación. ¿Sabía Dios de antemano que el hombre estaba destinado a caer y preordinó, en consecuencia, que debía ser castigado eternamente? Así lo afirman los sublapsarianos. Con lógica más severa disputan los supralapsarios que la preordinación es absoluta e independiente de toda contingencia. Dios preordinó la creación del hombre, su caída y su castigo en un solo decreto, y sabía de antemano, naturalmente, que el decreto se llevaría a efecto.

Los teólogos del día son más modestos, inclinándose a admitir que hay algunas cosas que no conocen. Hay ciertos biógrafos, empero, cuya mente parece moldeada sobre el inflexible patrón supralapsario. Apenas se abre el libro se siente la impresión de que todo está preordinado. No hay contingencias. Una vez determinado el carácter del individuo, el biógrafo nos gratifica con los incidentes que lo ilustran. Sabemos qué clase de persona es el aludido, y todas sus acciones están predeterminadas.

Los esbozos definidos de un carácter de que el hombre representa un solo rasgo son interesantes, pero se marcan con relieve más vigoroso cuando solamente conocemos un incidente aislado. Algunos de los personajes más familiares de *La biblia* son conocidos únicamente por alguna frase casual o un simple gesto. "A Galión nada se le daba de ello." Generaciones de predicadores han reputado a Galión como un ejemplo del pecado de indiferencia. Era hombre de aquellos que, si viviera al presente, descuidaría sus prerrogativas religiosas y olvidaría inscribirse para las elecciones. Pero, ¿era Galión efectivamente hombre de esta clase? Todo lo que sabemos acerca de este magistrado romano es que desechó un caso sobre el cual no tenía jurisdicción y que tampoco le interesaba especialmente. Si hubiéramos podido observarle cualquier otro día, quizá habríamos cambiado de opinión.

El nombre de Ananías se ha usado como sinónimo de embustero habitual. Pero el libro de *Los hechos de los apóstoles* no dice que Ananías hubiera mentido positivamente: todo lo que dice es que vendió sus posesiones y depositó parte de su precio a los pies del apóstol. En otras palabras, Ananías en aquella ocasión no hizo entrega completa de sus bienes personales.

Cuando este método se aplica a personas cuya vida es bien conocida habrá siempre gran proporción de escepticismo. ¿Cómo podemos tener la certeza de que el talentoso escritor haya dado en la clave verdadera del carácter que intenta revelarnos?

En *Mirrors of Downing Street* [Espejos de Dówning Street], en *Painted Windows* [Ventanas pintadas], y en *Uncensored Celebrities* [Celebridades indiscutidas] encontramos interesantes estudios de carácter. Tenemos instantáneas de estadistas y prelados distinguidos; pero, ¿penetramos realmente el pensamiento de tales personas? Y si lo hiciéramos, ¿estaríamos tan adelantados como suponemos?

Estudiemos esta cuestión en cuanto se refiere a Mr. Lloyd George. El escritor, hablando del súbito cambio de frente del estadista, pregunta: "¿Cómo puede explicarse que el más decidido pacifista de un gabinete pacifista y liberal, el hombre que seis semanas antes había iniciado una apasionada cruzada en contra de los armamentos, votara por la guerra el funesto 4 de agosto de 1914?"

Ahora bien; me aventuro a declarar que

ningún biógrafo, provisto de los últimos instrumentos de psicológica precisión para explorar los rincones más recónditos de la mente de Mr. Lloyd George, pero ignorando los tremendos eventos de aquellos tumultuosos días, sería capaz de dar respuesta positiva a esta cuestión.

¿Cómo puede suceder que un tranquilo propietario de Kansas, ocupado en arreglar el techo de su cocina, aparezca momentos después tratando frenéticamente de extraerse a sí mismo de entre una masa de escombros? No es posible explicar el repentino cambio de ocupación mediante un intenso análisis de la mente del hombre de Kansas; hay que tener en cuenta la naturaleza de un ciclón.

El analista de la mente de Mr. Lloyd George dice: "Está siempre más dispuesto a obrar que a pensar. Para él, la presente oscilación del reloj tiene toda la trascendencia de lo eterno. Si el pensamiento fuera una enfermedad, él sería el más sano de los hombres. Mientras más recomiende una política, menos puede confiarse en que habrá de seguirla."

Es un análisis ingenioso, pero se impone la pregunta: ¿Cómo está el escritor tan al corriente de lo que pasa en la mente de Mr. Lloyd George? ¿Quién asegura que no piense éste rápidamente mientras actúa con tal intensidad? Y ¿por qué no ha de ser suficientemente razonado su criterio sobre cuestiones del momento? Concedamos que cambiara de política rápidamente; ¿cambiaba acaso con más rapidez que las circunstancias que había de afrontar? Concedamos que no llevó sus ideas a una lógica conclusión. En medio de las tremendas fuerzas que contendían en el mundo, ¿podía llevarse algo a una lógica conclusión? Hay motivo para dudarlo honradamente.

Está bien que el biógrafo aguce su ingenio valiéndose de la psicología, pero no debe permitir que una fórmula se substituya al individuo. Siempre nos sentimos felices de escapar a los rígidos supralapsarios acogiéndonos a los biógrafos, antiguos y modernos, que pertenecen a la escuela humanista. En sus páginas vemos desplegarse irregularmente los caracteres bajo la presión de las circunstancias. No podemos decir lo que es capaz de hacer una persona hasta que lo hace; y aun entonces no estamos siempre seguros de conocer todas sus razones. No hay programa establecido. Acontecimientos inesperados surgen de continuo poniendo en juego fuerzas con que no contábamos. Nos vemos obligados a modificar nuestra primera impresión tanto respecto del hombre como de su época. Mientras más se observa a un individuo más individualidad se le encuentra. Adquiere menor significación como símbolo y despierta mayor interés como personalidad.

Allí está, por ejemplo, el *Catón* de Plutarco. No se intenta analizar su carácter ni explicar sus idiosincracias. Le vemos exactamente conforme era. No corresponde a fórmula alguna. Es simplemente Catón.

Catón tenía ojos grises y cabello rojo. Era un hombre que se había formado por sí mismo. Trabajaba afanosamente, y gustábale usar vestidos viejos cuando estaba en el campo. Era aficionado a los nabos y las berzas. Era muy económico, y cuando sus esclavos comenzaron a envejecer los vendió para evitar la depreciación de su propiedad. Desdeñaba la lisonja, pero no tenía reparo en alabarse a sí mismo. Agradábanle chistes mordaces. Era orador popular y buen soldado. Cuando fué nombrado cuestor, estableció un impuesto especial sobre los artículos de lujo; cortó las cañerías a favor de las cuales extraían fraudulentamente los opulentos dueños de casa el agua de las fuentes públicas; redujo el tipo de interés en préstamos, y se condujo con tan insolente rectitud que toda la gente de alta posición se *declaró* en contra suya.

Todos estos incidentes se refieren a la vida exterior de Catón. Plutarco se contenta con exponerlos acompañados de la observación: "Si estas cosas revelan grandeza o mezquindad de pensamiento, júzguelo por sí mismo el lector." Sin embargo hacen aparecer muy real ante nosotros al romano de cabellos rojos. Le conocemos del mismo modo que conocemos a nuestros contemporáneos. Si cayéramos en Roma un día de elecciones y nos dijeran que la consigna era "¡Cualquier cosa, con tal de derrotar al viejo Catón!" nos sentiríamos en terreno conocido. Probable-

mente votaríamos por Catón, para arrepentirnos pasadas las elecciones.

Experimentamos esta impresión de absoluta realidad con los caracteres de estadistas y militares que encontramos en las apretadas páginas de Clárendon. Tenemos, por ejemplo, la descripción del Hampden de Clárendon. Es el retrato de un caballero, delineado por otro caballero enemigo suyo. Pero todo el mundo preferiría tener a Clárendon como enemigo antes que a otro hombre como amigo.

John Hampden "era un gentilhombre de buena familia en Búckinghamshire, nacido en la prosperidad, y de maneras extremadamente corteses y afables. Recién salido al mundo se entregó a toda la libertad en deportes, hábitos y compañía que afectaban los hombres de conducta más divertida. Después se retiró a sociedad más reservada y melancólica, pero conservando siempre su alegría y vivacidad natural y, sobre todo, su cortesía desbordante para con todos. . . . Poseía una rara afabilidad y suavidad de carácter en la controversia, un aparente rendimiento y aquiescencia a los juicios ajenos que hacía creer que no tuviera opinión preconcebida, sino el deseo de informarse e ilustrarse; pero se gastaba un modo tan sutil de interrogar y, so capa de duda, insinuar sus objeciones, que al retirarse dejaba siempre su opinión en aquellos de quienes pretendía aprender y recibirla. . . . Era hombre muy hábil, a la verdad, y de grandes dotes naturales, y poseído del espíritu más absoluto de popularidad, esto es, de las facultades más absolutas para gobernar al pueblo, que yo haya encontrado en persona alguna."

En concepto de Clárendon, John Hampden era hombre muy peligroso. "Engendraba muchas opiniones y nociones, cuya educación dejaba a cargo de otros." De algo no es permitido dudar. Era un hombre eminente, aunque combatía en el lado del mal.

"Era muy sobrio en su alimentación; y en virtud del dominio supremo que ejercía sobre todos sus afectos y pasiones, ejercía también gran influencia sobre los demás hombres. Era industrioso y vigilante hasta el extremo de que podía apostárselas sin tedio ni fatiga con el más laborioso; su penetración hacía imposible que la persona de ingenio más agudo o sutil lograra engañarle, y su valor personal igualaba a su penetración; de manera que era enemigo poco deseable siempre que se pudiese hacer de él un amigo." Después de reconocer estas cualidades, agrega Clárendon: "*Por consiguiente, su muerte fué un gran alivio para la nación.*"

Ningún psicólogo produciría con el análisis más laborioso la impresión que dejan estas palabras. Nos sentimos conscientes de la personalidad de John Hampden como una fuerza contra la cual luchaban hombres resueltos. No solamente vemos al hombre mismo, sino que comprendemos por qué algunos le amaban y otros le resistían. Formaba parte de un poderoso movimiento que él dirigía en gran manera.

La biografía no puede reducirse a ciencia, pero puede elevarse convirtiéndose en la más hermosa de las artes: el arte de reproducir no solamente los incidentes de la vida de un grande hombre, sino la impresión que hacía en aquellos que mejor le conocieron.



IMPORTANCIA DE LA PAZ EUROPEA PARA LOS ESTADOS UNIDOS

POR

GEORGE W. WICKERSHAM

Ni desde el punto de vista político ni desde el punto de vista económico ni desde el punto de vista moral corresponde a los Estados Unidos mantenerse apartados de los asuntos mundiales, declara el autor. La liga de naciones representa hasta el presente el factor más autorizado que se haya conocido para la solución de los problemas internacionales. La justicia y el derecho deben prevalecer en el mundo; y las conferencias de naciones ofrecen el medio más eficaz para la inteligencia mutua. Dentro de las limitaciones inevitables, la reciente conferencia de Wáshington ha producido resultados bastante satisfactorios. El deber y la autoridad moral de los Estados Unidos demandan que la nación abandone su política de aislamiento y de tímida "observación extra oficial" para adoptar una actitud intrépida y definida, prestando así apoyo constructivo para la paz y la estabilidad de las condiciones políticas y económicas del mundo.—LA REDACCIÓN.

EL DESENVOLVIMIENTO más extraño en la historia de los Estados Unidos es indudablemente la política de aislamiento que nuestro gobierno ha perseguido cada vez con mayor fervor. La oposición a formar parte de la liga de naciones impulsó a los partidarios de la abstención a sostener la tesis de que los Estados Unidos no tenían por qué interesarse en los negocios europeos. El consejo de Wáshington acerca de la conveniencia de evitar alianzas políticas con naciones extranjeras se proclamó como la norma de conducta a que deberían ceñirse los Estados Unidos en el siglo veinte, conforme lo habían hecho en el siglo dieciocho. La falacia de la premisa de que no tenemos interés en los asuntos europeos pasó inadvertida por algún tiempo. Los Estados Unidos se glorían de ser un pueblo progresista y de amplia visión. Sin embargo, han permitido que durante los dos años recientemente transcurridos les guiaran hombres con la mirada fija en el pasado y que marchaban en sentido retrógrado.

Después de todo gran esfuerzo humano se produce generalmente un período de relajación, de fatiga física, mental y espiritual. El prodigioso esfuerzo llevado a cabo por los Estados Unidos en 1917 y 1918, que convirtió a una nación pacífica y decidida por la paz en una nación enteramente resuelta a la guerra, en una nación que decretó la conscripción universal de su juventud y envió dos millones de ciudadanos militarizados a través de tres mil millas de océano a combatir en defensa de la civilización y la justicia, se tradujo, pasado el súbito triunfo de sus armas, en un retroceso casi hasta la supina actitud de 1914. ¿Qué significaba Europa para nosotros, o nosotros para Europa? Olvidamos que solamente parte de nuestros propósitos se había realizado.

Nuestro grito de batalla había sido: "Ésta es una guerra para concluir con las guerras." Nuestro objeto inmediato era el derrocamiento de la autocracia militar alemana. ¿Por qué? Porque constituía una amenaza continua a la paz del mundo. Es verdad que la agresión alemana se había dirigido únicamente contra las naciones europeas, y que el gobierno de los Estados Unidos se esforzó vigorosamente durante algún tiempo en mantener una actitud neutral bajo el supuesto de que nada teníamos que hacer con Europa ni con sus asuntos. Pero no es posible sostener largo tiempo una filosofía o una política que no estén basadas en hechos; y nos vimos inevitablemente arrastrados por la corriente de la guerra, hasta que al cabo, aun un gobierno decidido a mantener la paz a todo trance, se vió precisado a reconocer la fuerza de los hechos, y un presidente que cinco meses antes había sido elegido a la primera magistratura porque "nos mantenía apartados de la guerra," condujo a la nación en masa a la más gigantesca de las guerras.

Los términos en que el enemigo depuso

las armas fueron en gran medida dictados por el gobierno de los Estados Unidos. Dichos términos constituían los puntos salientes de acuerdo con los cuales debía negociarse el tratado de paz. Incluían específicamente el establecimiento de una liga de naciones para mantener y perpetuar la paz tan caramente comprada por los aliados. Nuestro objeto declarado era el derrocamiento del poder militar de Alemania, haciendo al mundo "salvo para la democracia." Toda nación que hubiera tomado parte en la derrota de las potencias centrales asumía necesariamente responsabilidad por las consecuencias del triunfo. No es página de historia que haya de estimular el orgullo de la posteridad, que los Estados Unidos retiraran su apoyo antes de que se hubieran cumplido los propósitos de las potencias aliadas y asociadas; que rechazaran el tratado, inclusive el capítulo—en su mayor parte redactado por su propio jefe ejecutivo—que establecía la organización de una liga de las naciones del mundo para mantener la paz del mundo, sin proponer substituto o alternativa para aquella organización, y que negociaran una paz por separado con Alemania, bajo la cual intentaban retener todas las ventajas del tratado de Versalles sin asumir sus responsabilidades. Desde entonces, hemos dedicado mayor energía a forzar el pago del dinero prestado a nuestros aliados para la prosecución de la guerra: dinero gastado casi en su totalidad dentro de los Estados Unidos en la compra de material de guerra a precios exorbitantes que a la tentativa de reorganizar las naciones desmoralizadas por la guerra o contribuir al establecimiento y apoyo de medidas para preservar la paz.

Hicimos un esfuerzo esporádico. Nuestro gobierno invitó a seis o siete naciones para celebrar una conferencia en Wáshington con el objeto de estudiar los problemas del Pacífico y evitar a favor de algún acuerdo la renovada competencia internacional en la construcción de buques. El esfuerzo estuvo coronado de éxito, dentro de sus límites de acción. Celebróse un convenio entre las cinco potencias más importantes, fijando la proporción del poder naval en cuanto se refería a buques de gran calado y estableciendo reglas de derecho internacional respecto del uso de los submarinos. Se resolvió la inquietante cuestión de Shantung, acordándose la retirada de los japoneses del territorio chino. La política de la puerta abierta en China se estableció en forma más definida por una convención de ocho potencias, en que se brindaba a una China dividida y careciendo aparentemente todavía del sentimiento de unidad nacional la oportunidad de justificar las demandas que sus estadistas habían presentado y el interés despertado en favor suyo. Finalmente, un convenio entre los Estados Unidos, la Gran Bretaña y el Japón, obligándose a respetar sus derechos recíprocos en cuanto a las posesiones insulares en el Pacífico, y a resolver en conferencia las cuestiones que pudieran surgir con relación a tales derechos e intereses, comprometió oficialmente a los Estados Unidos, dentro de los estrechos límites de un tratado, a adoptar el principio de conferencias y pactos con otras potencias.

Los partidarios de la política de aislamiento nacional percibieron rápidamente las implicaciones de este tratado. Su ratificación en el senado encontró acerba oposición de parte de quienes habían encabezado los ataques contra el tratado de Versalles. Reviviéronse con este motivo muchos de los argumentos empleados para derrotar el primero. El tratado de las cuatro potencias fué ratificado por una mayoría de sólo cuatro votos; y esto, únicamente a favor de la inserción de una necia y del todo innecesaria cláusula exponiendo que ello no constituía alianza ni comprometía a esta pacífica nación al empleo de la fuerza.

La negociación magistral de los asuntos tratados en la conferencia de Wáshington por el secretario Hughes y sus colegas de la asamblea despertó admiración y aplauso en todo el país, y a decir verdad, en el mundo entero. Iniciado así un comienzo, la nación aguardaba algún movimiento del gobierno con referencia a la situación europea. La primera decepción se produjo cuando Mr. Hughes declaró que los Estados Unidos eran impotentes para proteger a los cristianos de Siria y Armenia contra los turcos. La política de abstenerse de toda participación en las juntas, comisiones o cuerpos encargados de atender

a las diversas fases de la situación europea se ha atenuado algo siquiera con la presencia de "observadores extra oficiales" de los Estados Unidos, quienes por lo menos se hallaban en condición de procurar datos exactos acerca de los varios problemas sujetos a consideración y transmitir sugestiones provechosas de parte de nuestro gobierno. Aun esta medida representa una nueva actitud de los Estados Unidos. Su historia no ha sido la de tímido observador. Róosevelt no envió un "observador extra oficial" a la conferencia de Algeciras.

Entre tanto empeoraban los asuntos en Europa, en vez de mejorar. Los triunfantes turcos arrojaron del Asia Menor al derrotado ejército griego, anulando cuanto había realizado la cristiandad unida al derrocar el gobierno musulmán en Turquía. Alemania evadía sistemáticamente el cumplimiento de los términos del tratado de paz, y surgían diferencias entre los aliados sobre el método de obligarla a compensar la destrucción producida por sus tropas. El gobierno de los Estados Unidos presionaba a sus anteriores asociados por el pago de las sumas prestadas para el sostenimiento de la guerra, prescindiendo de la obvia imposibilidad en que se hallaban Francia e Italia de efectuar pago alguno salvo con el dinero reclamado a Alemania.

Hasta donde se ha permitido funcionar a la liga de naciones, el resultado ha sido satisfactorio; pero los primeros ministros han mantenido fuera de la jurisdicción de ese cuerpo la disposición relativa a la cuestión de reparaciones y los problemas concernientes a las relaciones con Turquía y con la Rusia del *sóviet*. La liga resolvió el aparentemente insoluble problema de Silesia. Determinó la propiedad de las islas de Aland. Impidió la guerra entre Serbia y Albania. Estableció un tribunal permanente de justicia internacional. Salvó a Austria de una completa ruina. Mas, a pesar de estos resultados, el gobierno de los Estados Unidos ha apartado sus miradas de la liga. Por último, el senador Bórah, uno de los más conspicuos partidarios del aislamiento, pero observador inteligente y progresista de los acontecimientos, comenzó a experimentar inquietud por las consecuencias de una política de apartamiento y trató de promover una conferencia internacional para estudiar y resolver los problemas económicos de Europa. Retiró su moción ante el alegato de la administración de que estorbaría los esfuerzos que se habían iniciado: esfuerzos que, al decir, se manifestaban en forma de "conversaciones" o sugestiones. Nada más tangible se produjo, con excepción de aquellos "rumores." Nuestra sola contribución para resolver las dificultades del mundo ha sido la ostentosa retirada de unas cuantas tropas americanas restantes en Coblentz, al parecer, a fuer de censura por el avance francés en el Ruhr; y la concesión del uno y medio por ciento de interés anual durante diez años, y de allí en adelante el uno por ciento, sobre el total de la deuda inglesa a los Estados Unidos, con una prórroga para al pago del capital: concesión que todavía no ha sido ratificada por el senado.

Pocas personas están satisfechas con esta situación. El honorable Knute Nelson, venerable y respetado anciano senador por Minnesota, conspicuo caudillo republicano ortodoxo, declaraba hace poco en el senado que siempre había creído

> que era el mayor error, tanto económico como en cualquier otro respecto, que los Estados Unidos no entraran en la liga de naciones, con una o dos enmiendas en la redacción del tratado.

Y continuaba:

> Si hubiéramos formado parte de la liga de naciones, se habrían estabilizado las condiciones de Europa. Es indispensable que las condiciones políticas sean estables para que puedan estabilizarse las condiciones económicas; y estoy íntimamente convencido, aunque se me califique de herético, que si hubiéramos entrado en la liga de naciones y aceptado el tratado de Versalles, en vez de intentar deslizarnos por debajo poco a poco, como algunos han estado haciéndolo últimamente, las condiciones serían mucho mejores en Europa de lo que son hoy en día.

Al mismo tiempo que este viejo y sabio estadista pronunciaba estas palabras, Mr. Híram Johnson, senador por California, el más extremista de los partidarios del apartamiento, escribía en *The New York Times*:

> El tiempo ha demostrado la prudencia del senado al oponerse a la ratificación del tratado de Versalles. ¡Cuán pocos adherentes tiene

ahora! Los inexorables hechos de los años recientes han demostrado así mismo la falta de cordura que habría representado el participar en la liga.

De otro lado, el ex gobernador de Illinóis, Mr. Lowden, uno de los candidatos a la presidencia en la convención republicana nacional de 1920, expresaba vigorosamente algunos días después, hablando en Nueva York, sentimientos del todo análogos a los del senador Nelson.

¡Cuán pocos defensores tiene la política del senador Johnson!

El pueblo de los Estados Unidos estaba dispuesto a brindar a la presente administración nacional la oportunidad de formular un proyecto mejor para asegurar la paz del mundo que el que ofrecía el tratado de Versalles; pero, como los meses se han convertido en años sin que se propusiera ningún plan, el pensamiento del pueblo retorna cada vez con mayor insistencia a la liga de naciones considerándola el único factor practicable hasta ahora ideado,

> para que prevalezcan la conferencia y la justicia y el derecho en vez de la fuerza en el arreglo de los asuntos internacionales.

Predomina cada vez más en el espíritu del pueblo la creencia de que la adhesión de los Estados Unidos a la Liga,

> la convertiría en el factor moral y político más poderoso que hasta el presente se haya encontrado para asegurar la paz del mundo.

Las naciones europeas están unidas a nosotros por íntimos vínculos de índole personal, industrial e intelectual. La Gran Bretaña, Francia, Italia y Bélgica deben colectivamente a nuestro gobierno alrededor de diez mil millones de dólares. Ni el mismo Shýlock reclamaba la deuda de Antonio con la insistencia que nuestro congreso ha reclamado el pago de estos créditos. Aun el honorable Théodore Burton de Ohío, uno de los más hábiles economistas americanos y hombre de magna visión internacional, se ha opuesto recientemente a la cancelación o reducción de esta deuda, aunque insistiendo al mismo tiempo en que debería fijarse un tipo mínimo de interés. Aconsejaba esta medida fundándose en que

> no solamente en interés de nuestros deudores extranjeros se hace menester mostrar clemencia, sino que, aun apelando al elemento del egoísmo, nos interesa a todos, porque nuestro comercio, nuestra prosperidad, están seriamente amenazados por las condiciones monetarias de Europa, que temo van cada día de mal en peor.

Las naciones europeas deberían comprar anualmente en tiempos normales por valor de dos o tres mil millones de nuestros productos. En tanto que no se restauren las condiciones de normalidad, sus compras tienen que ser mucho menores. La Gran Bretaña es la única de las naciones deudoras nuestras que tiene posibilidad de pagar su deuda independientemente de los pagos de Alemania. Es ocioso hablar de los cinco mil millones que nos deben Francia e Italia como dinero de posible solvencia, a menos que Alemania pague dicha suma a esas naciones. Mientras no se estabilicen las condiciones económicas de Europa, los agricultores de los Estados Unidos se verán en la imposibilidad de colocar una gran proporción de sus productos, y los manufactureros de los Estados Unidos no tendrán mercado para el exceso de su producción. Como hace observar el senador Nelson:

> es indispensable que las condiciones políticas sean estables para que puedan estabilizarse las condiciones económicas.

La ocasión y el deber están patentes para los Estados Unidos. No podemos seguir gozando de prosperidad como nación aislada. Nuestros intereses materiales nos hacen parte integrante del mundo de que Europa representa, después de los Estados Unidos, la parte más importante. Si condescendemos en conferenciar acerca del Pacífico, ¿por qué no acerca de Europa, donde nuestros intereses materiales son infinitamente mayores? La situación demanda intrépida dirección. ¿Quién aprovechará de esta oportunidad?

El pueblo de los Estados Unidos aguarda la proclamación de una política y la aserción de un propósito. No aceptará por mucho tiempo una política de timidez y evasión. Está preparado para un programa directo y constructivo. Está dispuesto a apoyar con entusiasmo una administración que reafirme la autoridad moral de esta nación sobre el mundo.

LA *FLAPPER*[1] AMERICANA NOVÍSIMA

POR

G. STÁNLEY HALL

Los lectores encontrarán interesante de seguro el estudio de la *flapper* americana, tipo característico que ha adquirido personalidad muy suya y muy arrolladora, convirtiéndose casi en institución. Como dice el autor, el tipo que pinta es el tipo extremo: la *flapper* novísima, ultramoderna. Pero aun así, analizando sus impulsos, sus aparentes contradicciones, sus gustos masculinos y la fascinación que a pesar de todo ejerce, opina que, contrariamente al concepto más generalizado, palpita en ella la afirmación más bien que la negación de su sexo. No sería extraño, reflexiona, que de la *flapper* brotara un nuevo tipo de mujer, intensamente sincero y femenino: la adolescente, como la naturaleza la ha hecho, y no como las convenciones han decretado que sea.—LA REDACCIÓN.

CUANDO oí por primera vez hace algunos años la pintoresca palabra *flapper*, aplicada a las muchachas, me vino a la mente la idea de una vela suelta, batiéndose a todos los vientos, con peligro de volcar la embarcación que está destinada a impulsar. También me ocurrió la fugaz y todavía más cruda imagen mental de una pieza de ropa, colgada a secarse al sol y la brisa antes de ser almidonada y planchada para el uso. Me avergoncé un poco de tales ideas cuando el diccionario vino a sacarme de dudas, definiendo la palabra como significando un pajarillo recién emplumado, todavía en el nido, e intentando vanamente lanzarse a volar cuando sus alas tienen solamente piñones; y reconocí entonces el genio popular del lenguaje, que ha hecho de la tierna avecilla el símbolo de la adolescencia femenina. Esta acepción tiene también la ventaja de encerrar cierta moral, implicando las peripecias que podría sufrir el pajarillo que se aventurase a volar prematuramente confiando en sus piñones.

Los alemanes nos adelantaron por un siglo en dar nombre a esta fascinadora etapa de la vida; pero su definición es muy poco poética, por no decir culinaria. Para ellos, la *flapper* es un pescado listo para el horno, pero que aun no ha sido sometido a dicho procedimiento. A decir verdad, la *h* y la *k* son letras tan parecidas, que no puedo menos de preguntarme si los obtusos lexicógrafos teutones no equivocaron por ventura *Backfish* por *Bachfish*. Si así lo fuera, quiere decir que allá se quiso designar a la "pollita" con el nombre genérico de aquella especie de peces cuyos huevos revientan tierra adentro, a orillas de los grandes ríos, y que después emigran o, ya crecidos, son arrastrados por la corriente y se encuentran solazándose en algún vasto estero y adaptándose al ilimitado océano donde están destinados a vivir en adelante. Quizá los alemanes que aplicaron por primera vez este epíteto no intentaron ser tan poco románticos o galantes hacia el sexo, fundamentalmente; porque todos sabemos que los peces no sólo precedieron a las aves en el orden evolutivo, sino que fueron sus progenitores directos. Conjeturando de esta manera, el *tendron* francés es todavía más fundamental, porque retrocede hasta el reino vegetal, asimilando a las adolescentes con tijeretas, vástagos listos para ser incorporados, yemas, o quizá órganos no diferenciados y todavía en el estado de ternilla. De haberse consultado a las adolescentes mismas, quizá habrían vacilado entre pájaro y pimpollo, pero seguramente no habrían aceptado la definición de pez. Es muy posible que se tuviera en consideración al pescador situado al otro extremo del aparejo.

Debemos admitir, por lo tanto, que el mundo no ha encontrado todavía la designación exacta para este producto único de la civilización, para la adolescente que

[1]Equivale a "pollita" en español, pero en inglés tiene los diversos significados a que alude el autor.—LA REDACCIÓN.

atraviesa en tales momentos una etapa de maravilloso desarrollo. Mas, ¿a qué preocuparnos de nombres?

A fuer de observador constante de la naturaleza humana comprendí hace mucho tiempo que de todas las etapas de la vida humana, representaba ésta una *terra incognita.* Sabemos mucho al presente respecto de los niños, los adultos y los ancianos, y el mancebo púber se ha convertido en libro abierto. Comencé, por lo tanto, hace varios meses, a escudriñar biliotecas, sorprendiéndome el descubrir cuán sentimentales, imaginativos y completamente desprovistos de ciencia eran en realidad casi todos los escasos libros y numerosos artículos acerca de las muchachas en la edad de la adolescencia. Muy persistente es la tendencia a tratar a la ligera este importante y grave tema; a invocar a Puck, Ariel y Momo como las únicas musas que pueden ayudarnos a compenetrar el complejo laberinto de la pubertad femenina. Por otra parte, desde la guerra, el tipo de adolescente descrito por los autores de época anterior hase extinguido tan completamente como el dodo, suponiendo que alguna vez existiera. En consecuencia, debemos abandonar la literatura y descender desde las róseas alturas donde imaginábamos que residía, hasta la calle y el hogar, y estudiarlo tan directa y concretamente como nos sea posible.

II

PRIMERAMENTE, la calle. El otro día me encontraba caminando pocos pasos detrás de una chica que andaría cerca de la encantadora edad de dieciséis. Manteníase en el centro de la ancha acera. Eran poco más de las cuatro, y aparentemente regresaba a casa después de asistir a su *high school.* Seguíamos una larga cuadra que pasaba delante del campo de juego de cierta universidad, donde estaban reuniéndose algunos estudiantes para sus deportes de la tarde. No masticaba chicle, pero de vez en cuando llevaba alguna golosina de su bolsillo a la boca, mirándolo todo en torno y avanzando con aire seguro y conquistador. "¿Cómo va, Billy?" dió la voz a un joven, a quien yo imaginé condiscípulo suyo; y "¡Hola, muchachos!" fué su saludo a otros tres algunos minutos más tarde.

Pronto dió la vuelta, deshaciendo el camino recorrido, de manera que yo hube de encontrarme frente a ella. Una ojeada a su lindo, feliz, inocente y vívidamente sonrosado rostro, mientras me hacía a un lado para que ella conservara el centro de la acera, me hizo comprender que no la habría sorprendido mucho que yo me apartara hasta el borde mismo del arroyo y me quitara el sombrero a fuer de excusa por haberme aventurado en sus dominios. Si lo hubiera hecho, sin embargo, quizá ni lo habría notado; porque sospecho que habría continuado inconsciente por completo de mi existencia, aunque por el momento fuéramos casi las únicas dos personas que transitaban en esa calle. Si yo hubiera tenido veinte años y aspecto simpático, habría sido capaz de describirme hasta el último detalle sin haberme tenido ni un instante bajo el foco directo de su visión; porque jamás debemos olvidar que, en esta edad peculiar, la naturaleza da al sexo opuesto sensibilidad de visión tan intensa indirecta como directa, dándose igual cuenta—si no mayor a veces—de lo que cae bajo la periferia de su retina como de lo que impresiona el ópalo noble del ojo.

Tuve ocasión entonces de mirarla con más detenimiento. Llevaba un sombrero tejido de lana color de fuego, en que apenas se marcaba el ala; una chalina rojo anaranjado; dos sartas de cuentas de "Betty" de diferentes colores, retorcidas juntas en forma de cordón; un abrigo corto y abierto, con amplios bolsillos; una falda de rayas verticales, plegada de tal modo que cerca de la cintura aparecía muy obscura, pero las rayas blancas alternadas revelábanse progresivamente hacia abajo al andar, produciendo un efecto semejante a lo que psicólogo-fisiólogos califican de aleteo. En su muñeca derecha lucían varios brazaletes; en la izquierda, por supuesto, un reloj de puño. Calzaba zapatos bajos de lazadas y de tacón chato. Sus medias eran de lana de color vivo. Pero lo más notable de todo eran sus altas botinas o calzado exterior para la nieve. Una parecía con el borde vuelto y enteramente desabrochada, en tanto que la otra estaba abrochada en la parte inferior y se batía

sobre el delgado tobillo en forma que llamaba la atención. Esto sucedía en enero de 1922, lo cual debe tenerse especialmente en cuenta, porque cuando esta crítica llegue a ojos del lector, el estilo de las "pollitas," ansiosas siempre de todo lo *chic* y ultramoderno, será muy diferente en algunos de estos detalles. La chica había salido a ver mundo y, de paso, a hacerse ver; y mientras yo me retardaba en la cuadra del campo de juego, observando cómo se solazaban los estudiantes, ella pasó tres veces por mi lado, todavía en su camino, bastante desviado, presumo, de la escuela a su casa.

La pura casualidad me había puesto dentro del radio de acción del ejemplar que precisamente buscaba: tipo tal vez raro y extremo y, por consiguiente, interesante en proporción igual.

Un instinto profundo me decía, empero, que por ningún medio lograría entrar en *rapport* personal con ella o con las de su clase. Yo podría ser su abuelo; y en todo el universo del hombre no hay golfo más ancho ni más infranqueable que el que se extiende entre mí mismo y "pollitas" que pueden ser mis nietas. Si tratara yo de cultivar su amistad, se retraería dentro de su concha; y cultivar la mía, sería, el último de sus deseos. En consecuencia, queriendo hacerle justicia, me volví a la única fuente posible de información, o sea, sus maestros.

Éstos me dieron una porción de detalles, muchos más de los que podría y, ¡ay de mí! más de los que quisiera repetir; de suerte que me encuentro algo perplejo acerca de lo que debo omitir, o siquiera por dónde he de comenzar, entre el cúmulo de incidentes, rasgos característicos y opiniones en general.

III

ELEGIREMOS a la ventura el baile, que la *flapper* adora con entusiasmo jamás conocido en la historia del arte de Terpsícore, por más que siempre haya inspirado entusiasmo loco.

Un buen bailoteo es para una *flapper* goce tan celestial como es capaz de alcanzar y sentir. Baila al mediodía y en sus ratos libres en el gimnasio de la escuela; y si no asiste a la escuela, baila en los restaurantes entre uno y otro plato, o en los cuartos de descanso y de solaz en fábricas y tiendas. Sabe las últimas variaciones del perenne *fox-trot* y las desairadas contorsiones del *camel walk;* se entrega con abandono a la fascinación del tango; y si el salón está demasiado lleno, siempre hay sitio para el lánguido e infantil balanceo; y la moda de bailar mejilla contra mejilla—que cierto escritor de aquí atribuye al elevado costo actual de los alquileres, que demanda el máximum de moción en el mínimum de espacio—tiene su encanto peculiar, porque las parejas necesitan a veces bailar muy apretadamente para poder siquiera moverse. La moción vertical o las vibraciones del *shimmy*[2] son posibles en todo caso.

Mi informante me participó que las estudiantes de *high school* acostumbran dejarse el corsé en casa cuando van a bailes, porque los profesores de higiene y fisiología les han enseñado que su uso en estos casos dificulta la libre respiración, y que la prescindencia de esta prenda es tan necesaria para la elasticidad de movimientos como el traje especial de gimnasio o el vestido de baño; y también que, para aprovechar convenientemente de las ventajas del ejercicio del baile, no deben usar mucha ropa ni muy pesada que les impida conservarse en una temperatura fresca y agradable. A sus íntimos confesará tal vez la *flapper* que prescinde del corsé para no "planchar," o sea, quedar relegada al papel de decoración de la sala de baile. ¡Desgraciada de la popularidad de las maestras que pretendieran restringir cualquiera de estas innovaciones, por más apoyadas que se encuentren por madres ansiosas y perplejas que sólo conocen los pasos anticuados! A despecho de la decadencia del *ballet,* los empresarios de teatros que publican anuncios solicitando muchachas para completar su cuerpo de baile declaran que se ven inundados de una multitud de aspirantes.

La *flapper* ha desarrollado asimismo gustos musicales muy decididos. Si bien rara vez recibe lecciones en sentido musical alguno, tiene muchos discos fonográficos favoritos y sabe canturriar casi todos los

[2]Sacudimiento especial de los hombros sin mover el resto del cuerpo.—LA REDACCIÓN.

aires más populares; y aun cuando es raro que se permita el *cake-walk*, posee una vívida intuición del *ragtime* y del "sincopado hasta la trigésimosegunda nota;" y sus nervios están exquisitamente de acuerdo con el *jazz*, sus sacudimientos, discordancias, bramidos, imitación de sirenas de vapor, de animales, y otros ruidos, y con su compás heterogéneo en que se toman todas las libertades posibles con el ritmo. Los vendedores de dulces, sorbetes, sodas o golosinas están acordes en declarar que las *flappers* son sus mejores parroquianos. Casi parece que pudieran vivir sólo de dulces; y las mamás se quejan de que esta afición destruye la normalidad de su apetito, la digestión y la nutrición en general. Una muchacha puede ser aficionada a los ácidos y aun gustar de los encurtidos, pero esto es solamente a fuer de contraste. Percibe la diferencia de sabor tan seguramente como los catadores de vinos. No solamente ha abandonado la masticación de chicle, a que antes era aficionada, sino que evita reunirse con quienes siguen este hábito, y en ocasiones hasta los desaira abiertamente, como he tenido oportunidad de comprobarlo; pero mordisquea dulces en el teatro, en la escuela y aun en la calle. Por consiguiente, la reciente escasez de azúcar le fué dura de sobrellevar; y es un misterio rayano en enigma el cómo se las arreglaba para acomodarse a ración tan reducida en los "felices tiempos de antaño."

Si le agradan los dulces por su cualidad intrínseca, ¿qué significa esta viva afición a la perfumería, tan característica de su edad? ¿Es, por ventura, que sus sentidos olfatorios han adquirido de pronto mayor intensidad, o es que se asemeja ahora a las flores que atraen insectos . . . insectos humanos? ¿Existe intensidad correspondiente del sentido del olfato en el mancebo adolescente? Posiblemente, al perfumarse así, la joven no piensa en el representante del sexo opuesto. Si lo tiene en cuenta al hacerse fragante, y él no tiene *olfato* suficiente, la *flapper* ha cometido un error monumental. Dejaremos a futuros investigadores la solución de este interesantísimo y grave problema. A todo evento, los vendedores de perfumería a quienes se ha interrogado, convenían también en que las muchachas adolescentes son sus mejores parroquianos.

Jóvenes cuyo vestido indica estrechas circunstancias derrochan a menudo el dinero en perfumes costosos que, peculiaridad singular del momento, prefieren generalmente no puros, sino mezclados; de manera que a veces irradian en la calle un aura de fragancia delicada, cuyos componentes dejarían perplejo al perito que tratara de identificarlos. El fisiólogo alemán Jäger, descubriendo que el olfato es el más sutil de nuestros sentidos, escribió dos ponderosos volúmenes destinados a probar que el alma es realmente un aroma, concluyendo que el amor y la aversión se basan en emanaciones demasiado sutiles para ser conscientes, pero que influyen positivamente sobre la atracción o repulsión. De ser así, el alma de la joven moderna es mucho más dulce y tiene irradiación mucho mayor de lo que jamás poseyera.

Se vuelve loca también por baratijas de joyería, y el corazón se le va tras los anillos, brazaletes, pulseras, collares, relojes de puño, colgantes y aretes que lucen en los escaparates de las tiendas o lleva alguna amiga o alguna desconocida. Sus sueños serían diamantes, rubíes, zafiros y oro; pero las imitaciones llenan bastante bien el ansia y el vacío de su corazón; de manera que en años recientes ha sido gran consumidora en este mercado, según lo atestiguan los comerciantes del ramo.

El cabello, que *La santa biblia* llama la "gloriosa corona" de una mujer; el cabello, de que tanto han hablado en prosa y en verso los amantes, y que, con excepción de las razas negra y mongólica, ha sido siempre una de las principales marcas de distinción entre ambos sexos, no asume ya esta cualidad. Las modosas trenzas de antaño, tan características en otro tiempo de la adolescente, han desaparecido por completo. Tampoco se enrosca el pelo, ni arriba ni abajo, en la parte posterior de la cabeza. Esta región medular, tan protegida en otro tiempo, queda ahora expuesta a la inclemencia por el peinado de aladares o, más todavía, por el corte a la holandesa que deja el pelo más corto en ese sitio. A decir verdad, mi barbero me dice que afeita ahora cierto

espacio más abajo del occipucio en la cabeza de las muchachas más a menudo de lo que refrescaba la tonsura de los jóvenes sacerdotes cuando se hallaba en Italia. Es más inmodesto ahora exponer a la vista las orejas que las rodillas, me dicen, y se dedica especial atención a los bucles que cubren las orejas. Es muy *chic* abrirse la raya al lado, cuidando de que el cabello quede muy liso, como pegado a la parte superior del cráneo; pero a los lados debe dejarse alborotado, o peinado hacia atrás a la hotentote, y mientras más desordenado, mejor. En esta y otras materias, las muchachas imitan, consciente o inconscientemente, a su actriz favorita de cinematógrafo.

Por lo menos la mitad de las películas parecen haber sido hechas para la *flapper*, quien ajusta a este modelo sus gustos y estilos, si no su código de honor. Los empleados de bibliotecas informan que lee mucho menos desde el advenimiento del cinematógrafo. No hay hogar ni autoridad que pueda contrarrestar la película; el único mejoramiento posible es tener representaciones cinematográficas más adecuadas a esa etapa de la vida.

Interrogué también en mis averiguaciones al jefe de una cuadrilla de guardias del tráfico en la ciudad, quien me dijo, hasta donde sea posible citarlo: "Cuando un mozo se lanza a mayor velocidad de lo permitido o quebranta las reglas y va a dar al cuartel de policía, se puede apostar que se traía al lado una muchacha y quería darse importancia ante ella, o estaba cortejándola y desatendiendo su automóvil. Algunos de ellos creen que es elegante avanzar hacia el juez, sacar su rollo de billetes y dejarlo escuálido por pagar la multa mientras la muchacha los mira, o contárselo después. Es indudable que las muchachas se mueren por paseos en automóvil; y a propósito, había una canción antigua sobre cierta bicicleta para dos personas, y así es como a ellas les gusta el auto. Les gusta que esté vacío el asiento de atrás . . . que nadie vaya mirando. Debería haber unos cuantos de nosotros en los caminos de las afueras, cuando los paseantes acortan la velocidad y después paran la máquina."

En este punto sobrevino una congestión de tráfico a que hubo de dedicar su atención, y yo me retiré.

Pero estoy olvidando el programa de estudios. En la universidad, ciertas clases atraen a las muchachas y otras a los jóvenes, monopolizando a menudo cada sexo determinados cursos; pero en la *high school*, donde existe la elección de cursos, se encuentra generalmente el mayor número de muchachas en las clases que cuentan el mayor número de muchachos. Las jóvenes, también, parecen más inclinadas a las clases literarias, y menos adictas, o por lo menos se dedican más tarde, a las de carácter inmediatamente lucrativo. Avanzan más rápidamente en sus estudios con los maestros de su agrado. He sabido de un atractivo maestro soltero a quien sus colegas acusaban de dar notas muy altas a las muchachas de su clase; pero el director tuvo la sagacidad suficiente para observar que las alumnas trabajaban por salir mejor con él que con ningún otro de sus colegas, y para comprender la razón a que obedecían.

En la escuela secundaria, la joven se encuentra a igual nivel intelectual que sus condiscípulos masculinos, y con madurez muy superior a la de los jóvenes de su misma edad en cuanto a perceptividad social en todos respectos. De allí que la educación mixta en esta época de su vida le haya producido alguna ligera desilusión. Sus condiscípulos no encarnan el ideal que se ha formado del otro sexo, y por esta razón las amistades que datan de tal período rara vez son realmente duraderas. Quizá las asociaciones y ambiente de la escuela le producen también algún desencanto respecto de la vida del hogar y aun respecto de sus mismos padres. Mas, a pesar de su docilidad, no pone su corazón en los libros de texto ni en las recitaciones, sino en la vida y los seres; y aprende y se adapta a la una y a los otros con una facilidad y rapidez asombrosas. Las cosas fuera del radio de sus estudios son las que juzga, si es que no lo son efectivamente, de mucha mayor trascendencia en su vida.

IV

SI ALGO de lo escrito arriba tiene visos de extravagante, debe recordar el lector que me refiero únicamente a la variedad *novísima* de la especie, que ha brotado

en el mundo como la mariposa que rompe de improviso su capullo en pleno desarrollo; de manera que es, en mayor o menor escala, el producto del cinematógrafo, el automovilismo, el sufragio femenino y, particularmente, de la guerra. Durante el conflicto se emancipó por completo de la tutela, admitiéndose como demostración de patriotismo que pronunciara discursos, repartiera banderitas, divisas y golosinas a los jóvenes en las calles, y aun en ocasiones, que entablara amistades con ellos si llevaban uniforme. Sus maneras se han hecho un poquillo descaradas, desapareciendo todo vestigio de ciertas antiguas restricciones. En la escuela, trata a sus compañeros masculinos como si no existiera diferencia alguna de sexo. A veces puede parecer hasta agresiva con ellos. Va a teatros y paseos nocturnos en su compañía; y en los corredores de la escuela se da el caso de que los gratifique con palmadas familiares en el hombro, los coja por la solapa y se codee con ellos con aire negligente, y aun mirándolos *de haut en bas*, nos dicen sus maestros; añadiendo que apenas se encontrará una muchacha en la *high school* que no tenga en su gaveta polvos, peine, espejo y a veces colorete, de que hace uso entre clase y clase.

Jamás, desde los comienzos de la civilización, ha tenido la joven adolescente tanto aplomo y seguridad de sí misma, o roto tan abiertamente con las rígidas tradiciones de corrección y compostura en que se la había confinado. A esto obedece también que haya aumentado considerablemente la tensión que siempre existe entre madres e hijas, que ahora parece constituir casi un abismo entre las generaciones sucesivas. Si prevalece una nota chillona en los vestidos o cierto aturdimiento en sus maneras; si la joven aparenta o pretende saber cuanto le hace falta y aspira a encauzar su vida a su manera, esto significa solamente el ademán de sacudir antiguas prisiones. Quizá su alma ha estado madurando largo tiempo para esta rebelión, ansiosa de disipar el misterio que a los demás parecía envolverla. Esperemos que sea en realidad más inocente y sana de mente y cuerpo en virtud de saber ahora, y hacer en edad temprana, mucho de lo que antes era sólo admisible ya más entrada en la vida, si acaso alguna vez. Es tiempo con mucho, por lo tanto, de tomar el asunto seriamente y comprender que todas aquellas manifestaciones son únicamente fenómenos superficiales, y que la mujer verdadera existe en el fondo, muy poco cambiada, después de todo; o en caso de haber cambiado, ha sido, en conjunto, en sentido del mejoramiento. En el fondo de esta nueva revelación de su individualidad, la joven continúa siendo un misterio. Se siente tan insegura, a despecho de todo su aplomo, que un pequeño desaire, que los demás apenas si notarían, puede destruirlo por completo; o una observación poco lisonjera de parte de algún compañero puede abatir su orgullo convirtiéndolo en polvo. El supremo egoísmo de que tan a menudo se acusa a la *flapper*, y que la inclina a aceptar y demandar servicios de sus padres y de todos aquellos a quienes puede dominar; su negligencia de la propia responsabilidad, que la hace inconsciente de las molestias que ocasiona o de las preocupaciones que los demás sienten por su presente y su porvenir, se alternan frecuentemente con un ardiente deseo de hacerse útil y de prodigar cuidados a las personas a quienes ama realmente. A pesar de sus aires de independencia, es extremadamente sensible a la menor manifestación de buena o mala voluntad; y si bien ha roto con antiguas tradiciones, no ha cometido nada malo; y si bien sabe cosas de las cuales está obligada a fingir que se encuentra ignorante, ello sólo significa que está mejor fortificada contra las tentaciones.

La *flapper* puede también ser cruel en ocasiones, y a menudo lo es con respecto a las otras muchachas. No debería y, al parecer, no quiere serlo, porque sabe muy bien por experiencia propia cómo hieren y mortifican pullas y desaires. Quizá si en el fondo de su alma siente que contribuye así a fortalecer la fibra de sus compañeras, a facilitarles el medio de rechazar los dardos y golpes de la adversa fortuna con que posiblemente tropezarán más tarde en la vida.

La metamórfosis de los jóvenes al entrar en la pubertad es fácilmente observable, porque la naturaleza ostenta señales que todo el mundo puede descubrir: el primer vello de la barba, el cambio de la voz,

patentes manifestaciones de independencia de pensamiento y de acción, etcétera. Todas las razas conocidas de hombres primitivos inician a su pubescente juventud con ritos muy complicados a menudo y que generalmente asumen la significación de un nuevo nacimiento: nacimiento a la pubertad y a la vida de la tribu; pero relativamente se acostumbran muy pocos de aquellos ritos cuando entran las jóvenes en la correspondiente edad fisiológica, aunque los cambios que sufre una mujer impliquen tal vez transformación mayor y estén asediados de peligros, que tanto pueden provenir de represión como de modificación.

Algunas mujeres jóvenes del pasado, como Marie Báshkirtseff y la infortunada Mary MacLane, se revelaron con abandono en letras de molde; en tanto que otras escribieron por extenso las reminiscencias de este período de su propia vida, como George Sand y la autora de *Una Mary;* y los impulsos íntimos del alma de algunas otras aparecían incidentalmente, como sucede en *A Young Girl's Diary* [El diario de una joven]. Ciertas reveladoras del alma femenina en la época de la adolescencia han sido llamadas traidoras a su sexo, por descubrir lo que deberían considerarse sus secretos más recónditos en forma susceptible de deslucir su hechizo ante el otro sexo. Pero las anormalidades mentales y morales que allí se revelan han sido exploradas mucho más íntimamente, demostrando que en este período de florecimiento la moderna efeba encarna mejor que todo ser humano hasta el presente "el epítome de la humanidad entera." No se ha despojado aún por completo de ciertos rasgos masculinos juveniles, y hasta infantiles; pero las esclusas de la herencia están abiertas de nuevo, y surgen instintos derivados del pasado inmemorial. Parece, por de contado, un paquete de inconsecuencias, aunque existe en el fondo de todo esto una unidad fundamental. Se asejema sencillamente a la hiedra trepadora, que avanza en círculos o en elipses hasta encontrar el apoyo mediante el cual habrá de elevarse hacia el sol. Hemos llevado a cabo varias averiguaciones que demuestran, cosa extraña, que las mujeres consideran retrospectivamente los años de la adolescencia como una de las etapas más intensas de su vida, con especialidad en cuanto se refiere a sentimientos, que son la voz de generaciones extintas, en tanto que la intelectualidad es adquisición más personal.

V

UNO de los rasgos principales de la *flapper* es su pasión por el secreto; y ésta es una de las razones por las cuales padres, maestros, párroco y médico conocen tan poco de su psicología íntima, pues que la joven adopta con cada uno de ellos cierto *modus vivendi* que disipa a menudo toda sospecha de sentimientos ocultos. La verdadera vida íntima de la adolescente se descoge en una esfera muy alejada de su radio de visión. Aun su misma anatomía y su desarrollo fisiológico sugieren involución, y el alborear de su alma lanza su claridad hacia adentro. Recibe siempre confidencias de sus amigas íntimas, que creería una traición el revelar. Siendo algo más joven, inventa y pretende tener secretos propios que convierte en vínculos de intimidad, o da a las palabras significado esotérico, y usa signos y divisas que sólo sus escogidas pueden comprender. De esta manera ella también llega a suponer que los demás tienen secretos de que la excluyen, particularmente en asuntos importantes que se cree con derecho a conocer. Y si se siente demasiado burlada, puede percibir o imaginar un significado oculto que sólo existe en su fantasía.

La señorita correcta, que se sienta silenciosa a la mesa o en el salón mientras conversan los demás, que se amolda a todas las reglas que las enseñanzas de la escuela y las costumbres sociales han establecido para ella, no es la verdadera muchacha, y lo sabe; porque su verdadera individualidad está mucho más disimulada mientras más se conforma a lo que esperamos de ella. Su imaginación se encuentra en la etapa más activa de evolución creadora, aunque este proceso se desarrolla en profundidades tan alejadas de los umbrales de la conciencia, que ni ella misma se da cuenta de su fecunda espontaneidad. En el interin, se revelan en la joven brillantes *aperçus,* llenos de penetración y juicio crítico acerca de la gente; y toma determinadas actitudes porque se halla en la primavera del senti-

miento, y su idealismo, a quien el mundo debe tanto, no estaría satisfecho si sus aspiraciones no fueran más o menos vagas.

Así, no es lo que parece, y bastaría una ligera tintura patológica para que la pasión de engañar se hiciera dominante. Las hermanas Fox, que dieron el primer impulso al espiritismo en este país, y las cinco hermanas Creery, cuyas sesiones espiritistas se realizaron en las primeras actuaciones de la English Society for Psychic Research, estaban todavía en la adolescencia, y debe de haber habido centenares de casos semejantes de histerismo disfrazado, que engañaban a todo el mundo. La maravillosa Watseka era demasiado lista aun para la mente astuta y penetrante del extinto profesor Hodgson; y rememorando las divertidas nociones a que muchachitas adolescentes arrastraron a los psiquiatros, especialmente en Francia varias décadas atrás, he llegado a la conclusión de que dondequiera que alguno de ellos promulgara alguna novel teoría de histeria, epilepsia o telepatía, debemos ante todo seguir la máxima: "*Cherchez le tendron.*" Esta vasta disparidad entre su vida interior y exterior compele a las muchachas a fingir lo que no es y a disimular lo que es.

La adolescente se encuentra en la etapa más interesante del largo y complejo proceso de prepararse a amar y ser amada. Hace ya varios años que los muchachos han cesado de parecerle desmañados, torpes y fastidiosos en general, y que ha comenzado a encontrarlos interesantes, por lo menos a uno o dos de ellos. Ha pasado también con mucho la etapa del fetichismo amatorio, en que se inclinaba a exaltar una sola facción, rasgo o hecho, y a sentir una especie de aversión por todo lo demás, que nada podía compensar. Principia a desempeñar su función suprema de elección, a juzgar la personalidad en conjunto, con su conjunto de cualidades. Una pequeña pero en cierto modo constante proporción de muchachas de *high school* se forja un héroe ideal, o atribuye sus cualidades a cualquier joven algo más entrado en años; y esto le sirve a veces de escudo para no amartelarse ni siquiera por el tipo más sobresaliente del otro sexo entre los conocidos de su misma edad. George Éliot declara con cierta rudeza que durante algún tiempo todo acto de las jóvenes tiende a provocar declaraciones amorosas. Pero, si solamente desea atenciones, elude la declaración cuando ve señales de intenciones serias. No tiene idea de casarse hasta que se haya divertido inocentemente o tal vez ensayado su capacidad para bastar a su propia subsistencia. Comprende por intuición los peligros de abandonarse al placer de amar y ser amada.

Algunos años antes ha experimentado viva curiosidad. Ocho muchachas en el primer año de *high school* firmaron, con candor de pajarillos, una petición para que se les dijera "con toda verdad de dónde procedemos." El maestro, perplejo, llevó la solicitud al director, quien a su turno la pasó al inspector de las escuelas; y éste la presentó a la junta escolar, donde fué archivada. Esto pasó hace algunos años, y aquellas niñas deben de haber encontrado la respuesta hace tiempo.

Por más ansiosa de saber que esté, sin embargo, la joven siente repulsión si el conocimiento viene en forma grosera. ¡Cómo odia a quienes la ofenden! Y si experimenta el menor vestigio de real fascinación, ¡cómo se reprocha y aun teme quizá por sí misma! Al darse cuenta de que alguna tierna pasión brota en su alma, la oculta como el más sagrado de sus secretos; y a menudo afecta indiferencia y aun rudeza hacia el objeto de sus preferencias, rechazando tal vez ordinarias cortesías como si tuvieran el significado de avances.

Si, a despecho de esta repugnancia instintiva que la bondadosa madre naturaleza inspira, pierde el timón y se ve arrastrada precozmente por el oleaje de un gran amor, la idea de la muerte la asedia siempre de cerca; porque en las primicias de la virginidad Eros y Thanatos son místicos gemelos. La afirmación suprema de vida, cuando es precoz, trae consigo el pensamiento reparador de su negación. Aun llega a soñar en ciertos casos transportarse al cielo por agua, que las estadísticas demuestran ser la ruta favorita a esta edad. Tal vez se imagina a sí misma un bello cadáver, cubierto de flores, mientras sus dolientes amigos sollozan y cantan sus alabanzas, comprendiendo al fin que no supieron apreciarla, en tanto que *él*, más inconsolable

que todos, se deshace en lágrimas, jurando dedicar su vida en adelante a la memoria de ella.

A menudo idealizan las jóvenes a un candidato tras otro a sus afecciones, en rápida sucesión. Una me dijo francamente que había estado enamorada de diferente muchacho en cada año escolar, pero ninguno de estos amores había sobrevivido a las vacaciones. ¡Cuán lejos está de sospechar algún joven generalmente simpático el tumulto que puede hacer estallar entre dos amigas del alma, por sus preferencias hacia la una y su negligencia, por ligera que sea, hacia la otra! Tan agudamente sensibles son, en verdad, las muchachas, que aun la oscilación de sentimientos hacia camaradas que les son relativamente indiferentes se traduce en fluctuaciones de humor, incomprensibles para quienes las rodean, aunque tales alternativas obedecen a motivo real y suficiente.

Tres veces feliz la joven que, a través de estos años de fermentación y tumulto, tiene un padre en quien puede encarnar sus ideales; porque, inconscientemente, su padre es el modelo a que debe ajustarse el futuro enamorado y marido. Pero aun aquí existen peligros; pues que, si el afecto a su padre es demasiado intenso, o indebidamente prolongado, será imposible a la joven sentirse feliz unida a un hombre que no responda a la imagen de su padre. Su afecto hacia sus padres puede tener matices maternales, aunque la actitud de una muchacha hacia su madre es infinitamente compleja. A pesar de que rara vez se produce el sentimiento de celos que Freud considera dominante, existe, especialmente en esta época de emancipación de las tradiciones de moda en la generación pasada, cierta tensión desconocida hasta el presente entre madre e hija, que posiblemente se hace mayor cuando la primera ha descuidado ilustrarla acerca de algunos problemas de la vida. Así, en ocasiones, la devoción excesiva de una joven por su madre puede provenir del ciego instinto de compensar con demostraciones afectuosas ciertas ideas y sentimientos que no considera del todo filiales; y, si se ha sorprendido a sí misma en algún momento de hostilitdad, puede agobiar a su madre de atenciones casi desconcertadoras.

VI

EL SÚBITO desarrollo de la temprana adolescencia que hace a una joven por breve período algo más alta y robusta que un muchacho de su edad (crecimiento que, en el año máximo, representa cerca de siete centímetros en estatura y diez o doce libras en peso) implica muchas transformaciones repentinas. Este violentos desarrollo, que pone a la adolescente a nivel de los adultos y da por resultado algunas veces que la muchacha de quince o dieciséis años (apenas será a los diecisiete medio centímetro más alta de lo que ahora) alcance mayor estatura que su madre, hace que la crean de más edad, y puede darle un sentimiento de insuficiencia en las nuevas relaciones que ha de sostener de pronto con los adultos. Tiene la sensación de su talla, quizá desmañada, y debe de afectar los modales de la juventud, cuando es todavía una niña por la mente y por el corazón. A veces no ostenta su tamaño y tiende a encorvarse un poquillo, dificultando así el desarrollo de órganos vitales. De paso es curioso observar que, a semejanza de las plantas, crece más rápidamente en la primavera, aumentando en carnes y peso generalmente en el otoño; y que este desarrollo en la segunda dimensión, que generalmente ocurre algo más tarde, a veces no se presenta aquí ni en Inglaterra, dándonos el esbelto tipo a la Gibson.

Al mismo tiempo, su desarrollo mental se produce a saltos y botes. Madura en esta época con mayor rapidez de lo que sucederá en cinco durante la década de los veinte, o en diez en años posteriores. En este desarrollo se aleja todavía más de los muchachos, lo cual tiene el curioso resultado de disminuir el círculo de sus íntimos por razón de edad. La atraen poco las muchachas en edad menos psicológica, y nunca experimenta simpatía menor por los niños y los párvulos; y al ingresar en la *high school* no solamente abandona muchas aficiones anteriores, sino que aun corta amistades con quienes persisten en juegos y ocupaciones enteramente permisibles en muchachas del octavo y noveno grado. A medida que estrecha vínculos con los de su propia esfera, disminuye el contacto indis-

pensable con los de edad algo mayor, a menos que experimente atracción especial por algún individuo de clase más avanzada. De allí la aguda demarcación que se observa entre los grados secundario y universitario.

Así es cómo se desarrolla la individualidad, a despecho del efecto nivelador de la moda, el contagio de los caprichos del día y la intensa tendencia imitativa de este período; y esta nueva y decidida afirmación de la personalidad lleva en sí la promesa y la potencia de una nueva y verdadera alma femenina. En la prolongada lucha por su emancipación, llamada a veces la guerra de sexo contra sexo, la mujer ha abandonado temporalmente, tal vez a impulsos de la necesidad, algunos de sus rasgos más distintivos y ha competido con el hombre en su acostumbrada esfera de acción, adquiriendo por ende algunos caracteres aparentemente masculinos. El verdadero progreso, empero, demanda que las distinciones de sexo se lleven a su más alta expresión, y que las mujeres se hagan más femeninas y los hombres más viriles. El feminismo moderno ha omitido el reconocer esta necesidad; pero a esto es justamente a lo que tiende la *flapper*. Las muchachas no solamente aceptan, sino que se glorían de su sexo conforme es y están dando libre expansión a sus impulsos naturales. Es muy posible que se pongan a la cabeza de la emancipación completa de la mujer en cuanto se refiere a las normas establecidas para ellas por los hombres. Hasta la edad de la adolescencia, las pruebas de Binet-Simon pueden descubrir y marcar el grado de inteligencia siquiera; pero una vez allí se atascan, vacilan y difieren.

La moderna y extraviada actitud de la *flapper* es, por lo tanto, únicamente superficial. La nueva conciencia de su ser es, en realidad, candorosa; y en sus afectaciones trata simplemente de ensayar las manifestaciones diversas de tipos peculiares, de rasgos característicos y de temperamentos determinados, del mismo modo que a menudo ensaya diferentes estilos de letra antes de decidirse por alguno de ellos. Esto proviene de que su espíritu es el más vital y el más susceptible de rápido desarrollo que puede concebirse. Las etapas evolutivas de la *flapper* son tan numerosas, se suceden tan velozmente y están de tal manera enlazadas una con otras que no es posible determinar aún el orden de su secuencia, y todas mis observaciones representan apenas instantáneas a la ventura del maravilloso cuadrienio, los primeros años de la adolescencia.

Acepta la confirmación y también la conversión que prescribe la iglesia; pero su corazón está fijo en este mundo y no en el otro. Se adapta con mayor interés a las nuevas costumbres sociales; pero las ha dejado atrás, porque ha decidido por sí y ante sí los asuntos de importancia, juzgando que la mayor edad llega demasiado tarde. En otro tiempo se daba generalmente por sentado que la precocidad produce más tarde el hastío; pero si este peligro existió alguna vez, ha desaparecido ahora por completo. En efecto, la civilización misma y todas nuestras esperanzas de que la humanidad habrá de elevarse a una altura suprema dependen de la prolongación, embellecimiento y salvaguardia del intervalo entre la pubertad y la madurez de la édad núbil.

¡Qué trastorno representaría para las antiguas y tradicionales convenciones de los más, si la *flapper*, restringida largo tiempo por tantos tabúes, se convirtiera en explorador y guía de su sexo hacia nuevos métodos y diera al mundo la mejor ilustración del trillado pero significativo grito de combate: *Das ewig Weibliche zieht uns hinan* [El eterno femenino nos lleva a las alturas]. Ha establecido ya nuevas modas en la indumentaria y aun en los modales, algunos de los cuales han copiado sus mayores, encontrándolos no sólo prácticos sino rejuvenecedores. Bajo las maneras masculinas que afecta de vez en cuando hace realmente gala de sus caracteres femeninos, a los que su exuberancia añade nuevo encanto. Las libertades que se toma con la vida son contagiosas, haciéndonos preguntarnos una vez más si no nos hemos demostrado demasiado serviles a lo establecido y hecho esclavos de costumbres que requerían moderna adaptación a la naturaleza humana; y si la *flapper* no es, después de todo, la promesa de un nuevo y más perfecto espíritu femenino.

EL VALOR RELIGIOSO DE LA LABOR SOCIAL

POR

FRÉDERIC SÍEDENBURG

La religión es la expresión de las relaciones entre Dios y el hombre; y la labor social, que representa un esfuerzo organizado en beneficio de la sociedad, puede ser y es a menudo la expresión concreta de la religión en forma vasta y comprensiva: tal es el tema que desarrolla el autor del presente artículo. Dos clases de mentalidad niegan el valor religioso de la labor social: la mentalidad piadosa, que echa de menos el contacto personal entre el donante y el agraciado con la dádiva, así como la presencia de un fin espiritual directo; y la mentalidad materialista, que considera la religión simplemente como una doctrina filosófica y no como el medio de embellecer y hacer amable la vida. La verdad, empero, ocupa un término medio entre estas dos concepciones, pues que la religión es fundamentalmente la observancia de la ley divina mediante el uso adecuado de las facultades físicas y espirituales del hombre. Así la labor social, que beneficia al individuo a través del grupo en virtud de métodos científicos de acción, tiene indudablemente valor religioso, el cual debería lógicamente multiplicarse en razón del número de individuos a quienes se extiende el beneficio. En efecto, la iglesia ha sido la primera iniciadora de la labor social, puesta en práctica por el comunismo de los primeros tiempos del catolicismo, por sus órdenes religiosas dedicadas al cuidado de los pobres y de los enfermos, y por sus instituciones de beneficencia en todos los ramos de la vida social. El ideal de la religión es la caridad para con el prójimo, y el ideal de la labor social es esta misma caridad hecha eficiente por el estudio y por el método y aplicada a gran número de nuestros semejantes. La religión exalta la labor social imprimiéndole un motivo sobrenatural, al mismo tiempo que la labor social aumenta la práctica de los preceptos de la religión.—LA REDACCIÓN.

EL MILAGRO de los panes y los peces simboliza con admirable exactitud la doctrina de la religión y la práctica de labor social. La multitud seguía al divino maestro arrastrada por sus enseñanzas, y éste, penetrado de su necesidad, realizó un milagro. Tuvo compasión de la muchedumbre, a la cual brindó el pan de vida: he allí la doctrina de la religión; satisfizo sus necesidades temporales mediante una caridad bien ordenada, porque hizo dividir a la gente en compañías de cincuenta individuos y conservar el resto de los víveres: he allí la práctica de labor social. ¿Reuniéronse acaso la religión y la labor social en el desierto de Judea, y han marchado unidas desde entonces a través de los siglos de la era cristiana?

¿Tiene valor religioso la labor social, esto es, el esfuerzo organizado en favor del bienestar de las masas? Hay dos clases de individuos que afirman que no lo tiene; dos tipos de mentalidad que lo niegan. Uno de ellos está representado por aquel concepto religioso que no percibe religión en la labor social por el hecho de que no siempre se produce contacto directo entre el que da y el que recibe, y por la ausencia frecuente de un fin espiritual directo. Esta clase concibe religión en el sacerdote misionero que lleva el evangelio y la civilización a los habitantes de las islas del Pacífico, pero no la descubre en quien se dedica a una labor social que lleva un rayo de sol a las míseras viviendas de los barrios bajos y un rayo de esperanza a los corazones de sus parias. Para aquella clase de personas la pobreza y una multitud de otros males sociales son tan inevitables como una inundación o una fiebre eruptiva, e imaginan que cualquiera que pretende eliminarlos trata de contrarrestar inmutables leyes naturales o verdades divinas. Continuamente hacen observar la fragilidad del hombre y la vanidad de sus obras, y cruzando las manos nos aseguran con resignación que no hemos de vivir perpetuamente en este valle de lágrimas y que siempre tendremos pobres entre nosotros. No comprenden el hecho supremo de que Dios es autor tanto del orden natural como del sobrenatural y que el orden sobrenatural se funda siempre en el natural. En su concepto, la caridad aislada y la donación de limosnas es religión, pero una labor social beneficiente en la esfera política y económica es cuando mucho humanitaria.

La segunda clase de mentalidad, la

mentalidad materialista, considera la labor social como el *summum bonum* para la humanidad y el ápice de la civilización. En ciertos casos llega hasta considerar a Cristo, no como el salvador del mundo, por supuesto, ni como el hijo mismo de Dios, sino como un reformador social que, mediante la exaltación del pensamiento y de la vida, es fuente de inspiración en las edades para el perfeccionamiento de la humanidad. Pero en cuanto a religión, la juzga muy distante de toda labor social, porque para el espíritu materialista la religión significa simplemente la adherencia a creencias anticuadas, embellecidas de vez en cuando por grandioso ritual o enunciadas con lúgubre solemnidad. Es cierto, dirán, que los adictos a la religión han llevado y llevan a efecto alguna labor social, pero lo hacen aparte y, a decir verdad, a despecho de su religión. Según su criterio, aun las mismas caridades de la iglesia han sido desastrosas tanto para el pobre como para el rico. Han hecho orgulloso al rico, y al pobre lo han hecho miserable. Cierto escritor afirma que "durante dieciocho siglos los esfuerzos caritativos y legislativos de la sociedad han empobrecido más bien que elevado al hombre."[1] En su *History of European Morals* nos asegura gravemente Lecky que "es apenas posible dudar de que en la esfera de simple pobreza la iglesia católica ha creado mayor miseria de la que jamás aliviara."[2] Escritor más reciente, el decano de sociología en la University of Missouri, dice que "la caridad de la iglesia ha carecido por completo de discernimiento, produciendo males en consecuencia."

No es el presente artículo lugar apropiado para contestar tales cargos, fundados, en su mayor parte, en una falsa generalización de hechos aislados y en la falta de distinción entre el motivo y la realización: se espera y se exige del siglo décimo normas correspondientes al siglo vigésimo. Para tales escritores la religión es algo remoto y que no ofrece bienandanza en la vida presente; solamente enseña a soportar con paciencia los males temporales, prometiendo en cambio la gloria eterna; para ellos la religión es el gran alucinador que siempre tiene en los labios seguridades de que en el cielo los pobres serán ricos, los enfermos serán curados y los tristes serán colmados de alegría.

Al parecer la verdad, como la virtud, yace en un término medio entre estos dos extremos; la labor social no es necesariamente religiosa ni necesariamente mundana; puede tener valor religioso, y lo tiene precisamente siempre que se inspire en motivos religiosos y contribuya a realizar los designios de Dios procurando a los mortales una existencia normal.

¿Cuál es, entonces, la conexión entre la religión y la labor social? La religión es la expresión de las relaciones entre Dios y el hombre; y la labor social, que representa un esfuerzo organizado en beneficio de la sociedad, puede ser, y es a menudo, la expresión concreta de la religión en una forma vasta y constructiva. Por religión entendemos el reconocimiento de la dependencia de la criatura en el Creador, y el funcionamiento de la economía divina con respecto a nosotros mismos y a los demás. La religión significa simultáneamente la felicidad del hombre y la gloria de Dios; significa que, mediante el uso apropiado de las criaturas, el hombre se torna hacia el Creador; significa que la tierra y sus dones están destinados para el goce del hombre; que individual y colectivamente el hombre puede alcanzar en cuerpo, mente y espíritu la altura completa de la humanidad; la religión significa que la riqueza del mundo debería, por causas secundarias, distribuirse en manera tal que todo hijo de Adán disfrutara una igualdad de oportunidades que le asegure, como decía León XIII, "un mínimum humano de frugal holgura."

Esta garantía depende de muchos factores: la personalidad y ecuaciones humanas; la liberalidad o parsimonia de la naturaleza; y, más particularmente, la libre volición de otros individuos; todo lo cual origina las desigualdades entre los hombres y las vicisitudes de su respectivo destino. Cuando quiera que las austeras leyes de la justicia y las fuerzas inmutables de la naturaleza sean incapaces de brindar

[1]Hérbert Báxter Adams: *Johns Hopkins University Studies in Historical and Political Sciences*, quinta serie, número 8: "Notes on the Literature of Charities, agosta de 1887, página 319.—LA REDACCIÓN.

[2]Wílliam Édward Hártpole Lecky: *History of European Morals from Augustus to Charlemagne*, volume ii, página 95,Londres, 1869.—LA REDACCIÓN.

este mínimum de felicidad al hombre, los preceptos de la caridad y los frutos de la ciencia deben subsanar la falta en nombre de la fraternidad humana. Esto se realiza por medio de socorros, de rehabilitación y, más que todo, de medidas preventivas. Tal es el campo de la labor social; allí es donde tiende a procurar una vida normal, y allí es donde se identifica con la religión.

Infortunadamente, la historia demuestra con demasiada frecuencia que las masas se han visto privadas del mínimum de felicidad humana; la sabiduría de las leyes económicas y la administración política han sido insuficientes para remediar la situación, y siempre ha correspondido a la mano y corazón de la caridad el aliviar la miseria y los pesares. Cuando este auxilio se extendió a grupos numerosos, mediante plan y métodos definidos y con visión del porvenir, se llamó labor social, labor social alimentada con la leche de la misericordia humana. Si el motivo era Dios, la obra ha sido caridad; si el motivo era el hombre, ha sido filantropía, que lleva al vestíbulo de la religión.

La religión ejerce principalmente su influencia sobre nuestro mundo interior, sobre nuestras intenciones y motivos, extendiéndose así hasta nuestros actos más indiferentes. Maestro tan eminente como San Pablo nos dice: "Si pues coméis o si bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios." Si estos actos pueden llegar a ser meritorios, es indudable que todo aquello que hacemos en beneficio del prójimo, y hacemos eficazmente, con conocimiento de causas y efectos y aportando felicidad a las masas humanas, es también meritorio. Indudablemente que la labor social puede tener valor religioso. Más aún; parece que dichos actos deberían adquirir valor multiplicado tantas veces como el número de personas a quienes benefician. Que sean inteligente y eficazmente dirigidos no debería constituir argumento en contra de su valor religioso, pues que al contrario su valor aumenta por la misma eficacia de sus métodos.

Para comprender su contribución a los principios fundamentales de la religión basta sólo recordar los beneficios supremos que, en horas críticas y sin instancia alguna de su parte, han recibido familias necesitadas mediante leyes sociales referentes a fondos de pensiones para las madres, compensación a los obreros y regulación del trabajo de los niños. Bien podemos envidiar con celo cristiano a los hombres y mujeres a quienes se debe la incorporación de estos decretos rehabilitadores y preventivos en los estatutos de nuestra legislación.

El considerar estrechamente la labor social tan sólo como una fría técnica aplicada a los problemas humanos es un concepto extraviado. Labor de tal naturaleza no haría sino arañar la superficie, posponiendo para otro día la solución de esos problemas. Debe inspirarse en la caridad humana fundada en el amor de Dios, que constituye el vínculo de fraternidad entre los hombres, porque todos podemos hallarnos alguna vez en el caso de acudir a la caridad tanto como de dispensarla. Aun los individuos más poderosos dependen de la civilización del pasado y de la organización social del presente, pues que somos impotentes contra las fuerzas esenciales de la naturaleza y contra las circunstancias adversas. Después de todo, nuestra civilización entera es el legado de las edades, porque no vivimos solamente en razón del conocimiento y experiencia acumulados en el pasado, sino asimismo en razón del amor y simpatía de la humanidad. El hombre es por naturaleza un ser social; y no es sorprendente que el primer precepto de la antigua ley fuera un precepto social: "Creced y multiplicaos;" ni que la aspiración final de la nueva ley sea de igual modo social; "Deseo ser útil a mis semejantes." Aisladamente somos bárbaros; colectivamente somos civilizados.

La caridad de la religión y las necesidades de la naturaleza nos hacen a todos hermanos en el vasto universo de Dios. Es un hecho elemental que la labor social desprovista de influencia religiosa tropieza con grandes obstáculos y está expuesta a fracasar. Autoridad tan eminente como Édward T. Devine afirma que en la religión reside la única solución del problema de la pobreza; y continuando, dice:

Para que la pobreza sea aliviada religiosamente, necesitamos como elemento esencial una

religión, una fe religiosa agresiva y militante, con sus diáconos y sus profetas, sus sacramentos y su sanción, sus esperanzas y sus promesas, y también, sí, sus preceptos y sus castigos; una religión histórica, con sus ceremonias y sus ayunos, sus festividades y sus días consagrados; una religión que apele a la razón y a la tradición, que demande lealtad y santifique la confraternidad; una religión como la que el cristianismo, purificado de superstición y enriquecido por la ciencia, entre las creencias históricas, ofrece al pueblo.[3]

Esto es así, porque la esencia de la religión significa en la práctica la abnegación de sí mismo en benificio del prójimo. Cristo identificó el amor del prójimo con el amor de Dios, confundiendo en el primero el segundo de sus mandamientos, y aceptó como dirigido a sí mismo todo beneficio hecho al más humilde de los hombres. Siempre fueron honradas la simpatía y la liberalidad entre los gentiles y judíos antiguos, pero correspondió a Cristo el identificar en ley común la caridad hacia el hombre y el culto a la Divinidad. Cristo nos aconsejaba aun el olvidarle por el interés del prójimo, recomendándonos diferir nuestra ofrenda ante el altar hasta reconciliarnos primero con nuestro hermano a quien hubiéramos ofendido. En una palabra, el ideal de la religión es la caridad para con el prójimo, y el ideal de la labor social es esta misma caridad hecha eficiente por el estudio y el método y aplicada a gran número de nuestros semejantes. De allí que la religión, según se observa en la iglesia cristiana, haya incluído siempre la labor social como desenvolvimiento natural de sus doctrinas y tradiciones; de manera que puede decirse sin exageración que la historia de la iglesia coincide con la historia del servicio social.

Apenas establecida la iglesia, sus doctrinas de fraternidad se tradujeron en una vida comunista en la que todos participaban por igual de los frutos de la tierra. Esto condujo naturalmente a labor caritativa organizada, en que diáconos y diaconisas, además de atender al servicio divino, visitaban y auxiliaban a los pobres, los enfermos, las viudas y los prisioneros. Saliendo de las catacumbas, la iglesia se extendió a través de la Europa septentrional, con sus recientemente fundadas órdenes religiosas, y estableció centros de religión que se convirtieron en centros de civilización, porque la iglesia, imitando a su fundador, cuidaba del cuerpo para hacerlo morada digna del espíritu. Las órdenes religiosas enseñaban el evangelio del trabajo a la par que el valor de la oración, y transformaron los eriales de las hordas del norte en huertos de civilización. Con mucha verdad ha dicho recientemente un escritor: "Los monasterios y catedrales eran tan amplios en razón del importante papel que representaban en la vida común y de la increíblemente numerosa muchedumbre que acudía allí a orar y a solicitar servicios."[4]

Con la organización de las parroquias, la labor social se ha asimilado constantemente a la religión, puesto que la eucaristía y la extremaunción estaban siempre asociadas con visitas a los pobres y enfermos. Los obispos cuidaban de que no se dieran limosnas sin examen previo de las circunstancias; y se evitaba el abuso de la caridad obligando a los desconocidos a presentar cartas de recomendación y a demostrar su buena fe por el deseo de desempeñar alguna ocupación. Familias cristianas adoptaban huérfanos y expósitos, y se asignaba a los niños pobres maestros competentes que les instruyeran en algún oficio. Según Santiago, la religión significa "visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulciones y mantenerse puros en el mundo."

Durante la Edad Media se presentaron nuevos problemas sociales que requirieron nuevos métodos en la organización de hermandades mitad religiosas y mitad sociales. Estas hermandades desarrollaron medidas en el sentido de prevenir toda clase de miseria y sufrimiento humanos: medidas que apenas si se aprecian en nuestros días. Aun Vírchow admitía de mala gana "que estaba reservado a la iglesia católica y, sobre todo a Inocencio III, no sólo el abrir en toda su plenitud la bolsa de la caridad y misericordia cristianas, sino también encaminar en forma ordenada la corriente de vida hacia todas las esferas de la existencia humana."[5] Las

[3]*The Spirit of Social Work*, página 173.

[4]Ralph Adams Cram: *The Substance of Gothic*, página 105.

[5]Walsh: *Popes and Science*, página 256.

hermandades establecieron bancos de préstamo, oficinas de jurisprudencia, asilos diurnos para niños, hospicios para los ancianos; y cuando más tarde se relajó el celo de estas organizaciones o sus métodos se desacreditaron, el Concilio de Trento reiteró los antiguos preceptos de la iglesia recomendando a todos los obispos apoyar con verdadero espíritu cristiano la labor social en todas sus fases. Cuando los problemas de la miseria humana en ciudades populosas se hicieron más premiosos y complejos, demandando nuevos métodos y nuevas organizaciones, fué la iglesia quien fundó hospitales y asilos, expresando en actividad social el espíritu de la religión. Comentando este período dice Ralph Adams Cram: "La educación, misericordia, ciencia médica, caridad, hospitalidad, y todas las artes estaban centralizadas en las casas religiosas, que actuaban asimismo como guardianes de los huérfanos y menores."[6]

Desde el siglo dieciocho el estado ha suplantado a la iglesia en muchos campos de actividad social, no porque la iglesia se mostrara indiferente o hubiera renunciado a su glorioso legado, sino porque la mayor parte de la pobreza y sufrimientos sobrevenidos a causa de la revolución industrial era resultado de condiciones políticas y económicas fuera del dominio de la iglesia. Esta situación perdura todavía; y sin embargo, hoy, lo mismo que en el pasado, todo movimiento en favor de los miembros más débiles de la sociedad es inaugurado por la iglesia o por iniciativa privada, porque el tardo e impersonal estado se contenta con seguir la dirección imprimida. Aun cuando la labor social sea de índole enteramente seglar no está del todo divorciada de la religion, porque su inspiración, su desarrollo y su gloria han sido religiosos. Razones prácticas inducen al estado a distribuir el fruto cuya semilla fué plantada y floreció por la iglesia. El espíritu religioso se descubre también a menudo en las caridades del estado, imprimiéndoles entonces un sello de ternura que ni la remuneración pecuniaria ni la ciencia son capaces de procurar. Hecho notable es que el rápido engrandecimiento de la iglesia entre las naciones se debe en gran medida al grupo pensador y práctico de sus caudillos que brindaba a los fieles bienes espirituales a la par que temporales. De esta manera extiende la iglesia hasta el último de sus hijos los beneficios del vasto mecanismo de su entera organización. Por intermedio de sus ministros, desde el papa hasta el párroco, y a favor de preceptos y amonestaciones, de dogmas y ritual, de hospitales y hospicios, enriquece la vida de todo cristiano, infiltrando en su mente la esencia de los elevados pensamientos y la amplia experiencia de casi dos mil años. La religión exalta la organización, y la organización engrandece la religión.

Los hechos hablan más elocuentemente que las palabras; y la iglesia, que predicaba con Santiago, "la fe, sin obras es muerta," encontraba su natural expresión en obras de importancia social. Lo ha hecho así noblemente desde su fundación, santificando su labor con la llama espiritual conforme a las enseñanzas de su fundador, quien mediante la salud otorgada al cuerpo curaba las llagas del alma. Pero las curaciones milagrosas constituyen una rara excepción. El mensaje y la misión de Cristo, además de sus fines sublimes y sobrenaturales, tendían al establecimiento de un mundo natural más perfecto, en el cual se evitaran a tal punto con mandatos y consejos los males del cuerpo y del espíritu que todos los hijos de Adán gozaran largos días de vida normal. Es, en consecuencia, uno de los propósitos legítimos de la iglesia, que los hombres tengan vida y la gocen abundantemente.

Para alcanzar esta plenitud de vida el hombre debe estar en posesión de sus derechos y cumplir con sus deberes; y en este punto la religión insiste tanto en los unos como en los otros. Nadie predispone su propio advenimieneto al mundo; es introducido en la vida por un proceso de la naturaleza. Por consiguiente, la naturaleza le debe una vida adecuadamente humana, capaz de conducir a los verdaderos fines de la vida. La religión debe preocuparse de que todo ser humano tenga una proporción normal de salud, de educación, de solaz y aun de labor, porque sin estos fundamentos naturales es imposible edificar

---

[6]Cram, obra citada, página 105.

con propiedad el edificio sobrenatural del espíritu. La iglesia se ha mostrado siempre solícita respecto de estos fundamentos naturales, proclamando el interés que asumen en dogmas y declaraciones de los concilios ecuménicos, en las encíclicas de los papas, en pastorales de los obispos y principalmente en la multitud de hombres y mujeres que han consagrado su vida al servicio de la humanidad en organizaciones nacionales, y aun internacionales, que han despertado admiración universal.

Todos somos guardas de nuestros semejantes; y aun cuando las condiciones modernas hayan segregado a los ricos de los pobres, tenemos siempre la obligación de auxiliar a nuestros hermanos menos afortunados. Hoy su número es incontable, y en general, sólo podemos alcanzarlos mediante la labor social; sólo colectivamente y por intermedio de otros podemos satisfacer nuestra deuda de caridad cristiana. La religión no considera al desvalido y al extraviado, al enfermo y al extranjero, simplemente como criaturas mortales comunes, sino como hijos de nuestro Padre celestial, hijos en quienes se refleja la imagen de Dios; y la ciencia social ofrece a la religión los mejores métodos de socorro que los hombres hayan inventado y ensayado.

Pertenecemos a una familia cuyo hermano mayor es Cristo; predicamos su abnegación y su servicio, lo cual significa que cuando alguno de nuestros hermanos solicita auxilio, no hay servicio de corazón o de mente que sea demasiado pequeño ni sacrificio pecuniario o personal que sea demasiado grande. El Salvador ha señalado la meta: "Nadie tiene mayor amor que éste, que ponga alguno la vida por sus amigos." Tal es el cenit de la religión y tal es el espíritu que da a la labor social, además de su valor intrínseco, un valor casi inconmensurable.



LA ESPOSA DE BÓREAS[1]

POR

JULIÁN STREET

Es proverbial aquello de que los poetas no sirven para maridos. El autor presenta aquí el cuadro de una vida conyugal empezada bajo los auspicios de una pasión volcánica y romancesca, en contraposición a las ventajas que ofrece un amor más firme y abnegado, si bien desprovisto de arranques románticos y pasionales. Mas, por lo general, esta ciencia se aprende solamente por experiencia propia.—LA REDACCIÓN.

¡ES INAUDITO!—protestó Mrs. Berry al escuchar la declaración de su sobrina. Hallábase en su saloncito del segundo piso, donde Hilda había ido a buscarla; y una de las curvas patas de su mecedora crujía vigorosamente a compás de sus nerviosos movimientos hacia atrás y hacia adelante.

—Pero, tía Hárriet. . . .

—¡Un poeta!—continuó la vieja señora. —Es como si te casaras con Burns o con Walt Whitman o con ese degenerado de Lord Byron.

—Pero, tía Hárriet. . . .

—Los poetas nunca tienen dinero,—prosiguió Mrs. Berry. —¿Cómo sabes que no ande éste detrás del tuyo?

—No sabe siquiera que yo sea rica,—replicó Hilda Larkin, dejándose caer en la silla colocada junto al pequeño escritorio de su tía.

—¿Qué te hace pensar que no lo sepa?

—Bueno, tú estabas ahí,—dijo la joven. Tú sabes muy bien que nadie tenía noticias mías en aquella pequeña ciudad de Carolina. Él se declaró al siguiente día de nuestra llegada, y dijo que no le sería posible casarse inmediatamente. Eso indica que no sabía nada de mi fortuna. Y, en todo caso, no es de los que buscan dinero.—

Cogió un lápiz, y comenzó distraídamente a dibujar arabescos en el verde secante.

—Hilda,—insistió la tía,—todo el mundo sabe que los poetas hacen infelices a sus mujeres. El mismo declararse al segundo día revela qué clase de hombre es. ¡Y tú, una muchacha comprometida!

—Pero, ¿cómo podía él adivinarlo?

—Deberías habérselo dicho.

—Se lo dije . . . más tarde.

—Entonces debería haber cesado de galantearte. Ésa hubiera sido conducta honorable, en vez de estar telegrafiando y escribiendo todos los días. ¡Nunca me olvidaré de la noche en que habías salido con Dónald, y yo tuve que recibir por teléfono el sentimental telegrama! ¡Me sentía ridícula escuchando toda aquella lata de cómo le era imposible conciliar el sueño!—Sacudió la cabeza con desesperación.—Esto es más de lo que yo puedo comprender. Estás comprometida con un muchacho simpático, pundonoroso, a quien has conocido toda tu vida, y lo plantas sin más ni más para casarte con un genio desequilibrado.

—Nunca seré feliz sin él, tía de mi corazón.

—Bueno; pero, ¿en qué queda el pobre Dónald Cóoper? ¿No te remuerde la conciencia?

—Terriblemente,—respondió Hilda, suspirando y soltando el lápiz.

—¿Nada le has dicho todavía?

—No; pero él comprende que algo no marcha bien. Pensé decírselo ayer, pero. . . .

—¡Así me parece!—interrumpió Mrs. Berry.

—Pero estaba preocupadísima con mi balance del banco: había una equivocación de cinco dólares setenta y dos centavos en mi favor, y revisaba y revisaba las cuentas . . . de manera que cuando vino Dónald por la noche se puso a buscar el error, y después que lo hubo aclarado, no me encontré con valor para decirle nada. Y además, no estaba del todo decidida hasta que él se fué. Llegó una carta por expreso, y. . . .

[1]Traducida del *Saturday Evening Post;* copyright, 1923, por Julián Street.—La Redacción.

—Sí; oí llamar a la puerta.

—¡Oh, tía Hárriet!—exclamó la joven. —¡Es terrible cómo sufre el pobre Noel! —Sus obscuros ojos, que siempre tenían una expresión de asombro, estaban ahora cargados de tristeza. —No sé qué locura sería capaz de intentar si no me caso con él. ¡Me da miedo siquiera pensarlo!

—Bueno; pero, ¿en que queda Dónald?

—Se sentirá profundamente afectado. No te imaginas cuánto me mortifica hacerle sufrir. Pero Noel es de los que cometerían cualquier acto desesperado. —Sacó un papel del bolsillo de su falda de deportes. —Escucha lo que dice,—continuó desdoblando la hoja.—Ésta es la clase de versos que me escribe todo el tiempo. Se llaman *The Storm* [La tempestad].—Y leyó:

Afuera, la noche tormentosa está impregnada de lluvia.
Dentro, mi corazón está enfermo de pena y deshecho
En lágrimas; torrente inagotable
Que brota incesantemente de nubes de dolor:
Dolor que habré de soportar hasta verte de nuevo.
¡Oh, Amor! En donde. . . .

La voz de Hilda se quebró, cesando la lectura.

—No te imaginarás,—dijo Mrs. Berry con cinismo,—que va a continuar lo mismo cuando te cases con él. Tu tío Henry y yo vivimos juntos por espacio de veintisiete años, sin que nunca una palabra dura se cambiara entre nosotros . . . es decir, nada que valga la pena de mencionarse. Para lo que son los maridos, él era excepcionalmente bueno; pero, con todo, los dulces y las flores se acabaron con el primer año, y después no podía siquiera recordar la fecha de nuestro aniversario.

—Pero,—comenzó Hilda,—tío Henry no era. . . .—

Su tía, que había estado observándola intensamente, levantó las manos al cielo.

—¡Oh! ¿A qué conduce el amonestarte?—exclamó.—Nunca se puede decir nada a la gente joven. Tienes veintiún años, eres huérfana y dueña de una fortuna independiente, así es que naturalmente te casarás con quien quieras.—

Hilda se levantó, se acercó a su tía e, inclinándose sobre ella, la besó tiernamente.

—Ya sé que siempre has deseado lo mejor para mí, querida tía,—dijo;—pero no comprendes.—Dirigióse a la puerta y, deteniéndose un momento, agregó:—No me quedaré a vivir en Máysville después que me case con Noel. Supongo que residiremos en Nueva York. Pero quiero que sepas que en todo caso continuarás tú viviendo en esta casa.

—Mil gracias, querida mía. Siempre has sido generosa.

—Tú has sido siempre buena para conmigo, tia. No creas que no aprecio tus consejos; pero estoy enamorada, y esto es algo que nadie puede regular.—

Cuando Hilda cerraba la puerta al abandonar la habitación, Mrs. Berry habló una vez más:

—Me parece que deberías explicarte con Dónald cuanto antes.—

El rostro de Hilda empalideció. Movió afirmativamente la cabeza.

—Sí; esta misma noche,—contestó brevemente.

II

DÓNALD era siempre puntual; invariablemente llegaba a las ocho y cuarto, y, por lo general, Hilda lo recibía al entrar. Después de saludarla, despojábase del abrigo y lo colgaba junto con su sombrero en el gancho central de la sombrerera del vestíbulo, echando al mismo tiempo una rápida mirada al espejo y alisándose el cabello hacia atrás, en el sitio donde hubiera podido desarreglarse cuando se quitaba el sombrero; porque el cabello de Dónald era lacio, rubio y fino y se despeinaba con facilidad, y Dónald Cóoper tenía la pasión de la pulcritud.

Hilda sacaba tema de allí a veces para embromarle ligeramente. En cierta ocasión que tuvo necesidad de ir a las oficinas de la Máysville Chain Company para atender a la transferencia de ciertos valores, le había visto instalado ante su mesa de trabajo, y le hizo gracia observar que su escritorio estaba mucho más en orden que el de cualquiera de los otros.

El secante estaba virgen de manchas de tinta; las tijeras, la plegadera y la regla aparecían dispuestas con precisión a un lado; el tintero y las plumas parecían acabados de salir de la tienda; y, con excepción de un cuaderno de apuntes en que

actualmente borroneaba algunas notas, no se descubría una sola hoja de papel en el escritorio.

Sintióse desfallecer aquella noche cuando, al hacerle entrar, notó que traía una caja de flores.

Se le había olvidado por completo que era sábado; pero ahora lo recordaba, como sabía asimismo que las flores serían lirios delos valles. Al recibir la caja, dándole las gracias, su corazón se oprimió, experimentando de nuevo la joven el morboso impulso de retrasar la explicación temida.

Dejándole en el salón, llevó consigo las flores a la despensa, y mientras las arreglaba en los vasos repasaba en mente las palabras con que debería comenzar: "Dónald, tengo algo muy serio que decirte . . . Dónald, tengo que hacerte una confesión . . . Dónald, me veo obligada a participarte algo que temo te hará muy desgraciado. . . ."

Pero no comenzó como lo había imaginado porque, cuando regresó al salón y con manos ligeramente trémulas colocó el vaso sobre la mesa, se le presentó una ocasión inesperada.

Dónald había ido al extremo más alejado del aposento para enderezar un cuadro. Volvióse a la entrada de la joven y la observó un momento.

—¿Qué sucede, Hilda?—preguntó.—Pareces indispuesta.

—Lo estoy,—contestó ella, rompiendo a llorar.

En conjunto, el joven lo tomó bastante bien; la mayor parte del tiempo se mantuvo mirándola sin decir una palabra; y tampoco le hizo reproche alguno al terminar.

—No me sorprende del todo,—dijo. —Sentía que algo estaba fuera de quicio, y, sea como fuere, nuestro compromiso nunca me ha hecho el efecto de ser del todo real . . . mientras se mantenía secreto. Nadie sabe mejor que yo, Hilda, que no merezco una muchacha como tú. Y si a ello vamos, no creo que exista el hombre que te merezca.—Dió un paso hacia ella. —Espero que seas muy feliz. Y no veo razón por que no hayamos de seguir siendo buenos amigos, ¿no te parece?

—Si te es posible perdonarme,—dijo ella, mirando a la alfombra.

—Pero, querida mía, ¿no crees que sé muy bien que es algo que no depende de tu voluntad?—

Aunque incapaz de pronunciar una palabra, Hilda deseaba que él comprendiera cuán reconocida le estaba y cuán penosa de hacerle sufrir, de manera que hizo la cosa más cruel que podía hacer. Le besó.

—Me retiro,—murmuró él, dirigiéndose al vestíbulo.

Ansiosa de mostrarse amable, ella le siguió. Él arrancó su sombrero del gancho y abrió la puerta del frente.

—Tu abrigo,—hízole ella notar rápidamente.

—Ah, sí.—

Regresó, tomó el abrigo y, evadiendo el rostro con pretexto de arreglar la prenda en su brazo, salió.

III

COMO el compromiso de Hilda con Dónald Cóoper nunca se había publicado, comprendió ella que nada impedía en realidad satisfacer la urgente demanda de Noel de que anunciara inmediatamente su próximo matrimonio con él; y pocos días después dió la noticia a Mr. Tálcott del *Courier-Democrat*, quien escribió un largo y lisonjero artículo, refiriéndose a Noel Pémberton Ives, no como "un poeta," sino como "el poeta."

La noticia de que una joven de Máysville iba a casarse con un poeta creó gran sensación, porque exceptuando a Héber Tuttle, cuya poesía *Fair Maysville*, [Bella Máysville] publicada en el *Courier-Democrat*, había sido puesta en música por Mrs. Búrchard, organista de la First Baptist Church, ningún poeta, hasta donde pudiera recordarse, había estado jamás en la ciudad; y Héber Tuttle no era en modo alguno poeta de profesión, siendo su ocupación ordinaria el colocar seguros de vida y contra incendios y accidentes.

Es verdad que nadie en Máysville había oído jamás el nombre de Noel Pémberton Ives, ni las investigaciones hechas en la biblioteca pública a raíz del anuncio dieron por resultado el descubrimiento de libro alguno de que fuera él autor. No obstante, cuando uno o dos días más tarde el *Courier-Democrat* publicó su retrato, en

que se revelaba como un joven de personalidad extremadamente atractiva, con grandes e interesantes ojos, y la inscripción al pie declaraba que, además de ser el prometido de Miss Hilda Larkin, una de las más bellas hijas de Máysville, era autor de un volumen recientemente dado a luz y que se titulaba *A City Symphony and Other Poems* [La sinfonia de una ciudad y otras poesías], la demanda por el libro en la tienda de Gowdy excedió todo cuanto Mr. Gowdy podía recordar desde la aparición de *Ben Hur*; y cuando este emprendedor comerciante recibió ocho pedidos por la obra, se lanzó a ordenar una docena completa, arriesgándose a hacerse de cuatro ejemplares enteramente a su propio costo, y exponiéndolos en el escaparate.

Si Hilda esperó que el anuncio de su compromiso con Noel terminaría los sufrimientos del enamorado, se equivocó del todo; porque, a juzgar por la avalancha de telegramas, cartas y poesías que le enviaba, alcanzaban nivel más agudo que nunca; sólo que ahora Noel hacía resonar una nueva nota.

La proposición de Hilda de esperar hasta el otoño para celebrar el matrimonio provocó una frenética protesta de su parte, en forma de versos que comenzaban:

¿Seis meses? ¡Seis eternidades!
¡Seis mil años de sufrimientos infernales!

Y el resultado de los esfuerzos de la joven para convencerle que un compromiso de medio año era tan corto como lo sancionaban las convenciones generales, trajo primero una desdeñosa diatriba contra las convenciones y, casi inmediatamente después, al hombre mismo.

Hasta el automóvil que lo condujo parecía poseído de un turbulento espíritu de rebelión. Noel penetró en la casa y, paseando atropelladamente de arriba abajo del salón, miraba a la joven con ojos sombríos y acusadores mientras excoriaba los estúpidos mandatos de la sociedad.

—¡Que la gente estulta se incline ante esas insensatas reglas,—exclamaba, agitando los brazos;—pero no me digas, Hilda, que tú y yo somos tan miserables pigmeos que hayamos de sujetarnos a sus idiotas fórmulas! Me aniquilas . . . tú, que deberías ser mi inspiración. Teniéndote a ti, no hay nada que yo no sea capaz de realizar. ¡Viviremos entre las estrellas! ¿No te significa nada mi carrera? Y, sin embargo, me has hecho languidecer diez días. ¡Mi trabajo está dado a la trampa! ¡Me estás volviendo loco!—

Hilda sentíase lisonjeada y aterrorizada. Frente a esta vehemencia, parecíale luchar con un huracán; pero el símil no era del todo exacto, porque si bien el huracán la sacudía, proclamaba al mismo tiempo que era su esclavo. Si ella quisiera, decía el huracán, podría dominar su fuerza, como Júpiter domina el rayo en el Olimpo.

Hilda se resistió un poco; pero, aun resistiéndose, tenía conciencia de un secreto deseo de ser derrotada. Y su deseo se cumplió, porque al siguiente día el huracán la arrebató en persona; o, para ser más literal, ella arrebató al huracán encarnado, conduciéndole a Hámmondton en su propio automóvil azul de carrera, donde, con la asistencia de un oficioso ministro, cuya esposa y cuya criada general actuaron de testigos, Hilda Larkin sufrió una transformación de la cual emergió como Mrs. Noel Pémberton Ives. El don de su persona no fué, sin embargo, su primer don a Noel aquel día.

—Necesitaremos un anillo,—le recordó ella cuando se detenían delante de la casa del ministro.

—¡De seguro! Mira . . . ve tú en el automóvil a comprarlo mientras yo arreglo aquí lo demás.—

Así lo hizo Hilda, pagando con su propio dinero el sencillo aro de oro; en seguida volvió a la rectoría y entregó el anillo a Noel, quien en el momento oportuno lo colocó en el dedo de la novia.

Al sentir cómo se deslizaba el anillo en su dedo, experimentó Hilda una especie de desvanecimiento en que el ministro y su mujer, el aposento en que se hallaban y aun ella misma y Noel, todo parecía irreal. La pareja más antigua los acompañó hasta el vestíbulo, y mientras estrechaban la mano de la recién casada expresando votos por su felicidad, hacíale a ella en cierto modo el efecto de que le hablaban desde una región muy lejana. Atravesó al lado de su marido el estrecho sendero, cruzaron la verja de aguzados extremos y llegaron al automóvil. Él la cogió del

brazo para ayudarla a subir; luego, ocupando el asiento junto a su mujer, cerró de un golpe la portezuela.

Ella oprimió maquinalmente el pedal, poniendo el motor en acción, y en seguida, volviéndose a él con gravedad, preguntó: —¿Dónde vamos ahora?—

El rostro de Noel estaba iluminado de exaltación. Arrancóse el sombrero y lo batió en el aire.

—¡Al paraíso!—exclamó.

IV

EL PARAÍSO resultó ser Nueva York, hacia donde se dirigieron en el automóvil de Hilda por una carretera tortuosa y placentera, y solamente cuando estuvieron cerca de la ciudad, varios días después de su matrimonio, se mencionaron asuntos prácticos.

—¿Dónde vamos a vivir?—preguntó ella.

—En mi departamento,—dijo él.—No son sino dos cuartos y el baño, pero creo que será suficiente.—

No volvió la cabeza mientras hablaba, sino que siguió mirando el camino, porque Hilda le había enseñado a manejar y no estaba ella con el manubrio.

—Allí es donde yo quería ir . . . donde tú has vivido,—dijo, oprimiéndole el brazo.

Cuando salieron de Van Córtland Park y penetraron en el Broadway del norte de la ciudad, prosiguiendo su ruta a lo largo de la vía y entre los postes de acero de la estructura del ferrocarril elevado, ella preguntó:

—¿Por dónde queda la Lafayette Place, me dirás?

—Saliendo de Wáshington Square,—contestó él brevemente.—No me hables, Hilda. Tengo que concentrar la atención.—

Con rápido razonamiento interior logró ella sobreponerse al resentimiento: el tráfico lo pone a uno nervioso, especialmente cuando recién se acaba de aprender a manejar.

Con todo, Noel se desempeñó con buen éxito a través del laberinto de la ciudad; y cuando, después de haber afrontado la aglomeración de tráfico de la Fifth Avenue y cruzado Wáshington Square hacia el oeste, detuvo el automóvil frente a una vieja casa de ladrillo de cuatro pisos, sentíase evidentemente orgulloso de su hazaña.

—¡Aquí estamos!—exclamó.—Tú misma no lo habrías hecho mejor. Nunca creí que me gustaría manejar un automóvil, pero estoy tremendamente satisfecho de que tengamos éste.—

Ansiosa de ver cuanto antes la que iba a ser su casa, aguardó Hilda mientras él sacaba las dos maletas del velhícule; luego le siguió al vestíbulo, subiendo las escaleras hasta el tercer piso; y la ligera opresión que quizá sintió en los obscuros pasadizos se disipó cuando Noel, abriendo una maltratada puerta, la hizo penetrar en sus habitaciones.

Inmediatamente echó de ver que podría hacerse mucho en el sentido de mejorar el pequeño departamento que, sin embargo, no carecía de cierto destartalado encanto. La alfombra color marrón estaba raída en ciertos sitios, especialmente delante del vasto y desordenado escritorio que ocupaba el centro del cuarto, pero armonizaba agradablemente con el amarillo pálido del empapelado; y los frisos y marcos de madera de puertas y ventanas, pintados de blanco lo mismo que los estantes, añadían su alegre nota al conjunto de la habitación. Había una *chaise-longue* con sus cojines de cuero, y varios sillones de sauce obscuro tapizados de cojines cubiertos de tela color naranja y negro, considerablemente desgastada. El lecho-canapé, cubierto de pana marrón, estaba lleno de almohadones; y diseminados en los muros pendían croquis, fotografías con dedicatorias y estampas japonesas; pero lo mejor de todo era que las ventanas de este cuarto daban sobre patios y sobre las convenientemente distantes paredes posteriores de otras casas, y que los rayos del sol poniente penetraban a través de cortinas de seda amarilla que, aunque descoloridas, producían una agradable iluminación de bienvenida.

—¡Oh, qué bonito!—exclamó ella, sorprendida por esta claridad después de la penumbra de las escaleras. Luego, observando un par de zapatos al pie de una de las sillas, en torno de la cual aparecían montoncitos de cenizas de cigarrillo, los recogió, preguntando:—¿Dónde se guarda esto?—

El dormitorio, separado de la sala de recibo por un par de cortinas de tela acordonada color marrón, era más pequeño y con una sola ventana; y la reducida alacena estaba del todo ocupada con los vestidos de Noel.

Recibióle éste los zapatos tirándolos descuidadamente en el suelo de la alacena, mientras ella continuaba su inspección.

Colgando de un pedazo de bramante tendido diagonalmente a través del diminuto cuarto de baño aparecían piezas de ropa interior y algunos calcetines; veíanse por el suelo botellas vacías de leche y crema y una lata abierta de café molido; el borde de la ventana, utilizado como repisa, estaba atestado de potes y utensilios de afeitar; y en la pequeña bañera esmaltada había una estufa de gas con un solo quemador, conectada por un tubo de jebe a una lámpara pendiente del techo.

Observando que Hilda miraba la estufa de gas, explicó Noel:—Ahí preparo mi desayuno; salgo fuera para las comidas.

—Le mandaremos hacer una repisa,—dijo ella; luego, entrando de nuevo al dormitorio:—la dificultad principal es la falta de sitio para la ropa; tendremos que colocar una percha en la pared, con sus cortinas que oculten los vestidos. Haré cortinas nuevas para las ventanas y cubiertas para los cojines de las sillas. ¡Oh, todo estará lindo en un momento! ¿Qué importa que estemos un poquito estrechos, amado mío? Esto no nos molestará, ¿verdad? Yo me sentiré aquí más feliz que en ninguna otra parte, porque es la casa donde tú has vivido . . . la casa donde escribiste *A City Symphony* y esas bellas poesías para mí. Siéntate a tu escritorio, Noel; quiero verte allí.—Y él obedeció sonriendo, mientras ella le contemplaba tiernamente desde lejos.

—No quiero que cambies tu vida absolutamente,—prosiguió,—salvo en lo que yo pueda facilitarte las cosas para que dediques mayor energía a tu trabajo. Y algún día volveremos a echar una ojeada a esta casa y diremos: "Nunca hemos sido más felices que en estos dos cuartitos;" y entonces habrá una placa de bronce en la puerta, indicando que en esta morada fueron escritos las primeras poesías de Noel Ives.—

Él se levantó y se acercó a ella sonriendo.

—Y la inscripción dirá: "Aquí vivió con Hilda, su Inspiración,"—agregó. Luego, pasando el brazo en torno de su talle, la condujo a una de las ventanas del saloncito.

—Mira,—díjola.—Éste es el cuadro que describo en la poesía que tanto te gusta: *The Little Checkered Yards* [Los pequeños patios de baldosas cuadradas].

Mirando hacia fuera, dejó ella caer la cabeza en el hombro de Noel.

V

COMIENZO a sentir hambre,—dijo él algo más tarde, mientras Hilda trataba de poner en orden los escasos efectos que había traído consigo.—Salgamos a comer.—

Y en seguida, cuando avanzaban por la calle, explicó:—Me gustaría llevarte al Brevoort esta noche, querida mía, pero temo que tendremos que contentarnos con el restaurante de Giuseppi. Sucede que me encuentro casi en quiebra.

—Yo he traído mi bolsa,—dijo ella. —Podemos ir donde quieras.—

El Brevoort era un sitio nuevo para Hilda, porque la Nueva York que conocía era la Nueva York que se extiende alrededor de la Forty-second Street, la ciudad de magnificencia, de inmensos hoteles, almacenes de ropa y teatros; y el comedor en el sótano, con su iluminación, sus mozos franceses y, pensaba ella, sus parroquianos con aire tan artístico, le producía una sensación de extrañeza. Mientras sus ojos, siempre con aquella su expresión de asombro, recorrían la sala, exaltábase considerando la hermosa y extraña vida en que se había embarcado.

—Algo muy sencillo para mí,—dijo a Noel que estudiaba el menú.—Chuletas a la francesa, guisantes y patatas con salsa blanca.

—¡Oh, no en un sitio como este!—objetó él.—Puedes tener una comida así en cualquier parte.—Y, sin discutir más, ordenó para ambos: entremés, sopa de hongos, gallina de Guinea a la Bigarade y ensalada de escarola con salsa de queso Roquefort.

—¿Qué te pasa?—preguntó más luego, observando que ella dejaba la sopa.

—Demasiados platos para mí,—respondió Hilda.—Espero la gallina de Guinea.—

Él pareció sorprendido.

—Pero debes aprender a apreciar la buena mesa. A decir verdad, no te alimentas lo suficiente. Mejor deberías tratar de engordar un poquito, querida.—La estudió con mirada de conocedor.—Cosa de diez libras, diría yo. A propósito, ¿dónde está el dinero? Pásamelo por debajo de la mesa, ¿quieres?—

Habían casi terminado de comer cuando un joven flaco, de aire negligente, cabello descolorido y anteojos orlados de carey, se acercó a hablar a Noel, quien se levantó saludándolo cordialmente.

—Hola, Leo. Gusto de verle. Aquí tiene usted a Hilda.—Y explicó a ésta: —Mr. Éisner es el director de *The Torch*; ha publicado algunos de mis trabajos, como sabes.

—Ah, sí;—dijo Hilda, que jamás había oído mencionar *The Torch*.

—Siéntese, Leo, y tome el café con nosotros,—invitó Noel.

—Estoy con Flórence.—Éisner sonrió ligeramente, como diciendo "Usted comprende," y señaló en dirección de una linda muchacha que lo esperaba a cierta distancia.

—Noel y yo tendremos el mayor placer, —comenzó Hilda amablemente,—si usted y su amiga. . . .—

Pero Noel la interrumpió.

—¡No por cierto, de ninguna manera! —exclamó, mirando cómicamente a Éisner, que simplemente se echó a reír y se retiró.

—¡Pero, Noel!—protestó Hilda, asombrada.—Si él es un director de periódico y tú le vendes tus versos. . . .

—¡Oh, él comprende!—aseguró tranquilamente Noel.—Comprará mis versos lo mismo. Déjalo que se guarde para sí sus bellas estúpidas.

—¿Estúpidas?—repitió ella, escandalizada.—Un escritor . . . un intelectual. . . .

—Ciertamente.—Habló con tono indiferente.—Que un hombre sea intelectual no quiere decir que no goce en compañía de lindas idiotas. A decir verdad, muchas veces sucede precisamente lo contrario. Si uno ha estado trabajando mentalmente y se siente fatigado, encuentra en ellas una especie de descanso, que al cabo se convierte en estimulante.

—Hablas como si lo supieras por experiencia propia,—dijo Hilda, escudriñando su rostro con mirada ligeramente desconcertada.—"¿Qué cosa es la vida?" parecían preguntar sus ojos.

—Oh, me he divertido con ellas, naturalmente. Un artista necesita algo que le estimule, o de lo contrario no podría producir.

—¡Me asustas, Noel! ¡Oh, espero que yo seré capaz de llenar tu vida!

—¿Llenar mi vida?—repitió él con ardor. —¡Tú *eres* mi vida!—Y Hilda, hundiendo la mirada en sus grandes y profundos ojos, compadeció a las demás mujeres que jamás conocerían felicidad tan inmensa como la suya.

VI

NOEL yacía medio adormilado a la mañana siguiente en el canapé de la sala cuando Hilda le trajo el desayuno.

—¡Adorable mujercita!—dijo mirándola, soñoliento.—¡Qué hermoso es despertar y encontrarte cerca!—

Mientras tomaba su baño, despejó ella un sitio en el desordenado escritorio, sacudiendo las cenizas de cigarrillo y arreglando prolijamente los papeles a un lado; y mientras se preparaba a disponer con gusto el servicio en una toalla limpia que hacía las veces de mantel, partió del cuarto de baño el estrepitoso canto, acompañado de exclamaciones repentinas, que había ya ella aprendido a asociar con las matinales abluciones de Noel.

—Date prisa, querido, antes que se enfríen los huevos,—pasó ella la voz. Noel salió en su bata de baño, con el pelo parado, y cogiéndola en sus brazos se puso a bailar con ella por todo el cuarto.

—¡Qué diferencia puede producir una mujer!—exclamó, sentándose. Luego, mientras ella se mantenía a su lado, observando que nada le faltase, preguntó:—Pero, ¿dónde está tu desayuno?

—Ya lo tomé,—dijo ella.—Quería dejarte dormir. Tan pronto como lave los platos saldré a hacer unas compras, y ¡entonces verás realmente qué diferencia puede producir una mujer!—

Después del desayuno se instaló Noel en la *chaise-longue* a leer el diario de la mañana y a fumar cigarrillos; y allí le encon-

tró Hilda todavía cuando, lavada la vajilla, volvió para arreglar el lecho-canapé.

—Una cosa tienes que aprender, querido, —dijo, mirándole tiernamente mientras extendía la cubierta de pana sobre el canapé.—Tienes que cuidar de no echar cenizas por todas partes como lo estás haciendo.

—¡Por cierto que sí!—asintió éi de buen modo, sin levantar la vista de su periódico. Mientras hablaba, cayó otro largo trozo de ceniza sobre la alfombra, pero Hilda estaba en el cuarto contiguo poniéndose el abrigo y el sombrero.

—¡Huh!—le oyó ella exclamar.—Dicen que este hombre gana doce mil dólares anuales por escribir diariamente una poesía que publica el sindicato de periódicos. ¿Poeta? ¡Debería estar manejando una pica! Solamente hay algo peor que el poeta de periódicos, y es el tipo que afecta el uniforme de poeta: peluca larga, sombrero flexible y corbata a la Wíndsor . . . ¡el traje de carácter! Por allí anda uno que hasta usa gorra. Ya te lo enseñaré alguna vez.—

Y cuando Hilda volvió, lista para salir: —¡Pero escucha esto!—prosiguió, leyendo algunas líneas.—¿Has oído alguna vez semejante broza?

—¡Horrible!—asintió ella.—¿No crees que cortinas de dibujos con su cenefa quedarán muy bien sobre las de seda? ¿Dibujos de grandes pájaros?

—¡Seguramente!—respondió Noel, todavía embebido en su periódico.—¡Figúrate esto! ¡Doce mil dólares por semejante insipidez, cuando yo me doy por bien servido de obtener un dólar por línea!—

Ella atravesó el cuarto y vino a besarle.

—¡No hagas caso!—exclamó.—Demos tiempo al tiempo. ¡Pronto les mostraremos lo que es bueno!—

Regresó al mediodía, cargada de paquetes.

—¡Por fin!—suspiró, echando su cargamento sobre el canapé y dejándose caer fatigada en una silla.—Esto es sólo una pequeña parte. He comprado dos alfombras, un tocador, tela para las sillas y las cortinas, seda para los visillos, mantelería, estas menudencias y un millón de platillos para la ceniza.—

Mientras hablaba, desenvolvía una caja de cartón y, abriéndola, sacó una cafetera eléctrica que mostró orgullosamente.

—Y también he comprado un tostador para el pan,—prosiguió,—y. . . .—Detúvose de pronto, observando la expresión de los ojos de su marido.—Pero, ¿qué pasa?

—¡Mis papeles!—exclamó él en tono trágico.—Cuando me serviste esta mañana el desayuno en el escritorio, tiraste mis papeles como si fueran basura, ¡simple basura! Desde que te fuiste me he vuelto loco buscándolos para encontrar ciertas notas para una poesía que tenía en mente. No he podido descubrirlas. ¿Has tirado algo fuera?

—Por cierto que no. No he hecho sino poner los papeles a un lado. Si las notas estaban allí, tienen que estar allí. Voy a buscártelas yo misma.—Se levantó, dirigiéndose rápidamente al escritorio.—¿Cómo son?

—Es una hoja de papel amarillo,—respondió él lúgubremente, siguiendo con sus grandes ojos sombríos los nerviosos movimientos de las manos de Hilda al registrar los papeles.

—¡Ah, aquí está!—Colocó ante él una hoja de papel amarillo.

Pero Noel sacudió la cabeza, diciendo con voz sepulcral:—No es ésa.

—Entonces nunca ha estado aquí,—afirmó ella.—¿Cuándo hiciste las notas?

—En el automóvil . . . el día que nos detuvimos y bajamos a pasear por el bosquecillo de abedules blancos.

—¿Has buscado en tus bolsillos?

—¿Para qué había de buscar? Estaban en este escritorio.—Luego, como ella se dirigía al dormitorio, preguntó:—¿Qué vas a hacer ahí?—

Ella no respondió, pero Noel escuchó el golpeteo de los anillos de la cortina de la alacena, y un momento después la vió reaparecer con una hoja de papel amarillo en su mano extendida.

—Aquí la tienes. Estaba en tu bolsillo. —Con entonación incolora leyó Hilda:

Gráciles vírgenes de la selva. . . .

Y estupefacta, se oyó a sí misma añadir: —Si te hubieras vestido esta mañana, las habrías encontrado tú mismo.—

Él levantó la cabeza.

—Vamos a ver, Hilda; de una vez por todas es preciso dejar esto establecido,—declaró.—Puedes comprar todos los trapos y sedas y cafeteras que se te ocurran, pero, ¡por amor de Dios, nunca vuelvas a meterte con mis papeles! No puedes imaginarte el horror que me da que la gente se ponga a manosearlos. Me produce la sensación de carecer por completo de mi independencia. Mis papeles son parte de mí mismo . . . parte de mi propia vida. ¡Ninguna mujer puede comprender esto!—

Mirándole de hito en hito, abrió ella la boca como para replicar; luego, volviéndose, se precipitó fuera del aposento. Noel se levantó y la siguió. A través de la puerta del baño escuchó el ruido de sollozos ahogados.

—¡Hilda!—

No obtuvo respuesta. Llamó una y otra vez, luego trató de entrar; pero la puerta estaba con llave.

—¡Hilda! ¿Qué te pasa, en nombre del cielo? ¡Sal! ¡Sal!—Sacudió la puerta, y la golpeó con el puño.—¡Ven acá! ¡Me estás volviendo loco!—

Pero pasó algún tiempo antes de que Hilda reapareciera, y aunque evidentemente había bañado con agua su rostro y aunque no había rastro de lágrimas, sus ojos, rodeados de obscuras ojeras, tenían una expresión de profundo abatimiento.

—¡Oh, Hilda, qué te pasa. . . ?—Oprimió la cabeza de su mujer contra su hombro, la acarició, le besó el cabello.

Luego, oyéndola contener un sollozo, continuó rogándola y redoblando sus demostraciones de cariño.—¡Por piedad, no comiences otra vez!—

La condujo al cuarto contiguo, se sentó y la atrajo a sí; y cuando, transcurridos algunos momentos, estuvo ella más calmada, comenzó Noel a razonar:

—Realmente, querida,—dijo acariciando su cabello,—tienes que aprender a deshacerte de esa sensibilidad extremada. Sería terrible, ¿no te parece? que te pusieras así cada vez que te pido un pequeño favor.

VII

MOSTRÓSE muy gentil con ella en los días subsiguientes. Hilda pasaba la mayor parte del tiempo sentada en silencio haciendo cortinas y cojines, mientras él trabajaba en un grupo de tres poesías descriptivas de escenas de su viaje a Nueva York. La llamaba "Trilogía campestre." De cuando en cuando levantaba la vista y leía a Hilda uno o dos versos, y ella se extasiaba ante su belleza; y a veces, para que no cortara Noel el hilo de su inspiración, salía ella a comprar provisiones que preparaba en la cocinilla eléctrica. El simple hecho de encontrarse cerca para atender a su comodidad, mientras él se hallaba en las angustias de la composición, daba a la joven un dulce sentimiento de importancia, produciéndole la impresión de que participaba, así sea de una manera humilde en la creación de literatura histórica.

—En ciertos respectos, estos versos son los mejores que he hecho,—díjole cuando las poesías estuvieron terminadas.—Ciertas líneas tienen una calidad que antes no había logrado imprimirles, y esto te lo debo a ti.—

Sacó de la repisa de la alacena una pequeña máquina de escribir, en la cual puso en limpio los versos; y cuando salió precipitadamente a llevarlos a la oficina de un periódico, Hilda, dejando su costura, comenzó a ensayar su habilidad en la máquina, que intentaba aprender a manejar para que no se tomara Noel este mezquino trabajo mecánico.

Él regresó exuberante de alegría.

—Me han dado treinta dólares por los versos,—dijo,—y les he pedido pagármelos al contado. He invitado a algunas personas para esta noche. Tendremos una pequeña recepción.

—¿Muchas personas?

—No sé cuántas . . . bastantes. He dicho a varias que pasen la voz a los demás. Prepara solamente unos *sandwiches*, pero naranjas en abundancia. Vienen seis botellas de ginebra.

—Saldré ahora mismo a comprar lo necesario,—dijo ella levantándose.—Dame unos diez dólares. No tenemos suficientes vasos.

—Te daré un billete de a cinco,—replicó él.—Te acabo de decir que he comprado seis botellas de ginebra.

—Está bien,—respondió la joven, y poniendo el billete en su bolsa, salió.

La recepción fué para Hilda una novedad. Nunca había conocido gente de esta clase. Bebieron muchos *cocktails*, fumaron muchos cigarrillos y hablaron con extraordinaria volubilidad; hubo muchas bromas y pasadas de índole vulgar, y algunos de los chistes que oyó le hicieron la impresión de encontrarse en una sociedad brillante y emancipada. Esperaba que ninguno de ellos advirtiera cuán poco acostumbrada estaba a tales conversaciones.

Aunque técnicamente la dueña de casa, se sintió relegada a la condición de espectadora; no por falta de atención de sus huéspedes, sino porque estaban tan habituados a su propia compañía que arrebataron blandamente la tertulia de manos de Hilda y se hicieron ellos mismos los honores, lo cual no la ofendió en lo menor, puesto que simplificaba las cosas para ella, permitiéndole observar y gozar de la fiesta.

¡Cuánto se habría asombrado Máysville de haber podido contemplar esta escena!

En cuanto a la identidad exacta de los presentes, Hilda se encontraba algo confusa. Sabía en sentido general que eran artistas, pero solamente pudo coger el nombre de dos o tres. A Éisner lo recordaba, y sabía que el joven de la guitarra y los chistosos cantares era Rónald Boyd, el pintor de carteles. Noel le había hablado de antemano de las canciones que Boyd componía, y experimentó gran placer al oírle cantar el que llamaba "Himno nacional de Greenwich Village," con el refrán que Noel le había citado:

Es una linda modelo,
De cabecita vacía,
Habla un millón de sandeces,
Mas deliro por su compañía

Sabía también que la mujer morena, robusta, de edad mediana, labios extremadamente rojos y, en opinión de Hilda, demasiado vivaz, era Bessie Wílkinson, de quien se decía que había escapado en un hilo de ser devorada por los caníbales en una de las islas Fiji, donde había ido a recoger material para un libro.

Cuando alguien le pidió que bailara la danza de Fiji, Bessie se echó apresuradamente al coleto otro *cocktail*, dejó el encendido cigarrillo al borde de la repisa de la chimenea, ocupó el centro del cuarto y comenzó el baile.

La danza era vigorosa y acompañada de gritos nativos de las islas, y aunque no escandalizó precisamente a Hilda, la hizo sonrojar, inspirándole el deseo de mirar a otro lado.

Recorriendo con la vista el aposento, descubrió a Noel sentado en el suelo, con un cojín a la espalda, y recostado contra el calorífero. Una esbelta muchacha rubia, llevando un traje de noche profusamente bordado de cuentas, y largos pendientes verdes, estaba arrodillada junto a él. Ambos parecían muy interesados y divertidos el uno con el otro. Noel se inclinó y murmuró algo sobre uno de los verdes aretes, y Hilda adivinó por su picaresca sonrisa que había dicho alguna frase de color subido. La muchacha le pegó una festiva manotada, a lo cual él la cogió del puño, y tuvieron una pequeña lucha.

¿Era ésta, se preguntaba Hilda, una de aquellas lindas idiotas que él calificaba de estimulantes? Ciertamente que algo le había estimulado; estuvo de humor brillante toda la noche; magnético, encantador, en sus mejores momentos. ¿Quién podría resistir aquellos ojos y aquella sonrisa?

"Estoy segura de que me ama," se repetía ella a sí misma; pero este pensamiento fué inmediatamente seguido por otro: "Me ama; de consiguiente, si le pierdo, será exclusivamente por mi culpa. Necesito redoblar mis esfuerzos."

Más tarde, cuando Noel se alejó de la exótica rubia, Hilda se volvió a Bessie Wílkinson, sentada ahora a su lado, y le preguntó quién era la muchacha.

—Oh, es Nilla Payne,—replicó la otra. —Dibuja trajes de carácter; ella creó esos maravillosos trajes grotescos egipcios para los Box-Stall Players.—Luego, como adivinando algo del pensamiento que se ocultaba tras de la interrogación, agregó: —Hace usted bien, querida mía; vigile a ese encantador marido suyo. Un hombre con esos ojos es capaz de provocar hasta el asesinato.—

Entre los hombres y mujeres de este grupo había mucha familiaridad indiferente. Al retirarse los contertulios, allí por la una o dos de la mañana, tres de las

mujeres, incluyéndose Bessie y Nilla, se despidieron de Noel con un beso.

—¿Siempre lo hacen así?—le preguntó Hilda cuando al fin quedaron solos.

—Casi siempre,—la informó él.—Somos viejos amigos.

—¿Encuentras placer en besarlas? Yo diría que besar a la rubia de los aretes verdes es como besar a una estatua.—

Él pareció muy interesado al replicar: —¿Lo crees así, en verdad? También habría yo dicho lo mismo al mirarla. Pero engaña. Tiene un modo de besar de lo más agradable . . . así como una especie de succión.

—¡Noel! ¡Qué manera de analizar! ¡Es repugnante!

—No; no tiene por qué. Soy artista, Hilda, y la observación y el verismo son las principales cualidades del artista. Me preguntas . . . y yo te contesto. —Su ademán expresaba finalidad.

—Ha sido uno de mis sueños,—prosiguió,—tener una mujer a quien pudiera decirle mis pensamientos más íntimos . . . todo. La mayor parte de los hombres no pueden decir a sus mujeres la décima parte de lo que piensan, porque la mente de la generalidad de las mujeres no es suficientemente grande para abarcar las ideas masculinas.—La rodeó con su brazo.—Pero la mujercita mía no es de esta clase, ¿verdad? ¡No! Contigo yo siempre seré franco. ¿Supongo que tú no querrías que fuera de otro modo?

—¡Oh, no!—dijo ella . . . y quedó vacilante.

VIII

PASARON el verano en Nueva York, interrumpido de vez en cuando por viajes en automóvil a las playas o a las montañas. La ciudad y los amigos de Noel constituían todavía una novedad para Hilda, que se interesaba en estudiar sus impresiones; y, lo mejor de todo, el trabajo de Noel marchaba bien: otro libro de poesías estaba listo para la prensa; le había prometido dedicárselo, y ella tenía la consciente satisfacción de haber contribuído silenciosamente a la producción de estos versos.

Creía conocer mejor a Noel ahora; pero, sin embargo, se preguntaba a veces si, dado el carácter voluble de su marido, alguien podría jactarse de conocerle a fondo. Lo que más la preocupaba era la actitud de Noel en cuanto se refería a dinero. Derrochaba sin el menor miramiento las pequeñas cantidades que ganaba, permitiéndose las extravagancias más pintorescas. Más de una vez le había visto gastar cuanto tenía en camisas de seda, o libros, o unas cuantas comidas de lujo, cuando debían el alquiler y apenas alcanzaba para pagarlo el dinero que existía en la casa. Habría creído Hilda que el lujo era la cosa más importante para él, si no hubiera sido por el hecho de que la falta de plata no parecía causarle la más pequeña perturbación: sentábase ante una comida de ochenta centavos aparentemente tan satisfecho como podría estarlo en el sitio más elegante.

No transcurrió mucho tiempo, sin embargo, antes de que Hilda comprendiera que el sostenimiento de la familia caía automáticamente sobre sus hombros; pero, orgullosa de su marido y llena de fe en su porvenir, asumió esta obligación como una prerrogativa.

El primer signo de descontento de Noel por el género de vida que llevaban se manifestó cierto día a fines del verano, después de un te en casa de Kathleen Comly, cuyo relativamente espacioso departamento ocupaba todo el segundo piso de un edificio recientemente renovado en Twelfth Street. No solamente era el salón de Mrs. Comly vasto y de admirables proporciones, sino que estaba decorado con gusto y amueblado en su mayor parte de caoba, constituyendo un atractivo marco para una mujer atractiva.

—Después de ver su casa,—dijo Noel al llegar,—¡qué miserable parece este pequeño gallinero nuestro!

—Hemos sido muy felices aquí,—observó ella.

—¡Oh, sí!—asintió él sin mayor entusiasmo;—pero naturalmente escribo aquí bajo condiciones difíciles. Estoy seguro de que te das cuenta de ello.

—¿Difíciles?

—Sí.—Tiró el sombrero y el bastón sobre el canapé, y mientras ella los recogía y guardaba en la alacena, continuó: —Quiero decir, tratando de escribir con

alguien siempre dando vueltas en torno del cuarto.

—Tengo el mayor cuidado de permanecer quieta cuando tú estás trabajando.

—Ya lo sé,—replicó Noel prontamente. —No era mi intención reprochártelo. Es simplemente una condición. Pero estaba pensando que podría hacer mucho más si el ambiente fuera favorable . . . si tuviera un estudio para mí solo.—

Algunos días después, cuando regresó de su paseo de la tarde, encontró a Hilda sentada cosiendo en una silla cerca de la ventana.

—Te he copiado esos versos en la máquina,—dijo ella, señalando algunos papeles puestos sobre el secante.

Él asintió con la cabeza, diciendo: —Acabo de ver a Édwards. Dice que las galeradas de mi libro estarán listas esta semana. Este libro me va a traer grandes ventajas, Hilda. Es un trabajo de mucho mayor aliento que *A City Symphony*.

—Indudablemente. Siéntate un instante, querido mío. Tengo algo que decirte . . . algo que espero te hará muy feliz.—

Él se volvió, sobrecogido, y observó intensamente la fina tela blanca que yacía sobre sus rodillas.

—¿De qué se trata?

—He encontrado un departamento más grande para mudarnos.

—¿Con qué motivo? ¿Algo anda mal?

—¿Mal?—repitió ella.—¿No has estado diciéndome que querías un estudio?

—¿Es esa la única razón?

—Naturalmente. ¿Qué otra cosa. . . ?

Aquí la interrumpió una estrepitosa carcajada. Dejándose caer en una silla, Noel enterró el rostro entre sus manos y se mecía de risa.

—¡Santo cielo!—exclamó, principiando a recobrarse.—¡Me has dado un susto mortal!—El modo de anunciarlo . . . y esa costura en tu falda . . . ¿no piensas en lo que se me ocurrió? ¿No es costumbre que la joven esposa tenga siempre una labor en su regazo cuando anuncia ruborosamente a su marido que un pequeño y querido extranjero está en camino?—En su alivio, la alzó en vilo y se puso a bailar con ella, risueña y protestando, en torno del cuarto.

—¡Mi costura! ¡Mi costura!—clamó ella, viendo cómo la pisoteaban.

Dejando al cabo libre a su mujer, recogió del suelo la fina prenda y la batió sobre su cabeza.

—¿Dónde es el nuevo departamento? ¿Dónde es? ¡Vamos a verlo inmediatamente!—

Como el departamento era un duplicado del de Kathleen Comly, en el piso de arriba, Hilda estaba segura de que le gustaría.

—Debes tener entendida una cosa, sin embargo,—díjole ella, una hora más tarde, cuando visitaban el cuarto que debía ser su estudio.—Este departamento es caro. El alquiler cuesta tres mil doscientos dólares anuales, y se llevará casi todas mis entradas; pero si tu producción aumenta, podremos arreglarnos bastante bien.

—¡Oh! eso será muy fácil,—replicó él lleno de confianza.—Un estudio como éste, equipado en forma adecuada, me servirá de inspiración. Haremos cubrir de estantes las paredes, y nos pasaremos ratos muy agradables yendo a los remates de muebles y eligiendo bellas piezas de caoba antigua para el salón y el comedor.

—No podremos comprar muchas cosas nuevas por ahora,—dijo Hilda.—Escogeremos lo más indispensable y nos reservaremos para adquirir el resto gradualmente.

—¡Oh! ya verás que no cuesta tanto como crees. Haremos que nos ayude Kathleen. Su departamento está hermosamente amueblado, y ella es muy lista en eso de descubrir gangas.

—No necesito que nadie me ayude,—dijo Hilda, con cierta sequedad.

—Por supuesto que no. Solamente pensaba que Kathleen podría darnos algunos consejos valiosos. Llevaba un lindo vestido el otro día cuando fuimos a tomar el te. Tiene un gusto admirable.

—Esos trajes cuestan dinero,—observó ella.

—Pasa algo curioso con Kathleen,—continuó él, reflexionando. —No se puede decir que sea exactamente hermosa, pero . . . ¿qué hay en ella, sin embargo? Tiene un sello interesante . . . parece que hubiera sufrido.—

Hilda contemplaba las ventanas, sumida en meditación.

—No podemos colocar nuestras cortinas de dibujos aquí,—dijo con cierto pesar. —Los marcos de las ventanas son más altos. Es una lástima . . . porque están en perfecta condición. Con todo, se podrá aprovechar probablemente la tela para forrar las sillas y los cojines.

—¡Oh, no!—protestó él.—Me tiene aburrido esa tela. Siempre he detestado los dibujos de grandes pájaros.

IX

AHORA sí comienzo a sentirme realmente instalada,—decía Hilda un mes más tarde, mientras ella y Noel recorrían con la vista el salón de su nuevo departamento cierta noche después de comer.—Las dos lámparas nuevas hacen una gran diferencia, ¿no es verdad?

—¡Oh! todavía falta mucho,—replicó él, inspeccionando con aire de crítico la habitación.—Por ejemplo, esa esquina . . . clama por un canapé; un mueble delicado, de patas rectas y espaldar curvo, diría yo.

—Sí; sería muy agradable tener un montón de cosas más,—dijo ella;—pero es necesario antes dejar que se recuperen mis fondos en el banco. Todo ha costado mucho más de lo que habíamos calculado.—

Él no pareció escucharla, porque solamente comentó:—Me desesperan los estantes vacíos.

—Pon algunos libros de los que tienes en tu estudio, entonces,—sugirió Hilda.

Pero Noel sacudió la cabeza.

—No;—objetó;—me gusta tener esos libros a la mano cuando estoy trabajando. No pretendo hacerlo todo inmediatmente, pero quisiera que el departamento esté más bonito antes de que venga tu tía a visitarnos como lo ha prometido.

—Quizá ayudaría algo si tú te pusieras a trabajar otra vez,—aventuró ella.

—¡Qué curioso!—exclamó él, con cierta risita que la joven había llegado a conocer. —No pareces darte cuenta de que un hombre no puede simplemente sentarse y escribir versos en cualquier parte. ¿No comprendes, Hilda, que las condiciones necesitan ser favorables? Me parece que he hecho bastante con corregir las pruebas de mi nuevo libro en medio de todo este laberinto.

—Sí; pero lo primero que arreglé fué tu estudio, y tú decías. . . .

—Nunca he dicho que podía ponerme a trabajar en el instante preciso en que los muebles estuvieran colocados en el cuarto. No es solamente que el cuarto esté dispuesto . . . yo necesito *sentirme* dispuesto. En este momento mi cabeza está como un libro de apuntes, llena de las cosas que quiero comprar.

—Pero, ¡el dinero, querido! Te he dicho que esta mañana he recibido una nota del banco avisando que me he excedido de mi cuenta. Toda la tarde me la he llevado revisando mi libro de cheques y tratando de descubrir el error. ¡Es para volverse loca! Quizá podrías tú sentarte conmigo esta noche y ayudarme en la revisión.—

Noel la miró atónito, luego se echó a reír.

—¡No lo esperes! ¿Aritmética? ¿Yo? ¡No seas ridícula!—

Al volverse, las cenizas de su cigarrillo cayeron a la alfombra, pero Hilda había abandonado ya toda observación al respecto.

Él comenzó a pasear de un lado al otro, mirando en torno con aire reflexivo que indicó a Hilda que pensaba en nuevas cosas que comprar; y ella, regresando al escritorio con el corazón oprimido, se preparaba a reasumir sus esfuerzos para aclarar las cuentas cuando resonó el timbre del teléfono.

Aunque la persona que hablaba no dió su nombre, Hilda reconoció la voz que preguntaba por Noel.

—Voy a llamarle, Mrs. Comly,—replicó distintamente; y mientras Noel usaba el teléfono, el interés que inspiraba a la joven su libro de cheques no fué suficiente para impedir que se diera cuenta del objeto de la conversación.

—Quiere que vaya para allá un minuto,—díjola, colgando el receptor.—Tiene un pedazo de bordado chino antiguo que cree lucirá muy bien sobre la chimenea . . . hasta que compremos un espejo. No me demoraré gran cosa.—

Cuando regresó poco después de las once, Hilda levantó los ojos con sonrisa fatigada pero triunfante, exclamando:—¡Encontré el error! He arreglado el balance; pero me encuentro con doscientos ochenta

dólares menos de lo que creía tener en mi cuenta.

—Espléndido,—respondió él distraídamente. Desenvolvió el bordado.—Mira esto,—dijo.

—¿Espléndido?—repitió ella, volviéndose en la silla.

—Sí . . . debemos alegrarnos de que no sea peor.—Levantó el trozo de tela china. —Esto va a estar lindo, ¿no te parece, querida?—

Ella quedó contemplando la tela.

—Noel,—comenzó después de una pausa,—¿no te choca un poquito que Mrs. Comly te llame siempre a ti por teléfono . . . que te dé a ti estas cosas, que sea a ti a quien pida siempre que vayas a su casa?

—¡Chocarme? ¿En qué sentido?

—Bueno; tú eres un hombre casado, ella es una mujer separada de su marido, y. . . .

—Hazme el favor de no usar semejantes expresiones, Hilda,—protestó él.—Es una observación denigrante, y Kathleen es una mujer refinada, sensible . . . capaz de sentir hondamente la poesía. La compadezco. Parece que su marido era una bestia . . . nunca le demostró la menor consideración.

—Y ella te ha estado contando toda la historia esta noche, ¿no es así? Se adjudica el papel de víctima, ¿no es cierto?

—¡Oh, en nombre del cielo!—exclamó Noel mirándola con indignación.—¿Qué les pasa a ustedes las mujeres? ¡Siempre atacándose sin piedad las unas a las otras! ¡Me sorprendes realmente, Hilda! ¿Eres incapaz de sentir un rastro de simpatía humanitaria por una mujer a quien la vida ha tratado duramente sin que ella tuviera culpa alguna?

—Eso es lo que ella dice,—contestó Hilda, mirándole cara a cara.

—¡Dios mío!—clamó Noel, arrojando al suelo el bordado. Avanzó hasta la puerta de su nuevo estudio; luego, volviéndose, la miró con ojos acusadores.—Quizá te interesará saber,—dijo,—que precisamente cuando llegué aquí una poesía cantaba en mi imaginación. Quería clavar en la pared ese bordado, y en seguida sentarme a escribirlo.—Detúvose.—Bueno; se ha desvanecido. ¡Desvanecido por completo! ¡Has asesinado mi inspiración!—Penetró violentamente en su estudio, cerrando la puerta tras sí; y no había vuelto a salir cuando, poco más tarde, Hilda fué a acostarse después de haber clavado la pieza de bordado sobre la chimenea.

X

EL SENTIMIENTO de timidez con que la asesina salió de su cuarto a la mañana siguiente para afrontar a su acusador a través de la mesa del desayuno, fué atenuado por la consoladora idea de que durante las dos semanas próximas tendrían una tercera persona a su mesa. Su tía Hárriet venía de Máysville, y la esperaban aquella tarde.

Quizá a causa de la próxima visita, quizá a causa de que el correo de la mañana le trajo una carta inesperada de cierto colega poeta de Inglaterra, alabando sus trabajos, o quizá a causa de su acostumbrada volubilidad de carácter, Noel parecía haber olvidado completamente la tempestad de la noche anterior. Leyó a Hilda en voz alta la carta del poeta, recalcando enfáticamente sus frases encomiásticas.

—Y fíjate, Hilda,—dijo,—esto viene del poeta lírico más eminente de Inglaterra. Es la apreciación más importante que yo haya recibido . . . mi acolada. No puedes imaginarte lo que esto significa para mí. Algún día he de dedicar un libro a Higbie.—

Pasó la mañana escribiendo y volviendo a escribir una carta de gracias. Después del almuerzo se vistió y salió, regresando solamente con tiempo suficiente para acompañar a Hilda a la estación para recibir a Mrs. Berry.

Aquella noche, durante la comida, Hilda se sintió orgullosa de él. Cuando había gente de fuera Noel se mostraba siempre bajo su aspecto más encantador, y la joven se divirtió mucho observando el rápido cambio de actitud de su tía con respecto a su marido. En sus cartas a Hilda se refería siempre a él como "tu marido" o "Mr. Ives;" pero a la mitad de la comida él estaba llamándola "tiíta," y ella le llamaba Noel. Hilda había notado que a la gente le gustaba llamarlo por su nombre de pila y que pronto llegaban al punto de hacerlo así; y, aunque

esto se debía en parte, pensaba ella, a que Noel es en sí un bonito nombre, estaba convencida que influía más para tal resultado el magnetismo y la cordialidad de su marido. Noel jamás trataba de imponerse a los extraños, aunque a menudo era exigente con sus antiguos amigos.

En su cordialidad para con los nuevos conocidos no había artificio alguno de su parte. Se interesaba violenta y repentinamente por personas y cosas. Habíase encantado con el automóvil de Hilda, y ahora estaba encantado con su tía.

Mrs. Berry era también absolutamente sincera; pero, aun siendo un Machiavelli, no habría podido inventar nada mejor para conquistárselo que pedirle que leyera sus versos en alta voz.

Y Noel leía maravillosamente. Cuando leía las poesías de Shélley, Swínburne o Rossetti, su voz parecía añadir nueva gloria a las líneas; pero oírle en sus mejores momentos era oírle leer las producciones de Noel Pémberton Ives.

Hilda estaba conmovida por la devoción aparente que dedicaba a su tía; llegaba hasta descuidar su trabajo por procurarle placeres. Además de acompañarla a conciertos y teatros, llevó a Mrs. Berry a contemplar la puesta del sol desde Queensboro Bridge, y al parque zoológico del Bronx y al Aquarium.

En este último lugar experimentó Mrs. Berry la emoción más intensa quizá procurada por su visita a Nueva York; porque allí, ante sus mismos ojos, escribió Noel en el revés de un largo sobre una poesía entera a un pececillo. Más aún; dedicó estos versos a la dama; y cuando regresaron en la noche a su departamento, los copió a máquina para ella y les puso su firma. Pero Mrs. Berry prefirió el original del sobre, con su rápida escritura al lápiz y sus correcciones, que revelaban exactamente la manera en que habían sido hechos los versos. Quería mostrarlo en Máysville. Y añadiremos, entre paréntesis, que el día mismo de su llegada entregó el precioso sobre en la tienda de útiles de escritorio de Mr. Gowdy para que lo arreglaran en un marco, junto con la última fotografía de Noel, que ostentaba una dedicatoria para ella.

—Mi sobrino,—decía.

Cerrado su baúl, la maleta en el vestíbulo, y disponiendo de algunos momentos antes de dirigirse a tomar el tren, Mrs. Berry hallábase en la habitación de Hilda.

—Y bien, querida mía,—declaró,—espero sinceramente que sepas apreciar la hermosa vida de que estás disfrutando aquí. Me hace recordar a los Brówning; tú sabes cuán felices fueron. Ser la esposa de un hombre de genio es una de las mayores dichas que puede caber a una mujer. Cuida de él, Hilda; sé siempre su inspiración. ¡Piensa lo que la mujer de Wórdsworth representaba para su marido! ¿Recuerdas su descripción:

Una mujer perfecta, noblemente formada
Para guiar, consolar y mandar?

—Sí; recuerdo,—respondió Hilda, sonriendo débilmente.

XI

HABÍA una amenaza de nieve en la atmósfera aquella tarde, y soplaba un viento frío. Hilda, que llevaba un abrigo ligero, estaba helada cuando ella y Noel regresaron de la estación; de manera que la joven entró en la casa, dejando que él siguiera solo con el automóvil hasta el *garage*.

Dos horas más tarde no había vuelto Noel todavía, pero entró algunos minutos después que ella se había sentado a la mesa para la comida.

—¿Qué cosa te demoró, querido?

—Entré un momento eu la de casa de Kathleen, —dijo él.—No la había visto por mucho tiempo, como sabes, y no quería resentirla. —Y, ocupando su asiento en la mesa, prosiguió:—Me alegro de haber ido a verla. ¡La pobrecita estaba terriblemente afligida!

—¿Con qué motivo?

—¡Oh!—replicó él,—supongo que encuentra la vida muy vacía . . . y no había recibido el dinero que debía asignarle su marido, según orden del tribunal. Tenía un hermoso fuego de leños en la chimenea. Encendamos uno aquí después de la comida.—

Encendieron el fuego; pero cuando se hubo sentado cerca de la chimenea con Hilda por un momento, levantóse de nuevo y

comenzó a pasear agitadamente de arriba abajo del salón.

—Necesitamos conseguir más leños,— observó. Y un poco después:—Lo que hace falta en el vestíbulo es un reloj antiguo de torre, uno de esos grandes y hermosos artefactos que marcan las fases de la luna. ¡Y cómo grita aquella esquina por un canapé! No sé cómo puedes tú soportarlo.

—Puedo soportar muchas cosas,—repuso ella.

En seguida, diciendo que quería anotar algunas ideas para una poesía, se metió en su estudio y Hilda no le vió más aquella noche.

El correo de la mañana trajo una solicitud por su autógrafo.

—Estas cosas significan algo,—dijo, arrojando la carta a Hilda a través de la mesa. —Y Édwards me escribe que mi libro *Surcease* [Quietud] ha pasado al taller de encuadernación. Dentro de algunos días recibiré los primeros ejemplares. La edición será de dos mil esta vez. Como sabes, solamente imprimieron mil quinientos de *A City Symphony*.—

El correo de Hilda, más voluminoso que el de su marido, no era de índole tan agradable. Era el primero de diciembre, y como si las facturas no fueran suficiente preocupación, vino una carta anunciando que la Máysville and Hámmondton Electric Railway Company, de la cual tenía algunas acciones, había pasado a manos de los síndicos, y que no podría abonarse el interés correspondiente a enero.

El desayuno perdió todo atractivo para ella después que hubo leído esta comunicación, pero dejó que Noel terminara el suyo antes de participarle la noticia.

—Significa simplemente que mis entradas se han reducido en mil dólares,— manifestó.

—¡Hum!—hizo él—¡qué malo está eso!

—¡Ya lo creo que está malo! ¡Y precisamente en vísperas de Navidad! Si lo hubiera sabido, no habría tenido el valor de alquilar este departamento.

—Supongo que no. —Dió una vuelta en torno de la alfombra.—Voy a usar el automóvil esta tarde, si tú no piensas ocuparlo. Kathleen quiere ver unas piezas de mueblería antigua. Es en una vecindad algo dudosa, y tiene miedo de arriesgarse sola.

—No pensaba usarlo,—dijo Hilda.

—Gracias, querida.—Besóla en la mejilla.

Salió en la tarde, y poco después, mientras Hilda estaba recostada en su lecho, meditando en sus problemas pecuniarios y tratando de no pensar en Kathleen Comly, la criada trajo una tarjeta.

Era de Dónald Cóoper.

Se echó a vestir apresuradamente, pensando en Dónald. Parecía imposible que alguna vez hubiera estado comprometida con él, y, sin embargo, no había transcurrido un año desde que rompió su compromiso. Si hubiera esperado seis meses para casarse con Noel, conforme fué su intención, haría muy poco tiempo de su matrimonio. O quizá . . . quizá no habría llegado a casarse.

¡Pobre Dónald! No le había visto desde aquella noche de primavera en que él salió de casa de Hilda procurando que no le viera el rostro. La entrevista de hoy, con este recuerdo entre ellos, sería algo embarazosa, pensaba ella; pero no tanto como podría serlo si él fuera otra clase de hombre. Dónald trataría de que las cosas pasaran suavemente. En medio de la prisa que sentía de verle, encontró tiempo de reflexionar festivamente, mientras se vestía, cuán extraño era el placer que experimentaba al saber que Dónald se hallaba cerca.

Cuando la joven entró en el salón, él se puso de pie alisándose involuntariamente el cabello en el sitio donde hubiera podido desarreglarlo al quitarse el sombrero. Hilda sonrió ante este ademán familiar, pensando al mismo tiempo: "Todavía no tenemos espejo en el vestíbulo."

La joven le tendió ambas manos, inundándole de preguntas:—¿Cuándo llegó usted? ¿Cuánto tiempo piensa permanecer por acá? Cuénteme todo lo que ha estado usted haciendo.—

En su entusiasmo no había tenido tiempo de sentir cortedad, pero de vez en cuando, mientras cambiaban noticias, advertía ella que el joven la observabo con mirada escudriñadora.

—Temo no encontrarme hoy de muy buen aspecto,—dijo, poniéndose en cierto

modo a la defensiva.—Tía Hárriet ha pasado con nosotros algunos días . . . nos hemos acostado tarde. Y apenas estamos instalados en este departamento. Por supuesto, he estado recibiendo también a todos los amigos de Noel, y esto me ha traído alguna agitación.

—Sí; naturalmente. ¿No está él en casa? Había esperado verle.

—Lo siento tanto,—repuso ella.—Salió por un momento, pero usted se quedará hasta que regrese.—

Él le hizo algunas preguntas acerca de ella, y Hilda le contó del próximo libro de poesías, "dedicado a mí," agregó orgullosamente; de las alabanzas que Noel recibía; de sus esperanzas por el porvenir de su marido; de la gente a quien conocían; y de sus diversiones.

—Todo ello parece ideal,—dijo Dónald. —Me alegro de que la vida le ofrezca tantas cosas buenas.—Y añadió con profunda convicción:—De algo estoy seguro: dondequiera que usted vaya, por más eminente que sea la gente que conozca, siempre será usted quien es. Si esas personas no la aprecian, no la admiran, será porque no pertenecen a una clase verdaderamente refinada.—

Hilda enrojeció a impulsos del placer que le produjo el escuchar esta sincera afirmación; y repentinamente se sintió acometida de la nostalgia de las apacibles calles sombreadas de árboles en la ciudad donde ella y Dónald habían crecido juntos.

—Nueva York es interesante,—dijo. —Pero el otro día que paseábamos en automóvil por Westchéster percibí el aroma de las hojas secas de otoño que me hizo experimentar la nostalgia del terruño. ¡Cómo nos divertíamos en esas partidas de campo! ¿Recuerda usted esa noche de *Hallowe'en*,[2] en que tostábamos pastas de malvavisco en la hoguera, y tuvimos después un baile al aire libre?

—¡Vamos! No hable usted tanto de Máysville,—advirtió él, sonriendo,—o echará a perder mi carrera. La compañía quiere que me traslade yo a Nueva York para hacerme cargo de la agencia general del este, y estoy tratando de hacer que me guste este perverso lugar.

—¡Oh, espero que lo logrará! Noel y yo haremos cuanto nos sea posible para hacerle agradable su permanencia aquí; y,—añadió riendo,—si es usted buen muchacho le permitiré ayudarme algunas veces a hacer el balance en mi libro de cheques. Eso le hará probablemente creerse en su tierra.

—¡Espléndido!—afirmó él.

—Es una suerte para usted no haber llegado hace dos semanas,—manifestó Hilda.—Me pasé un día entero trabajando por descubrir un giro en exceso de mis fondos.—

Luego, percibiendo quizá que debía explicarle por qué no la había ayudado Noel, agregó:—Los poetas, como usted sabe, no son fuertes en aritmética.

—¿Tuvo éxito en su empeño?—preguntó él.

—No sé si usted lo considerará éxito. . . . Descubrí que tenía un saldo en contra por valor de doscientos ochenta dólares.—

Dónald sonrió.

—Imagino que la vida en Nueva York es muy cara.

—Sí; y esta mañana he recibido algunas noticias de Máysville que me han perturbado bastante. ¿Sabía usted que el ferrocarril eléctrico ha ido a manos de los síndicos?

—¿Todavía tiene usted esas acciones? —inquirió él prontamente.

—Siempre las he conservado. Papá las compró cuando se organizó la compañía.

—Ya lo sé. Pero el ferrocarril ha estado tambaleándose hace algunos meses. Creía que usted seguramente. . . .

—¿Cómo podía yo saberlo?

—¿No sigue usted el alza y baja de sus acciones?

—Cuando estaba en Máysville—, dijo ella,—iba a menudo al banco y hablaba de negocios con Mr. Clark, pero desde que vinimos aquí. . . .

—Debería usted tener un Mr. Clark en Nueva York.—

Hilda suspiró.

---

[2]Víspera de Todos los Santos: existe la superstición popular de que en *Hallowe'en* las hadas, brujas, duendes y toda clase de espíritus traviesos andan sueltos. En varios países, especialmente en Escocia, acostumbran reunirse los jóvenes de ambos sexos y celebrar la fecha con ciertos ritos místicos o festivos, para descubrir quiénes de entre ellos están próximos a casarse.—La Redacción.

—En ese caso, desearía que usted fuera mi Mr. Clark.

—Si lo dice usted de veras,—dijo Dónald, —déme una lista de sus títulos, y yo la revisaré con algunos amigos que tengo en Wall Street, asegurándome de la estabilidad de esos valores.

—Le quedaré sumamente agradecida.—

Se levantó, dirigiéndose a su escritorio, donde la siguió Dónald, y se instalaron por algún rato mientras ella hacía el inventario de sus documentos.

Al poner la lista en su bolsillo, observó él, como cambiando de tema:—Éste es un bonito departamento.

—No lo habría tomado si hubiera sabido oportunamente de la baja de estas acciones, —dijo. Y sintiendo que se hacía necesaria una explicación, se apresuró a añadir: —Ve usted, Noel es un genio, y sus entradas son inciertas. Él no entiende de estas cosas, y mi deber es evitarle hasta donde sea posible complicaciones materiales, de manera que pueda sacar el mejor partido de sus dotes.—

Dónald asintió con la cabeza; luego preguntó:

—¿Todavía tienen ustedes el automóvil?

—Sí; y esto me da algunas preocupaciones.

—Es una manera de reducir los gastos, —sugirió él.

XII

DÓNALD estaba a punto de despedirse, y Hilda había salido a acompañarle hasta el vestíbulo, cuando regresó Noel. Abriendo la puerta con su llave, entró rápidamente, y notando apenas la presencia de Hilda y su compañero, dirigió la palabra a alguien afuera:

—¡Cuidado, ahora! No lo golpeen,— advirtió; y un instante después penetraron dos hombres acarreando un mueble de gran tamaño. Hilda lanzó una exclamación de asombro.

—Pero, ¿qué es esto?—

Luego, advirtiendo que el mueble era un canapé, y comprendiendo de pronto la situación y que se trataba de algo que no podía discutirse en aquel momento, presentó a Dónald a su marido.

Noel se mostró extremadamente cordial; siempre podía ella estar segura de que se conduciría de manera admirable con los extraños; pero esta vez comprendió Hilda que, además de su amabilidad innata, su marido estaba sinceramente complacido de la presencia de una tercera persona.

—¡Ahora sí!—exclamó, admirando el canapé cuando los hombres se hubieron retirado.—Apenas lo vi, sabía que era precisamente el mueble para esta habitación. Y es una ganga tremenda . . . era el caso de cogerla inmediatamente o dejarla perder para siempre.—

Hilda hizo un movimiento, pero quedó silenciosa.

—Es una pieza admirable de Hépplewhite,—prosiguió Noel con rapidez.—¡Fíjense en la esbeltez de las patas! ¡Fíjense en la curva del respaldo! ¡Parece la curva de una linda chinela o de un violín! Y esa seda es la tapicería original. ¡Lástima que se haya gastado! Habrá que entapizarlo de nuevo, naturalmente . . . con damasco, diría yo, ¿no le parece, Mr. Cóoper?

—¿Damasco?—repitió Dónald, sorprendido.—¿Se refiere usted a la tela usada en mantelería? Yo preferiría dejarlo conforme está.—

Prodújose una pausa. Dónald miró su reloj.

—Siento mucho retirarme apenas ha llegado usted,—dijo,—pero me he retrasado en atender a una cita.—

De pronto pareció que hubiera decaído el espíritu de Noel.—Espero que le veremos otra vez,—dijo ayudándole a ponerse el abrigo.

—Indudablemente que le veremos,—intervino Hilda.—Dónald va a venir a establecerse en Nueva York.—Y, a Dónald: —Venga a vernos de nuevo antes de su partida.—

Cuando se cerró la puerta tras él, Hilda regresó al salón y, sentándose, contempló a su marido que entro casi en seguida.

—Noel,—dijo con voz serena,—hasta donde yo lo puedo comprender, la vida te aparece como aparece un ajeno jardín al chiquillo que imagina que todas las flores han sido puestas allí especialmente para él.

—Supongo que el tipo este es tu antiguo novio, ¿no es así?

—Así es,—replicó ella sucintamente, y reasumió su tema:—Te dije hace poco que

me había visto obligada a pedir dinero prestado para responder por un giro excesivo. Te dije que no podíamos permitirnos comprar un canapé. Te dije. . . .

—¡Pero si todo está arreglado!—interrumpió él.—No necesitamos pagar hasta dentro de dos meses.

—Solamente esta mañana,—continuó ella sin atender a la interrupción,—te dije que habían disminuído mis entradas . . . que teníamos que estrecharnos terriblemente en los gastos. Sin embargo, ahí está el canapé. Es como si no hubiera dicho yo una palabra.

—¡Oh, no hablemos de eso!—dijo él, alzando los brazos con impaciencia.—Escribiré algunas poesías y pagaré el mueble.—Dió la espalda a su mujer.

—Pero, ¿no comprendes,—arguyó la joven con una especie de acerada paciencia,—que de ningún apuro nos saca el que escribas poesías . . . y compres cosas al mismo tiempo? El carnicero es quien debería recibir ese dinero.

—¡Qué pensamiento tan inspirador!—replicó él con su risilla habitual.—Poesías sobre las pesuñas del cerdo, ¿no es así?

—Si no te echaras a comprar cosas,—insistió ella, inalterable al parecer,—podrías hacer lucrativa tu poesía.

—¡Poesía lucrativa!—exclamó Noel con escarnio.—¡Vaya, que acusar a un hombre de hacer poesía lucrativa es todavía más insultante que acusarle de haberse casado por dinero!

—Yo sé que no te casaste conmigo por el dinero, Noel,—repuso ella,—pero el resultado es exactamente el mismo.—

Él se inclinó hacia adelante con aire belicoso.

—¡Fíjate en lo que te voy a decir!—exclamó.—¡Yo no tengo alma de mercader ni de hortera, como ese Dónald, tu admirador!—Y haciendo estallar los dedos:—¡Se me da esto del dinero . . . tuyo o de quienquiera que sea!—

Hilda rió desdeñosamente.

—¡Qué ridículo eres!—dijo.—El error que he cometido es haberte tomado alguna vez por lo serio.—

Él la miró con ojos feroces por un instante; luego, volviéndose bruscamente, abandonó el aposento, y Hilda le oyó cerrar de golpe tras sí la puerta de entrada.

La joven se levantó y fué a mirar en la alacena del vestíbulo. Su sombrero, abrigo y bufanda no estaban allí; lo cual parecía indicar que no había ido a casa de Kathleen Comly. Preguntóse Hilda dónde podría haber ido. Bajando a la cocina, previno a la criada que Mr. Ives no estaría para la comida, y que ella deseaba únicamente te con tostadas servido en su aposento.

A las dos de la mañana estaba todavía despierta, inquieta, y al mismo tiempo burlándose de sí misma por su inquietud; pero no podía remediarlo. ¿Dónde estaba Noel?

A eso de las tres le oyó entrar y pasar a su cuarto. Las primeras luces del alba comenzaban a alumbrar cuando se quedó dormida.

XIII

CUANDO a la mañana siguiente, cerca del mediodía, salió Hilda de su cuarto, desazonada y entontecida, Noel había abandonada ya la casa.

Tomó un ligero desayuno, vistióse para salir, tomó el automóvil y se dirigió a Inspiration Point, donde se sentó por un rato contemplando el Hudson; regresó poco después siguiendo hacia el sur de la ciudad; y depositando el automóvil, subió a las oficinas del garaje. Media hora más tarde estaba de vuelta en su departamento con su factura de gastos cancelada y un cheque por cuatrocientos dólares del propietario del garaje, a raíz de la información de que los automóviles de segunda mano no se pagaban muy bien al presente.

Una vez en su casa, se dirigió nerviosamente a la cocina y notificó a la criada que buscara otro empleo. La doncella tomó bastante bien esta resolución, asegurando a Hilda su sentimiento de abandonarlos porque nunca había trabajado para caballero más amable.

Noel se presentó bien entrada la tarde, y la saludó secamente al atravesar el salón para meterse en su estudio. Poco después resonó el timbre del teléfono, y escuchó ella con placer la voz de Dónald. Era la única persona en Nueva York cuya llamada pudiera producirle satisfacción. Había pasado la mañana, díjola, revisando

sus valores con algunos amigos de Wall Street, y tenía ciertos cambios que recomendar.

—Lo que desearía es,—agregó,—que se encontrara usted a salvo de todo negocio de azar. Una mujer no debe arriesgarse con ciertas empresas en que usted ha invertido capital.—

Noel, oyendo llamar al teléfono, había salido de su estudio.

—¿Quién es?—interrumpió.

Ella se lo dijo. Luego, en la bocina: —¿Qué era lo último que decía usted?—

Dónald repitió su observación.

—Está bien; ¿cómo podría entregarle los valores?—preguntó ella. ¿Puede enviar por ellos al agente?

—¿Qué quiere?—inquirió Noel.

Hilda cubrió la bocina con la mano.

—Noel, hazme el favor,—advirtió.—No puedo oír, y se trata de algo importante.—

Él volvió la espalda y se puso a marchar ruidosamente de un lado a otro del cuarto; y apenas abandonó ella el receptor, repitió su última pregunta.

—Estaba dándome algunos consejos sobre inversión de valores,—replicó.

—¿Los has solicitado?

—Sí.

—¡Hum!—murmuró él.

A la mañana siguiente, Noel estaba como si nada hubiera sucedido; pero estos violentos cambios, que pocos meses antes llenaban de asombro a su mujer, no le producían ya el menor efecto. Sabía de antemano lo que Noel haría . . . por lo menos hasta el extremo de saber que era capaz de hacerlo todo.

—Supongo,—pensó,—que debo asumir que estoy perdonada.

—Mi nuevo libro llegará hoy,—manifestó él con animación.—He ordenado algunos ejemplares extra para firmárselos a varios amigos.

—Muy bien pensado.—Y, después de una pausa: —Voy a invitar a Dónald Cóoper a comer el viernes por la noche. Si quieres recibir a tus amigos, puedes hacerlo este mes. Tillie se despide después de Navidad.

—¿Por qué? Creía que estaba contenta.

—No puedo permitirme tener una criada.

—¿Quieres decir que la has despedido?—preguntó él.—¡Vamos, es perfectamente ridículo! ¿No acaba de publicarse mi nuevo libro? Y voy a ponerme a trabajar inmediatamente.

—Si ganas lo suficiente,—repuso ella,—tomaremos criada otra vez. Lo que yo sé es que, como están ahora las cosas, me es imposible sostener este gasto.—

Noel se levantó colérico de la mesa.

—¡Otra vez estas endemoniadas querellas domésticas!—exclamó. ¡Siempre ha de haber algo que trastorne mi trabajo!—

Cuando algo más tarde llegó un mozo con un paquete de libros, ella lo encaminó al estudio de Noel. Una semana antes, ella se habría precipitado también al estudio, tan ansiosa como el mismo Noel de ver su nuevo libro; pero ahora permaneció en el salón leyendo el periódico de la mañana que él habia dejado en la mesa del desayuno. Al mediodía salió él del estudio llevando algunos ejemplares del libro, empaquetados para echarse al correo.

—Voy a despacharlos,—dijo.—Aquí tienes el tuyo,—como tenía las manos llenas de paquetes, lo dejó caer sobre las rodillas de la joven,—y de pasada entraré en el departamento de donde Kathleen para entregarle el suyo.—

Surcease, lo mismo que *A City Symphony*, era un lindo volumen, impreso en papel hecho a mano y bellamente encuadernado en color de ante. Hilda lo abrió a la ventura, miró algunas páginas, y en seguida buscó la dedicatoria.

Aquella misma mañana, durante el desayuno, había estado pensando que Noel no podría ya sorprenderla en adelante; pero ahora, revisando el libro, descubrió que estaba equivocada. La dedicatoria a ella, que él había escrito y le había mostrado en octubre, no figuraba en el libro; en lugar de eso, el volumen aparecía dedicado a Higbie, el poeta inglés, a quien Noel jamás había conocido personalmente.

Y fué en el momento de este descubrimiento cuando murió en Hilda, tan definitivamente como muere un hombre cuando su corazón ha dado el último latido, el resto que aun sobrevivía de su infortunado amor.

Buscó la primera poesía, *Surcease*, que había dado su nombre al libro, y lo releyó con una especie de curiosidad. En

ciertos pasajes tenía un carácter elevado y filosófico. ¿Cómo podía alguien con el temperamento de Noel escribir versos de esta clase?

Ella le esperaba para el almuerzo, pero no vino, llegando solamente cuando la tarde comenzaba a obscurecer. Apenas le vió, comprendió que estaba furioso. Tirando el sombrero y el abrigo sobre el nuevo canapé, Noel se encaró con ella.

—¡De manera,—profirió salvajemente, —que has vendido el automóvil . . . sin consultarme!—

Ella asintió con la cabeza.

—¿Por qué no lo discutiste conmigo antes?

—No habrías querido escucharme.

—¡Insensatez! ¡Nunca has intentado hablarme de eso! ¡Hilda, me has sometido a una humillación intolerable! Kathleen me había pedido llevarla al Hispanic Museum, y yo le prometí que lo haría; y cuando voy al garaje para sacar el automóvil . . . ¡figúrese usted! "Su señora vendió ayer el automóvil," dice el hombre . . . ¡y se echa a reír mirando a Kathleen!

—Y ¿la llevaste al Hispanic Museum?— Habló con tal calma que Noel aceptó la pregunta como de buena fe.

—¿Llevarla?—repitió iracundo.—¿Cómo podía llevarla?

—¿Por qué no escribiste una poesía y tomaste un automóvil de plaza?—preguntó ella.

Él quedó por un momento mirándola, estupefacto; luego, sin añadir una palabra, salió del cuarto y del departamento.

—Ha ido otra vez al piso de abajo,—pensó Hilda con indiferencia, observando que esta vez el sombrero y el abrigo habían quedado sobre el canapé.

Algo más tarde, cuando se sentó sola a la mesa, no pudo menos que reflexionar en la peculiaridad de su vida. Jamás, hasta después, de casada, había experimentado el sentimiento de soledad; y ahora, preguntábase a sí misma si alguien, extraviado en el desierto o en la cumbre de una montaña, podría sentirse más abandonado, más desolado, de lo que ella estaba. No es que echara de menos a Noel, porque su ausencia le producía más bien una sensación de alivio, y el pensamiento de su retorno le era opresivo. Y, sin embargo, se sentía sola, vaga y terriblemente sola, penetrada de la impresión de que la vida no era sino una horrible y resonante oquedad.

Se acostó y se puso a leer; pero a eso de la medianoche, sintiendo frío, y molestada con el incesante sacudimiento de las ventanas, levantóse, bajó a la singularmente silenciosa cocina y se preparó una taza de chocolate.

"Todavía está abajo con ella," pensó, "y es muy tarde, y yo no sé lo que pasa entre ellos, y nada me importa."

Volvió a su lecho y se quedó dormida.

XIV

En la mañana le oyó toser en el cuarto contiguo, y cuando llegó la hora del mediodía sin que Noel se levantara, llamó a su puerta.

—No quiero tomar nada de desayuno, —dijó él.—No me siento bien.

Tenía aspecto de enfermo, y como seguía tosiendo, Hilda telefoneó al médico.

—¿Cuánto tiempo ha tenido este resfrío? —preguntó el médico gravemente, después de examinar al paciente.

—Ha comenzado solamente esta mañana.

—¿Cómo lo ha cogido?

—Salió anoche, y temo que no estaba suficientemente abrigado. Aguarde usted un momento; voy a preguntarle.—

Y cuando lo hizo:—Atravesé todo el parque,—dijo Noel, ásperamente.—Solo.

—¿Sin sombrero ni abrigo?—

Él hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Hilda volvió al vestíbulo.

—Es como yo pensaba,—dijo al médico.

—Manténgalo usted en quietud y observe la temperatura,—ordenó éste al retirarse. —No le permita levantarse. Si hay algún cambio, avíseme por teléfono.—

Varias veces durante la noche se aproximó Hilda a observar a su marido, que parecía dormir. Hacia la madrugada se adormeció ella un momento, pero pronto la despertó un ruido en el vestíbulo. Abriendo los ojos, observó que la luz estaba encendida.

—¡Noel!—exclamó, saltando del lecho.

—¡Te dije que el médico había prevenido que no te levantaras!—

Su respuesta la aterrorizó. Extendiendo los brazos muy abiertos, declamó:—¡Miradme! ¡Soy Bóreas, el helado viento del norte!—

Estaba en traje de dormir, y con los pies descalzos.

—¡Noel! ¿Qué te pasa?—Al cogerle de los hombros sintió ella el ardiente calor de su cuerpo a través de la delgada seda.

Esta vez su respuesta fué algo tranquilizadora. Sonrió con cierta somnolencia y dijo:—¡Oh, nada! No podía dormir. Quise escribir. Supongo que estaba soñando.—

Hilda lo hizo acostar apresuradamente, le puso una bolsa de agua caliente a los pies y llamó por teléfono al médico; y durante los dos días y noches siguientes se hizo cargo en absoluto del enfermo. Sin darse cuenta al parecer de la extremada tensión bajo la cual se hallaba su mujer, la agobiaba con demandas incesantes, hasta que en la mañana del tercer día intervino el médico.

—Está usted deshecha,—observó.—Voy a enviar un par de enfermeras.

Pero aunque Hilda aceptó una enfermera para las noches, insistió en desempeñar su turno durante el día.

—Lo atiende usted espléndidamente, —manifestó el médico,—pero no quiero tenerla también como paciente.—

Y cuando, después de la llegada de la enfermera, hizo su segunda visita aquella noche, detúvose a la puerta de Hilda, y encontrándola insomne en su lecho, incapaz de conciliar el sueño a causa de la fatiga, le administró un sedativo.

A la mañana siguiente reasumió ella sus tareas con renovado valor. En la tarde telefoneó Dónald, y al recibir noticias de la enfermedad de Noel, vino inmediatamente a la casa. Durante los días subsiguientes, sus visitas fueron tan regulares como las del médico; y casi tan invariablemente como llegaba el doctor trayendo consigo su estuche, llegaba Dónald trayendo algún presente o golosina para Noel o para Hilda. Aparecía generalmente a las horas de comer y permanecía acompañando a la joven mientras estaba a la mesa; y en tales ocasiones observaba ella con gratitud los esfuerzos de su amigo, no sólo para incitarla a comer, sino para distraer su mente.

Rara vez, empero, transcurría la comida libre de interrupciones. Como la voz de Noel se había debilitado, le había provisto Hilda de una campanilla para llamarla en sus breves períodos de ausencia, y la campanilla jamás se mantenía ociosa por mucho rato. Cuando la joven estaba en el comedor y se dejaba oír la campanilla, levantábase inmediatamente y atravesaba de prisa el vestíbulo; pero en raras ocasiones tenía tiempo de llegar al cuarto antes de que Noel repiqueteara por segunda vez.

El doctor hablaba siempre alentadoramente de la condición del enfermo, y Dónald conservaba también un optimismo inalterable; pero después de dos semanas, pareciendo a la joven que Noel decaía visiblemente, comenzó a sentirse ansiosa y a interrogar a la enfermera.

—¡Oh! en otras dos semanas su marido estará muy bien tengo la seguridad,—dijo la mujer. Mas, algunos días después su tono no era tan esperanzado.

—No tiene objeto negar que está bastante enfermo,—admitió.—Por supuesto es joven . . . y cuenta con eso en su favor.—

Hilda comprendió que esta vez la enfermera había hablado sinceramente, y su alarma aumentó al observar que Dónald y el médico celebraban frecuentes conferencias, que terminaban bruscamente cuando ella entraba al salón. Ambos hombres eran muy novicios en el arte de fingir, y para Hilda tenía algo casi de cómico la súbita garrulería con que la saludaban: garrulería muy ajena al carácter de cualquiera de los dos.

No dormía bien, y tenía miedo de apelar con demasiada frecuencia a los calmantes. Cuando Noel tosía en el cuarto contiguo o la enfermera se movía de un lado a otro, Hilda despertaba y poníase a escuchar llena de inquietud.

—Solamente tomaré café y unas tostadas,—dijo a Tillie cierta mañana en que, cansada y adolorida a causa de una noche intranquila, bajó al desayuno.

Tillie trajo el café y las tostadas, y cuando la joven se sentó a la mesa, anunció que desearía despedirse aquella misma tarde.

—No le traerá a usted ningún trastorno, —informó a Hilda,—puesto que de todas maneras debo irme muy pronto. Esa enfermera profesional viene y me hace un laberinto terrible en la cocina.—

Hilda estaba demasiado cansada para derramar lágrimas, y en todo caso habrían sido lágrimas desperdiciadas tratándose de Tillie.

Fuera lo que fuese el tratamiento que Tillie requería, Dónald lo administró; porque al escuchar la historia se dirigió inmediatamente a la cocina, y cuando regresó, después de una visita extraordinariamente corta, anunció que Tillie se quedaría con mucho gusto todo el tiempo que se la necesitara.

De vez en cuando Hilda, sentada junto al lecho de Noel, trataba de arrancarlo de su tétrico abatimiento.

—Han llegado cartas muy halagüeñas acerca de tu nuevo libro,—dijo un día,—y varias revistas lisonjeras.

—¡Ya era tiempo!—gruñó él.

—¿No quisieras oír algo de las cosas que dicen?—

Sacudiendo negativamente la cabeza, arrugó la nariz con desdén.

—¡Críticos . . . puff! Siempre tratan de apocar a uno.—

Hilda ensayó otro tema.

—Kathleen Comly llama a menudo por teléfono para preguntar por ti. ¿Quisieras verla?—

Noel volvió la cabeza a otro lado y cerró los ojos.

—Despáchala. Me fastidia.—

En una de sus frecuentes cartas inquiriendo por la salud de Noel preguntaba tía Hárriet si *Surcease* no se había publicado todavía; y Hilda, comprendiendo que Noel debía de haberse descuidado de enviar el prometido volumen, fué a buscar un ejemplar al estudio, visitando por primera vez en varias semanas la pequeña habitación.

Al coger el libro, sus ojos tropezaron con algunas palabras garrapateadas con la precipitada letra de su marido, en una hoja de papel que yacía sobre el secante.

¡Miradme! Soy Bóreas, el helado viento del norte!

Contempló la página, con sus anotaciones y pensamientos y rimas incompletas, y pudo percibir algo de lo que evidentemente era una proyectado poesía.

Boreas, el viento del norte, parecía argüir que no era cruel, como los hombres afirmaban, sino piadoso, adormeciendo los dolores de quienes sufrían, tendiendo sobre ellos un nevado manto, envolviéndolos en una protectora armadura de hielo.

Un fragmento decía: ". . . mis helados brazos circundan. . . ."

Y otro: ". . . mis ardientes caricias impregnadas de frígida ternura. . . ."

Al final de la página aparecía la clave de la idea: versos imcompletos con que evidentemente intentaba terminar la poesía: ". . . vosotros que lloráis sin consuelo; mis labios son amargos, mas sus besos evocan el sueño."

Hilda comprendía ahora lo que había tenido en la mente cuando le habló aquella noche en el vestíbulo. En una especie de delirio había estado pensando en sus versos, y se levantó en medio de la noche contra las órdenes del médico para hacer esta anotación: "Miradme! Soy Bóreas. . . ."

Leyendo de nuevo la primera estrofa percibió cierta analogía entre Noel y el viento del norte que describía: una fuerza turbulenta, arrolladora, inexorable.

Las líneas se fijaron en su mente, evocando el cuadro de Noel, sin sombrero, sin abrigo, desafiando el helado viento de la noche. ¡Qué locura más grande! ¡Poner en riesgo su vida! ¿Qué le había impulsado a realizar este acto de insania? No pudo menos que recordar algo que ella le había dicho: "Escribe una poesía y alquila un automóvil." ¿Cómo había podido decir semejante cosa? ¡Era áspero, vulgar! Había tratado de ser paciente, pero habría debido serlo todavía más. ¿Podía alguien culparla de su enfermedad?—

Aquella noche el doctor cesó de fingir, diciéndole francamente que la condición de su marido era precaria y que la crisis sólo distaba unas cuantas horas; y Hilda, dejando a los dos hombres en el salón, pasó inmediatamente al cuarto de Noel y ocupó su puesto al lado del lecho, con el corazón lleno de piedad para con él, y la mente en un tumulto de excusas y reproches.

Pasado un momento, Noel abrió los ojos.

—No pueden engañarme,—dijo en voz débil.

Ella trató de protestar, mas él prosiguió:

—Keats murió joven.—Hablaba con tan evidente esfuerzo que ella no se atrevió a interrumpirle.—Tú has hecho lo posible por comprenderme. Has hecho mucho por mí.—Cerró los ojos, quedando silencioso por un momento; luego, sin abrirlos, murmuró:—Esa inscripción en bronce.—

La joven recordó lo que él dijo aquel día: "Aquí vivió con Hilda, su inspiración;" y acudieron a su mente con dolorosa y opresiva intensidad mil recuerdos de aquellas primeras semanas en que fueron tan felices.

Alisó hacia atrás tiernamente con su mano el cabello que caía sobre la frente de Noel, y se inclinaba para besarle cuando abrió él de nuevo los ojos, con expresión tan cambiada que la sobrecogió, haciéndola detenerse. Había desaparecido de su mirada el velo del sopor: era penetrante, viva, satírica. Hilda había aprendido a temer esta expresión.

—Querida mía,—murmuró Noel, mientras ella se echaba involuntariamente hacia atrás,—tienes el cuello demasiado flaco. —Y se hundió en un sueño de que jamás volvió a despertar.

XV

¡ES INAUDITO!—protestó Mrs. Berry al escuchar la declaración de su sobrina.

Hallábase en su saloncito del segundo piso, donde Hilda había ido a buscarla; y una de las curvas patas de su mecedora crujía vigorosamente a compás de sus nerviosos movimientos hacia atrás y hacia adelante.

—Hete aquí, viuda hace apenas unos cuantos meses,—prosiguió,—y no llevas luto, y tú misma admites que has ganado diez libras desde que regresaste a Máysville, ¡y ahora, para coronar el asunto, vienes a decirme semejante cosa!

—Nunca seré feliz sin él, tía Hárriet.

—¡Y Dónald!—continuó la buena señora.—¡Me deja estupefacta! ¡Debería avergonzarse de sí mismo . . . cortejándote ya tan abiertamente en esta pequeña ciudad! ¡No comprendo cómo puedes dar un paso semejante! ¿No te remuerde siquiera la conciencia?

—Ni en lo menor,—repuso Hilda.

Mrs. Berry lanzó un suspiro descorazonado.

—Está más allá del límite de mi comprensión,—agregó,—que una muchacha que ha sido esposa de un hombre fascinador tenga el corazón tan duro que se comprometa de nuevo para casarse en tan corto tiempo . . . ¡y con un hombre mediocre, un ordinario hombre de negocios, un hombre a quien ha conocido toda su vida! —Levantó las manos al cielo, exclamando: —¡Oh! ¿A qué conduce el amonestarte?

—Tía querida,—dijo Hilda,—no quiero que creas que no aprecio en lo que valen tus consejas; pero estoy enamorada, y esto es algo que nadie puede regular.



EL LUGAR DONDE POE VIVIÓ Y AMÓ EN OTRO TIEMPO

POR

CHARLES HANSON TOWNE

El espíritu ardiente, intensamente trágico de Poe, hace del poeta un tipo más fácilmente comprensible para el complejo y emocional temperamento latino que para la optimista y práctica psicología de sus compatriotas. En la América española se le conoce y se le ama; casi se le ha adoptado como un representante de la raza. En efecto, aquel perseguir de la voluptuosidad del dolor que le distingue, removiendo el puñal en la herida, responde al ansia de vivir la emoción hasta su límite extremo, de batallar en los mares sombríos de las más ocultas sensaciones, característica de los pueblos hispano-americanos, en vez de navegar plácidamente por rutas despejadas y luminosas, donde el esfuerzo se traduce en resultado benéfico. Este artículo que traducimos es simplemente una tierna reminiscencia del gran poeta.—LA REDACCIÓN.

EN MI infancia acostumbraban llevarme desde el centro de Nueva York hasta cierto paraje que entonces me aparecía como una comarca remota, para visitar la pequeña casa de campo donde vivió y amó un gran poeta. Yo sabía que su nombre era Édgar Allan Poe, y aun en aquella edad temprana conocía la leyenda indeciblemente triste de su vida. Había escuchado a un viejo caballero, amigo de mi padre, recitar tan a menudo en tonos vibrantes *The Raven* [El cuervo] y *The Bells* [Las campanas,] que los versos llegaron a compenetrarse con mi alma.

¿A quién no le agradaría vivir en una casita como la de Poe, instalarse cerca de las diminutas ventanas para leer o escribir, percibiendo entre tanto el fugitivo perfume de amor que en otro tiempo palpitara allí, y sentir casi el calor de la presencia de aquellos amantes tan felices a pesar de su pobreza?

Entrado ya en la virilidad, cada vez que visitaba yo esta linda y reducida vivienda pensaba en la mujer que soportó con el poeta la miseria más cruel; que remendaba sus destrozadas ropas hasta que apenas quedaba que remendar, que calentaba sus menudas manos al fuego de una pequeñísima estufa; que preparaba el alimento de su amado—cuando había alimento que preparar—y que murió al cabo en el lecho que todavía se conserva y que en aquel tiempo tristemente lejano sólo estaba cubierto de paja. Cuando Virginia Poe falleció en aquel lecho, el sobretodo de su marido había sido echado sobre su infeliz y delicado cuerpo para resguardarla del frío.

AFORTUNADAMENTE, algunos buenos amigos acudieron a aliviar su miseria; y Mrs. Clemm, la madre de Virginia Poe, pasaba con ellos en Fórdham la mayor parte de su tiempo. Sentía gran ternura hacia ambos jóvenes, y cuando otros parientes se opusieron al matrimonio del poeta a causa de la extremada juventud de la novia, fué ella quien destruyó las barreras haciendo posible su unión en los albores de su primer romance. Nunca les faltó su protección, aunque muy poco poseía de bienes terrenales. Un hombre como Poe, con un corazón de niño y un rostro de ángel caído, estaba destinado a atraerse el amor de las mujeres honradas; y, a pesar de las historias difundidas acerca de sus flaquezas, no existe testimonio alguno de que durante la vida de su amada esposa se permitiera el hundirse en aquella cloaca simbolizada por la locura de la embriaguez. Después de la muerte de la joven en ese helado día de enero de 1847, ¿quién podría censurarle de que se entregara a una vida desastrosa?

Durante largos años había batallado por dar expresión a sus pensamientos, sin que mujer alguna le inspirara en el arduo campo de la literatura. Cuando Virginia apareció en su vida, sintiéronse mutuamente atraídos: fué uno de aquellos romances soñadores, espirituales, que ninguno de ellos supo resistir. Miráronse en los ojos, y los días adquirieron nuevo signi-

ficado. La tía del poeta, Mrs. Clemm, comprendió el inevitable resultado y al punto se convirtió en su consejera y amiga. Siempre había profesado simpatía por el romántico mancebo de tristes y ardientes ojos: ojos que parecían penetrar el porvenir y mirar más allá de las asechanzas del tiempo. A pesar de que Virginia sólo contaba trece años en la época en que conoció al joven Édgar, su madre tuvo la convicción de que sucedería lo que debía suceder; y en el registro figura una declaración falsa acerca de la edad de la doncella. La tía de Poe fué para él una segunda madre; y éste le dedicó uno de sus más tiernas poesías. Esta familia de tres "vivía solamente el uno para el otro," como Mrs. Clemm lo declaraba. Poe repetía constantemente: "No conozco a otra tan hechicera como mi linda mujercita."

La pequeña casita de Fórdham existe todavía, aunque no exactamente en el mismo sitio donde fuera edificada entonces; y también es diferente ahora, con el ruido de los tranvías que pasan delante de los umbrales que encerraron tantos sueños, de aquella puerta que tan a menudo deben haber atravesado los jóvenes amantes enlazados en cariñoso abrazo; y grandes casas de departamentos atisban erguidas su quietud solemne, como gigantes que quisieran capturarla si pudieran. El Grand Concourse se extiende al costado, con el jadeante zumbido de los automóviles que corren todo el día, porque la ciudad se ha ensanchado vorazmente, envolviendo la vieja morada de Poe con los dedos de ágata de su tumultuosa población. No obstante, la casa que presenció tanta devoción y tanto amor parece asumir una expresión de indiferencia ante los cambios realizados a su alrededor; sabe muy bien que el pequeño parque en medio del cual se levanta será siempre un amigo leal que la guardará celosamente en su isla de verdor, por mucho que los ambiciosos bulevares reclamen mayor espacio.

NUEVA YORK no renunciará a esta reliquia que preserva amorosamente en su palpitante seno. Es como si la ciudad monstruo dijera: "Pocos romances de amor han sido vividos dentro de mi seno; dejadme conservar esta casita lo mejor que sea posible para que hable a la muchedumbre que ahora pasa delante de sus puertas, de los viejos tiempos en que una pareja amante moraba en su recinto, si bien en la humildad, también en una aureola de grandeza."

Édgar Allan Poe es una de las figuras más románticas de la literatura. Misterio y conjeturas ominosas envuelven su nombre. Su vida fué como un día borrascoso; y aun en su remota infancia, transcurrida en Inglaterra, se adivinan los inexorables años que comienzan a acumularse en torno suyo aportando tempestades. Nació en Boston en 1809; y es sabido que sus padres fueron mediocres actores ambulantes, poco favorecidos por la fortuna. Murieron prematuramente dejando tres hijos: dos varones y una niña; y Édgar fué adoptado en su edad temprana por un cierto John Allan y su mujer quienes, privados de descendencia, se complacieron en tener en su hogar al hermoso muchacho. Gozaban de suficiente holgura; y cuando Édgar contaba apenas seis años, aquellas buenas personas le llevaron a Inglaterra, colocándole en la Manor House School, en Stoke Néwington, un suburbio de Londres.

Poe carecía del raro don de conquistarse amigos, y su infancia debe de haber sido melancólica. Cierta historia autorizada refiere que cuando uno de sus pequeños condiscípulos le llevó un día a su casa, Édgar se sintió profundamente conmovido por la bondad de la madre del niño. Parece que las palabras afectuosas de la dama fueron las primeras de efusiva simpatía que recibía en su vida.

SUS estudios en Inglaterra le aprovecharon, sin embargo, porque allí aprendió el francés y se distinguió en sus otras clases; y a su regreso a los Estados Unidos, cuando ingresó a la University of Virginia, se consagró de preferencia al estudio de idiomas. Fué entonces también cuando vagaba solitario por los desolados riscos y montañas de los alrededores de la ciudad; e indudablemente aquel formidable escenario impresionó la imaginación de Poe, comenzando a encontrar nebulosa expresión en su cerebro la poesía ultramundana que le caracteriza.

Cuando volvió a Ríchmond, su prosaico padre adoptivo le puso a trabajar en sus oficinas de contabilidad; pero esta clase de ocupación no se avenía con el temperamento del poeta, quien se separó de Mr. Allan, dirigiéndose a Boston para seguir la carrera literaria.

En esta culta ciudad encontró un editor que publicara su primer tomo de versos, titulado *Tamerlane*, y firmado simplemente: "Por un bostoniano." Esta edición es muy rara ahora y muy buscada por los coleccionistas.

Sucedió un breve período durante el cual parecía que Poe se reconciliaría con su padre adoptivo, cuya primera mujer había muerto, contrayendo el viudo nuevo matrimonio con una esposa más joven todavía. Édgar comprendió indudablemente que su presencia no era bien venida en este hogar; de manera que regresó a Boston con el objeto de proseguir sus trabajos literarios. La mala suerte le persiguió hasta cierto día, en 1833, que vió un aviso en el *Saturday Visitor* ofreciendo un premio de cien dólares por el mejor cuento, y otro de cincuenta por la mejor poesía. Poe se presentó al concurso ansiosamente y salió victorioso en ambas piezas literarias; pero el jurado se opuso a adjudicar dos premios a un solo competidor, de manera que el premio de poesía fué otorgado a otro.

Al ganar el primer premio, sin embargo, Poe se conquistó algo de mayor valía: la amistad de John P. Kénnedy; y más tarde, a la muerte de Mr. Allan en 1834, el poeta se volvió a su nuevo amigo en busca de apoyo y consigos encontrando siempre en él una fuente inagotable de consuelo.

Un hado siniestro pendió constantemente sobre la vida del poeta. Todavía después de su matrimonio vinieron días más aciagos. La salud de Virginia era delicada; y Poe comenzó a experimentar las primeras angustias de aquella acerba tristeza que impregnó su tormentosa vida. Había conseguido trabajo regular en la prensa; pero su rebelde espíritu no estaba hecho para soportar la rutina de empleado, lo cual daba lugar a frecuentes disputas con sus mejores amigos. No le fué posible siquiera mantener relaciones cordiales con su buen amigo Kénnedy, y decidió trasladar su residencia a Nueva York. Llegó a esta ciudad con cuatro dólares cincuenta centavos por todo capital, y se alojó en una casa de huéspedes en la esquina de las calles de Gréenwich y Álbany. Poco después, se echó a buscar quien le prestara tres dólares, dinero suficiente para permitirle vivir una semana más.

El poeta esperaba trabajar para la *New York Review*; pero sus esperanzas se encontraron defraudadas porque esta publicación fracasó poco tiempo después de que él se estableciera en la metrópolis, viéndose forzado a procurarse laboriosamente una precaria subsistencia escribiendo revistas de libros y cuentos sensacionales para responder a sus necesidades más premiosas. Hubo un intervalo favorable cuando estuvo en Filadelfia y logró interesar a ciertos editores; pero siempre le pagaron escasamente sus manuscritos, y tuvo que soportar largos días de penuria.

Maltratado de salud, porque se había entregado al opio esperando encontrar dulce alivio a sus decepciones literarias, Poe fué a vivir con su mujer en la casita del King's Bridge Road. ¡Solamente la joven pareja podría referir las privaciones sufridas en la míseramente provista morada! Unas cuantas sillas, un lecho, tres o cuatro libros, una diminuta estufa . . . eso era todo. La pobre esposa se marchitó allí, y sucumbió al cabo, ¡cuando contaba apenas veinticinco años! El lecho en que, y el sillón que ocupaba Poe cuando escribió *The Bells* y *Annabel Lee* se conservan todavía en la casita.

Después de esta terrible pérdida, el poeta anduvo errante por algún tiempo, hasta que al cabo, deshecho física y mentalmente, falleció en Báltimore el domingo 7 de octubre de 1849.

Edwin Márkham escribió una bella poesía, que pende en uno de los muros de la reducida vivienda. En la estrofa final exclama:

Regocíjate, Israel, ya que has entrado
  En posesión de tu estrella al fin;
Tu matutina estrella . . . mientras nosotros
  Hemos aún de permanecer aquí.
Todo ha pasado ahora:
  ¡Olvida, olvida . . . perdona!



A Cualquier Hora y en Cualquier Parte,

en la oficina o en el hogar, la CORONA está siempre lista para prestar útil y eficaz servicio.

Con ella pueden escribirse las cartas comerciales en la oficina, la correspondencia privada en el hogar, y las anotaciones, pedidos y demás documentos cuando se viaja, pues la CORONA, siendo portátil, puede llevarse a todas partes.

Apenas pesa 3 kilos. Es plegadiza y cabe dentro de un estuche de 28.58 x 25.4 x 12.07 cm. Es fuerte y eficaz, y con ella pueden sacarse cuantas copias de carbón se desee, estarcir, y escribir a dos tintas, lo mismo que con las máquinas corrientes de mayor tamaño.

La CORONA es como un hábil secretario privado.

CORONA

La Máquina de Escribir Portátil

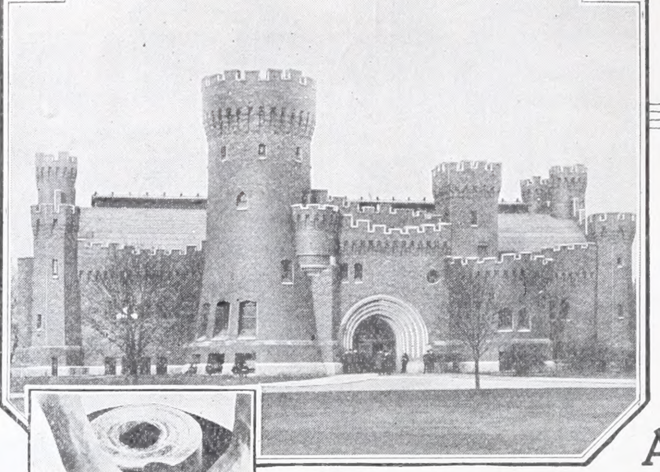
Fabricada por la

CORONA TYPEWRITER COMPANY, INC.

GROTON, N.Y., E. U. A.

Agentes exclusivos en el exterior:

ARGENTINA: Compañía La Camona, Buenos Aires. **BOLIVIA:** E. Bolloten Co., La Paz. **BRASIL:** Casa Pratt, Río de Janeiro. **CHILE:** Lemare & Co., Valparaíso. Curphey y Cía., Santiago y Valparaíso. **CUBA:** H. E. Swan, Habana. **ECUADOR:** Enrique Maulme, Guayaquil. **MEXICO:** F. Armida y Cía., México, Distrito Federal. **PANAMA:** Alberto Lindo, Ancón, Canal Zone. **PERU:** Lemare & Co., Lima. **PUERTO RICO:** Stebbins & Co., San Juan. **SALVADOR:** E. E. Huber, San Salvador. **SANTO DOMINGO:** M. de Costa Gómez, Puerto Plata. M. de Moya Hijo & Co., Sánchez. **VENEZUELA:** Bazar Americano, Caracas.





Techado de Amianto
Johns-Manville

Aun el Material del Techado está hecho de Roca

PARA resistencia y protección este edificio fué construído de roca sólida. Fué cubierto con Techado de Amianto de Johns-Manville porque éste, también, está hecho de las fibras de roca de Amianto.

Siendo todo mineral, el Techado de Amianto de Johns-Manville, no puede quemarse, ni pudrirse ni disgregarse. Es absolutamente a prueba del tiempo y debe durar tanto como el edificio que cubre.

Para cada tipo de edificio—desde la cabaña al pala[illegible]o—hay un Techado de Amianto de Johns-Manville.

Escríbanos preguntándonos qué material para techados es mejor para el edificio que Ud. desee cubrir.

La correspondencia puede ser en español, portugués, francés, italiano o inglés.

JOHNS-MANVILLE
Incorporated

Departamento Extranjero: Madison Ave. and 41st St., Nueva York, EE. UU. A.

REPRESENTANTES ESPECIALES

REPÚBLICA ARGENTINA
Messrs. Ramallo Knudsen & Co.
Florida, 32
Buenos Aires

HABANA, CUBA
Johns-Manville Co., de Cuba
Obrapia 19

BRASIL
P. S. Nicolson & Co.
Rua Visconde de Itaborahy 8
Rio de Janeiro

PUERTO RICO
Sánchez, Morales & Co.,
San Juan

CHILE
D. N. Banks
Casilla 118 D, Santiago

PANAMÁ
Robert Wilcox
Panamá y Colón

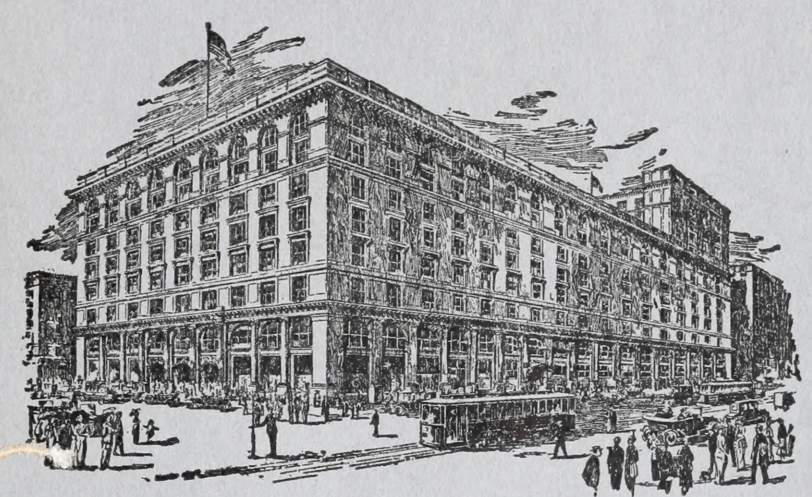
MANILA, I. F.
Koster Company, Masonic Temple Bldg., P. O. Box 541

JOHNS-MANVILLE
Techados de Amianto

B. Altman & Co.

QUINTA AVENIDA - AVENIDA MÁDISON

CALLE TREINTA Y CUATRO—CALLE TREINTA Y CINCO, CIUDAD DE NUEVA YORK, E. U. A.



EDIFICIO PROPIO QUE OCUPA UNA MANZANA ENTERA

INFORMES INTERESANTÍSIMOS CONCERNIENTES A LOS GRANDES ALMACENES DE B. ALTMAN & CO.

ES uno de los mayores y mejor montados edificios mercantiles del mundo entero.

Ocupa una manzana entera en el corazón de la ciudad, y el conjunto total de la superficie de los diferentes pisos es casi cien mil metros cuadrados o diez hectáreas.

En cada uno de sus cuatro frentes tiene una espaciosa entrada, y existen veinticuatro vidrieras de exposición cada una del tamaño de un cuarto regular.

La instalación de fuerza eléctrica, con una capacidad dinámica de 2400 kilowatts, produce toda la electricidad necesaria para alumbrar el edificio entero, y suministra la fuerza motriz para los ascensores, las máquinas de coser, las máquinas de imprenta, los tubos neumáticos, el servicio continuo de cadena sin fin para el transporte de mercancía, y para el estupendo sistema de ventilación y refrigeración del edificio. 6000 metros cúbicos de aire filtrado, purificado y humedecido, son distribuídos cada minuto por los ventiladores abastecedores de aire fresco, en cuanto que los ventiladores de escape, que expulsan el aire viciado, tienen igual capacidad.

Treinta y nueve ascensores están en uso continuo en el establecimiento, de los cuales veintidós son reservados para el uso exclusivo de la clientela y los restantes diecisiete para los empleados y el servicio de la casa.

Lindas y lujosas salas de descanso contribuyen esencialmente a la comodidad de las señoras que visitan el establecimiento.

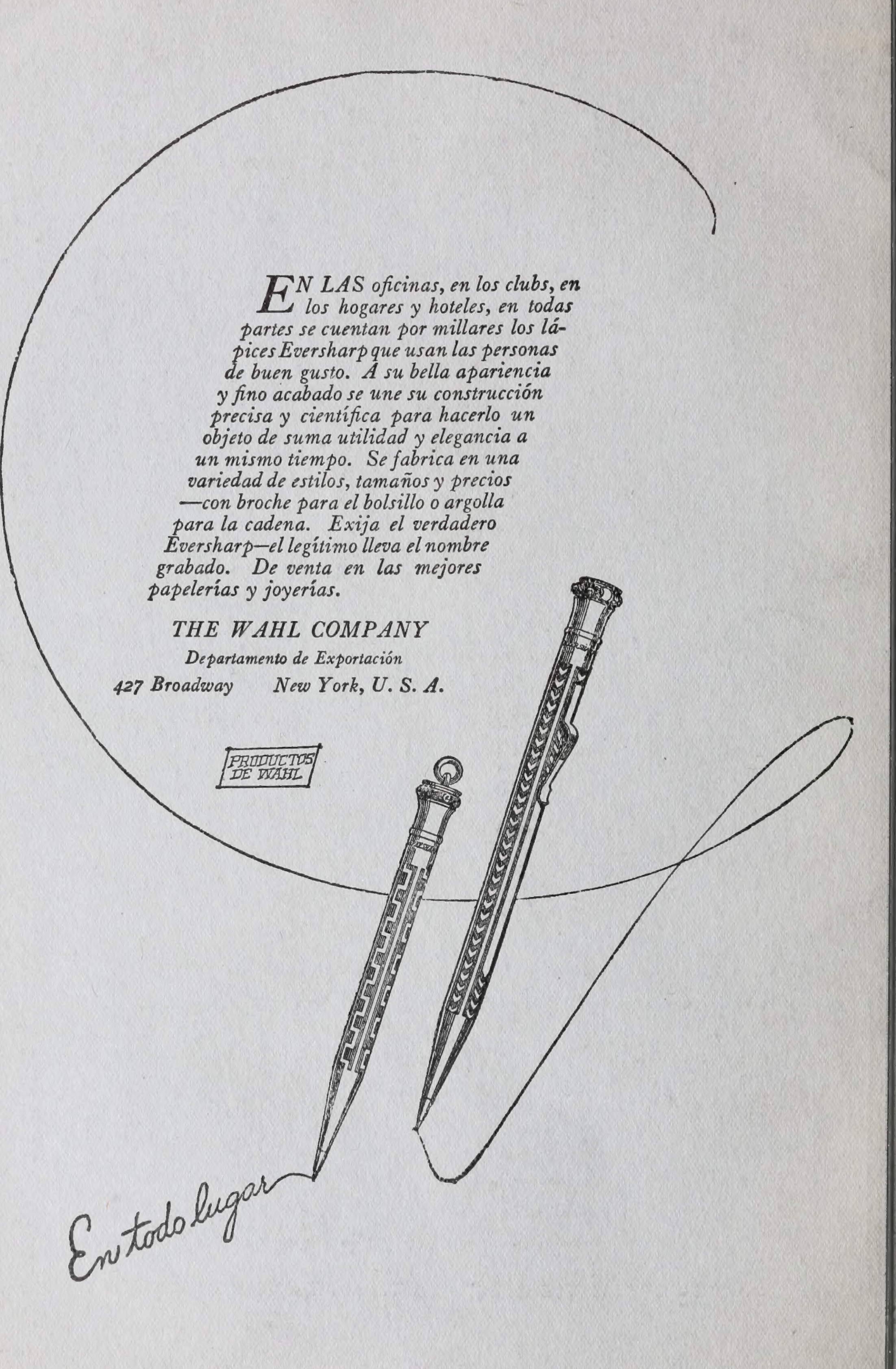
Cuatro mil personas son empleadas en el establecimiento durante cada día de trabajo.

Se mantienen salas de recreo y de descanso, una sala de fumar, un solarium y una biblioteca para el uso exclusivo de los empleados, como también un gran restaurant, espléndidamente montado y equipado, y hay además un departamento médico y un hospital de emergencia, perfectamente organizados.

Otros puntos de interés son: la escuela Professional Práctica para los empleados jóvenes y la Asociación de Beneficencia Mutua.

Los Almacenes de B. ALTMAN & Co. son hoy lo que eran en el tiempo de su venerado fundador, el difunto Benjamín Altman, es decir, un establecimiento de la más alta categoría en telas, lencería y ramos relacionados. Especialidad se hace de todo cuanto sea de superior calidad y de última novedad en atavíos de señoras, señoritas y niñas; en canastillas para niños de tierna edad; en ropa y artículos para caballeros, jóvenes y niños. Hay siempre un extenso surtido, cuidadosamente escogido, de telas para la confección de ropa, incluyendo sedas y terciopelos; encajes, blondas y pasamanería; guantes, medias, calzado y todos los accesorios para vestirse bien.

Se envían muestras de géneros de toda clase a quien lo solicite, así como también cotizaciones e ilustraciones relacionadas con cualquier prenda del actual tocado del día. A los que visitan la ciudad de Nueva York se les mostrará el establecimiento acompañados de un intérprete de habla castellana. A solicitud se mandan catálogos.


EN LAS oficinas, en los clubs, en los hogares y hoteles, en todas partes se cuentan por millares los lápices Eversharp que usan las personas de buen gusto. A su bella apariencia y fino acabado se une su construcción precisa y científica para hacerlo un objeto de suma utilidad y elegancia a un mismo tiempo. Se fabrica en una variedad de estilos, tamaños y precios —con broche para el bolsillo o argolla para la cadena. Exija el verdadero Eversharp—el legítimo lleva el nombre grabado. De venta en las mejores papelerías y joyerías.
THE WAHL COMPANY
Departamento de Exportación
427 Broadway New York, U. S. A.
PRODUCTOS DE WAHL
En todo lugar